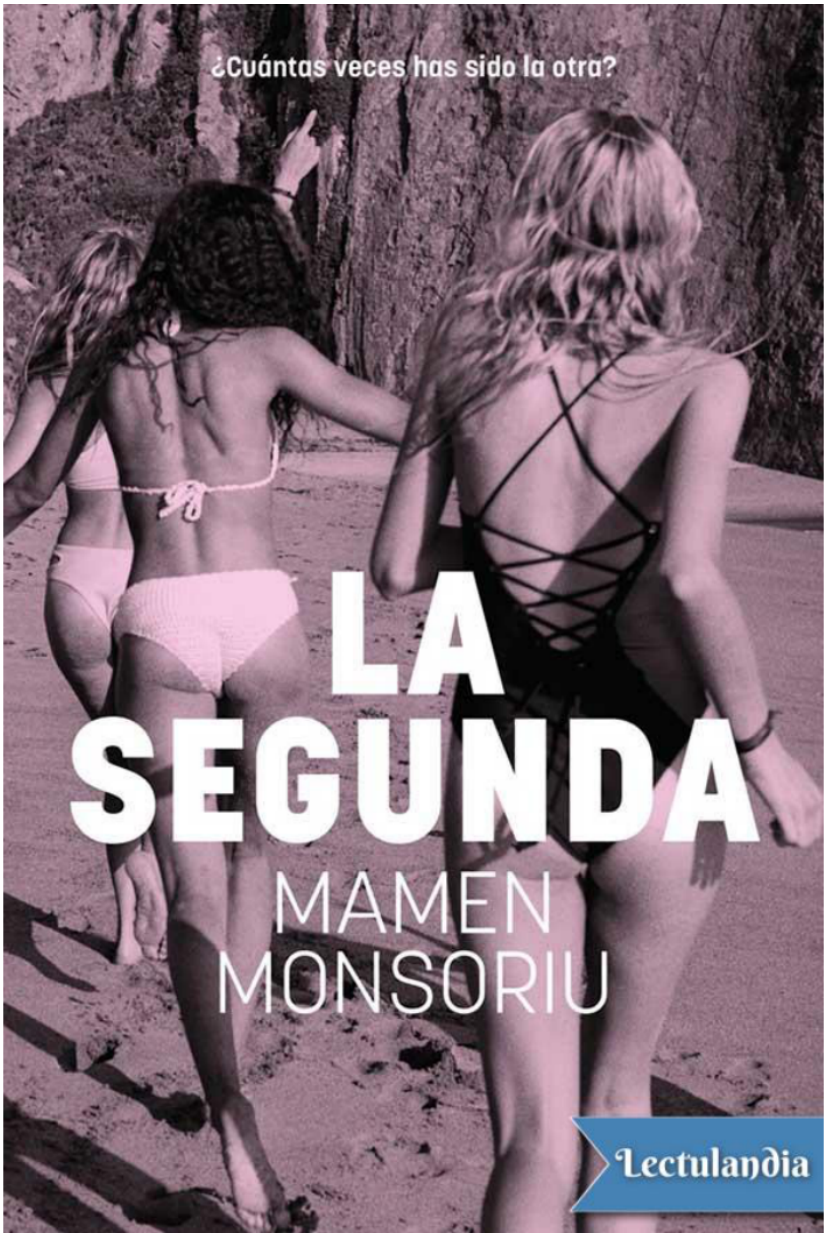
¿Cuántas veces has sido la otra?
LA SEGUNDA
MAMEN MONSORIU
Lectulandia

¿Cuántas veces has sido la otra? Mamen Monsoriu se afianza como la nueva voz de la narrativa femenina *millenial*.

Ser la otra tiene su encanto. La otra es el vértice flexible del triángulo amoroso. La que no tiene que lidiar con discusiones, ni compromisos, ni responsabilidades afectivas.

Ser la otra tiene su encanto. Hasta que, en una comida familiar, alguien te pregunta si tienes pareja. Y tú, que llevas años haciendo vida de pareja, tienes que responder que no. Hasta que vas a una boda donde todo el mundo tiene alguien con quien bailar pegado menos tú. Hasta que pagas sola el alquiler de un piso donde casi nunca estás sola. Hasta que llegan las fechas reservadas para el amor y nadie te dice «te quiero». Entonces, todo se tuerce.

Han pasado veinte años, en los que Celia y Fer han fraguado una relación de amantes. Ella se siente cómoda y segura en esa posición, a sabiendas de que ser la segunda es renunciar a ser la primera. ¿Cuál es esa fuerza que le hace perseguir su estela? ¿Y qué es lo que le lleva a él a seguir eligiéndola, pese a que otras mujeres vayan conquistando su vida? Celia ha alcanzado su límite y está dispuesta a contar la verdad. ¿Es posible hacerse escuchar en una guerra de silencios?

Después de *Justicia poética*, Mamen Monsoriu recurre a la palabra perfecta, a la música del lenguaje, para hacer una nueva autopsia de las relaciones amorosas descompensadas, donde los que se tachan de perdedores tardan en ser conscientes de que no se puede perder lo que nunca se ha tenido.

Mamen Monsoriu

La segunda

ePub r1.0
Titivillus 02.11.2025

Mamen Monsoriu, 2025
Fotografía de la portada: Aaron Smith

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Por todas las que alguna vez han sido la segunda.
Para ti, que siempre serás la primera.

Quisiera morir
ahora
de amor
para que supieras
cómo y cuánto
te quería.
Quisiera morir
quisiera
de amor
para que supieras.

IDEA
VILARIÑO

Estoy aquí
en el mundo
en un lugar del mundo
esperando
esperando.
Ven
o no vengas
yo
estoy aquí
esperando.

IDEA
VILARIÑO

«¿Estoy enamorado? —Sí, porque espero».
(…) La identidad fatal del enamorado no es
otra más que esta: soy yo el que espera.

ROLAND

BARTHES

La peor forma de extrañar a alguien es estar sentado a su lado y saber que nunca lo podrás tener.

GABRIEL
GARCÍA
MÁRQUEZ

(…) Mi estrategia es
que un día cualquiera
no sé cómo ni sé
con qué pretexto
por fin me necesites.

MARIO
BENEDETTI

Revisito brevemente mi propia historia, releyendo el manuscrito al que acabo de poner punto final. Sitúo los folios tiritantes de pie, alisando el contorno de su conjunto con mi huella dactilar. Envuelvo el original en un lazo rojo. Lo introduzco dentro del sobre y lo sello con saliva todavía caliente. Llevo semanas enfrascada en la escritura, pero la situación lo merecía.

Escribo el nombre de la destinataria con la mano temblorosa pero segura. He temido tanto equivocarme que lo he memorizado, sin pretenderlo. Mientras trazo las diecisiete letras de su nombre y apellidos, la imagino abriendo el sobre con delicadeza, empleando, para ello, sus manos pulcras e impecables, sin ningún rasguño.

Llega el momento difícil. Revelar quién lo envía. Aclarar quién soy yo dentro de esta historia. Echo una mirada al frente e inspiro hondo, dejando que se me inunden los pulmones. El aire está cargado, y el miedo se apodera de mi cuerpo, pero no lo detiene. Cuántas veces he deseado hacer esto antes. Cuántos golpes he tardado en armarme de valor. Me repito a mí misma que estoy haciendo lo correcto. Hago justicia. Sin pensarlo más, lo escribo:

Remitente: la segunda.

Querida E:

Lealtad, respeto y verdad. Me he estado preguntando con cuál de estas tres virtudes obsequiarte en un día tan importante como este, y lo cierto es que todas me habrían traído hasta aquí. No ha sido una decisión fácil, pues que nos premien con la sinceridad cuando no la hemos pedido puede resultar irritante, pero tú eliges si quieres masticarla.

A este «sincericidio» he querido darle la forma de una buena historia: no hay regalo material que pueda competir contra eso. Me atraía la idea de quedármela, una vez construida para ti. Apoderarme de ella, meterla en el cajón y convertirla en una reliquia, en el recuerdo de lo que no fue. Pero llegados a este punto diría que es más tuya que mía. Por eso finalmente he optado por entregártela, sin titubeos, para que la tengas en tu poder, y decidas dónde colocarla. O colocarte.

Ya no hay vuelta atrás —para mí ya no hay vuelta atrás—. Tú, en cambio, todavía estás a tiempo. Puedes dejar de leer aquí mismo si así lo deseas, o embarcarte en este viaje del que tantas veces creí haber regresado.

No sé por dónde se empiezan a contar las historias, ni si contarlas las tacha de subjetivas o semi ficticias. Y, como no lo sé, la narraré cronológicamente, con la única y absoluta garantía de estar contando mi verdad.

De esta historia con la que voy a obsequiarte han pasado años. Muchos años.

Y aunque desconfío del final, estoy completamente segura de cuál fue el principio.

La primera noche Celia se lo imagina todo. Tienen diecisiete años y celebran con sus amigos de Veleta el fin del curso escolar en la Fiesta de San Juan, que coincide con el inicio del verano. Han pasado el día impregnados de la sal del mar y presumen el primer seudobronceado del año en la piel firme de la juventud. Fieles a su tradición, se reúnen cada 23 de junio allí, en el lugar donde pasan los mejores meses del año. Todos en torno a la hoguera, sorteando el fuego, sin miedo, empujados por los primeros tragos del verano.

Con ellos, la fiesta está garantizada. Veranean juntos desde antes de cumplir la primera década. Atesoran una sarta de anécdotas que hacen de aquel pueblecito mediterráneo su propia tierra de Oz. Más que un grupo de amigos, parecen un equipo de fútbol. Entonan su himno, beben de aquella pócima secreta —de cuya receta no quiero acordarme—, y corean canciones, haciendo que el resto de juerguistas se arremoline alrededor del grupo.

Ese verano sucede que, al llegar, Celia reconoce todas las caras menos una, a la cual no tarda en dirigirse:

—Dame una razón para que no te haya visto nunca. ¿Eres nuevo?

Su desparpajo habla por ella. Enseguida se da cuenta de que lo ha intimidado.

—Se llama Fer, vino ya el año pasado con nosotros —responde Alberto por él—. Creo que coincidió con las semanas que estuviste en Cádiz con tu padre.

—Vaya… ¡Qué casualidad! —masculla Celia.

—Mi padre se acaba de comprar una casa aquí. Estuvimos el año pasado de alquiler, y nos gustó mucho —añade Fer, tímidamente. Parece bastante reservado.

—Así que ahora nos vamos a ver más… —concluye Celia, con un tono sugerente. Es evidente que le gusta la nueva incorporación al grupo.

—No le gusta demasiado salir —Alberto vuelve a interceder por

él—. Pero es cuestión de tiempo. Lo llevaremos hacia el lado oscuro.

Celia piensa que se están quedando con ella. Pero Fer asiente, despreocupado de cualquier concepto u opinión que puedan tener sobre él. A ella esa actitud le llama poderosamente la atención, y la invita a querer saber más. Un par de cubatas después, coge a Alberto por banda y le intenta sonsacar información:

—Este chico… Fer… parece hecho de otra pasta, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—A que no pega mucho con nosotros.

—Es introvertido… pero luego las mata callando.

Ese comentario de Alberto le enciende una luz, cercana a la que su intuición le señala. Es exactamente lo que teme, entendiendo *temer* como un verbo positivo. Siente el impulso de desatar a la fiera que intuye detrás de esa mirada ingenua. Para eso, tiene que acercarse a él, y no será difícil, pues no conoce la vergüenza, se le da muy bien hacer nuevos amigos. Y Fer no será la excepción. Sin ser consciente, pone la primera pincelada del que será su plan de conquista: ganarse al tímido del equipo.

Pasa el resto de la noche pegada al bando varonil, camuflada entre la jerga y la tontería masculinas. Se va acercando a Fer de forma sutil, haciéndole cómplice de cada broma, como se acerca el líder al tímido de la clase. Se dirige a él al narrar las historias, le ríe las gracias, aplaude sus chistes… Así, poco a poco, consigue que la empiece a tratar con naturalidad. Podría decir que le cuesta algo más de lo normal llegar a él, ganarse su amistad —es casi imposible ganarse la confianza de alguien si no te la ganas la primera noche —, pero enseguida le encuentra el punto, se da cuenta de que encubre su timidez con el sentido del humor.

No es necesario conocer mucho a Celia para saber que se ha fijado en él. Y eso que en un principio le ha parecido poca cosa. Pero detrás de esa melena dorada que le cubre parte del rostro y oculta sus ojos color avellana, adivina una mirada traviesa. Todavía está por desarrollarse, piensa al ver que su estatura media y su escualidez hacen que ella parezca más grande que él. Viste ropa de marca, «¿quién lleva marcas a estas alturas?», piensa ella, que ha abandonado esa faceta un par de años atrás. Se nota que no se preocupa por broncearse, pero que no puede evitar coger el tono de

forma natural. Hay algo, sin identificar, que le llama la atención de él. Si no es la cara, no es el cuerpo, no es su personalidad, ¿qué es? Tendrá que descubrirlo.

Cualquier otra mujer esperaría a volver a coincidir con él para salir de dudas, pero su tesón no se lo permite. Tiene que desentrañar el misterio.

Mientras se despiden, toma aire y se dice a sí misma: es ahora o nunca.

—Para no gustarte salir, qué bien te lo has pasado. Agrégame, te avisaré cuando quedemos para que tengas un poco más de vida social —bromea mientras le anota su correo electrónico con permanente negro en el dorso del brazo—. Si te tiene que avisar Alberto, lo llevamos claro.

A nadie le extraña el atrevimiento, pues es la principal encargada del ocio dentro del grupo. Termina de despedirse y llama a sus padres para que vayan a buscarla. Solo quiere llegar a casa, encender el ordenador y ver una petición de amistad.

Esa noche ella distingue su potencial. Se lo figura, dentro de unos años, fuerte como una roca, con el pelo corto rubio contrastando con la piel caribeña, y el humor inteligente conspirando a su favor. Se ve a sí misma quedando con él a solas, extirpando uno por uno sus secretos. Se imagina la clandestinidad. Siente que esa ostra esconde una perla, que ha dado con esa probabilidad entre diez mil. Sabe que le costará un poquito abrirla. Pero todavía no sabe cuánto.

Cualquier día hará veinte años de eso.

La reciprocidad es subjetiva. No necesita de la igualdad. También se puede hallar en un tres contra cien.

Transcurrido el verano, en el que apenas se han visto, vuelven a la ciudad. Celia ansía ese momento, pues está convencida de que internet facilitará su comunicación.

Durante el primer año, ella le escribe todos y cada uno de los días. A las tres de la tarde o a las diez de la noche. No espera a que aparezca *conectado*, ella lanza el mensaje, y ya llegará la respuesta cuando tenga que llegar. No busca excusas extravagantes —«He pasado por la puerta de tu colegio y he mirado para ver si estabas», o «Estaba viendo una serie donde el protagonista se llamaba Fernando y me he acordado de ti»—, le pregunta cosas básicas y tan poco comunes como «¿cómo estás?», «¿qué vas a hacer esta tarde?». Le narra las aventuras de los últimos veranos en Veleta con intriga novelesca, para que él quiera protagonizarlas más pronto que tarde.

Hablan todos los días, todos. Mejor dicho, ella habla y él contesta, que no es lo mismo, nunca es lo mismo. Ella con su papel de extrovertida, y él con el de dejarse querer. A veces, él responde con monosílabos, y otras se extiende un poco más. En las madrugadas parece que se enchufa. A ella le gusta estudiar de noche (odia madrugar), y saber que a esas horas él está al otro lado la anima a trasnochar. Enciende el ordenador, abre el chat, y deja que la intimidad se vaya abriendo paso entre ellos. Le escribe decenas de veces durante aquel curso. Él le escribe a ella tres veces contadas, tres. Las frases escogidas son: «¡Ey!», «¡Buenas!» y «¡Feliz cumpleaños!». Las suficientes para que ella no pierda la ilusión. Ni la esperanza.

Un día, un solo día, él accede a poner la *cam* para que puedan verse mientras se mensajean. Puede que sea la resolución de la imagen, que no le hace mucha justicia, y ella, al verlo, se lleva un pequeño chasco. Lo recordaba más guapo, o más grande, quién sabe. Lo contrario le sucede a él: ella se ha puesto una camiseta de

tirantes de estar por casa, que hace asomar por los lados el contorno de sus pechos, jóvenes y desnudos. Sabe que le queda especialmente sexi. Y un moño, que le hace la cara más delgada.

Esa noche la conversación fluye a otro ritmo. Él saca su lado más cercano y pícaro. Es como quitarle la máscara a Mr. Bean, la prueba de que debajo del disfraz de oveja hecho a medida se esconde un verdadero depredador. Celia se acuesta contenta porque han avanzado mucho, sin saber bien hacia dónde.

En él, en cambio, esa noche se enciende el deseo. Al niño bueno e inocente le basta la imagen difusa y desenfadada de Celia para que se concentre la sangre entre sus piernas. Contra todo pronóstico, esa noche se masturba pensando en ella. Es una paja lenta, vacilante e inesperada. No quiere llegar al final, busca prolongar el placer lo máximo posible en el tiempo. Gime en alto. Se corre fuerte.

Claro que ella no lo sabe hasta muchos años después. Claro que, si en ese momento lo hubiera sabido, se habría escandalizado, probablemente.

Deberíamos pensar bien antes de masturbarnos pensando en alguien. Hay líneas que solo se cruzan una vez. Y la intimidad tiene la piel muy fina. Y ambiciosa.

La primera vez que se quedan a solas no han quedado, en realidad. Es un sábado de mayo por la noche. Ha transcurrido casi un año desde que se vieron por primera vez. Ella asiste a una fiesta con sus amigos del colegio, mientras él celebra su cumpleaños con los suyos. Aunque acuden a veladas diferentes, los dos *pubs* se encuentran relativamente cerca el uno del otro. Él no la ha invitado, pero le ha sugerido que, si termina pronto, se pase por allí. Celia, astuta, quiere aprovechar el inusual estado ebrio de Fer, así que acepta la propuesta. Sabe que una tarde cualquiera no accedería a verse con ella.

Conoce desde hace días cuál será su jugada maestra. Le pide a Raquel que la acompañe en su hazaña. Recién pasadas las doce, antes de lo previsto, hacen bomba de humo de su fiesta —no soportan ni un minuto más el reguetón—, y se presentan en el *pub* contiguo donde Fer, desde una esquina, observa cómo el resto celebra su vida. Le pide a su amiga que la espere en la barra mientras lo saluda. Aparece ante él como si nada. Sin nervios, sin emoción, como si cruzase el umbral que los acerca todos los días.

Está guapa. Lleva el pelo recogido a un lado. Su media melena, casi negra, le cubre el hombro que la camiseta asimétrica deja al descubierto. Resalta el verde de sus ojos con la raya negra que ha marcado arriba y abajo. Cada uno exhibe un verde diferente. Él queda completamente embriagado por el izquierdo. Es como un trocito de mineral, una piedra preciosa. Parece de mentira. De hecho, lo es, pero de eso se enterará más tarde. Con tacones es de su misma estatura; eso no le gusta, le hace sentirse inferior, o le da ganas de besarla, quién sabe. De cintura para abajo está algo rellena. Usa una o dos tallas más que sus amigas, pero su cuerpo —deportivo, por placer— está bien proporcionado y lo luce con orgullo. No es un impedimento entre ella y los hombres. Ellos, los de verdad, prefieren la carne. Es bastante resultona: se ha desarrollado pronto y su escote descubre un pecho llamativo que no

se esmera en esconder. A él le resulta bastante atractiva.

Las dos amigas bailan en el centro de la pista hasta que Raquel recibe la llamada de sus padres. Miran a su alrededor. La gente empieza a irse y el *pub* se está quedando vacío.

—¿Te llevamos a casa? —se ofrece Raquel, mientras saca del bolso una camiseta limpia. La que lleva apesta a tabaco.

—Voy a quedarme un rato más —asegura Celia, mirando el reloj. Son las tres y media, hora punta para llevar a cabo el siguiente paso de su plan. Ella nunca tiene hora de vuelta.

Se despide de su amiga y busca a Fer con los ojos. Lo encuentra solo en la barra y se acerca a él.

—¿Te tomas la última conmigo? —le sugiere, mientras hace el gesto de llamar al camarero.

—¿Aquí? —cuestiona él.

—No querrás fugarte de tu propia fiesta… —lo tienta Celia, adivinando la luz verde para llevárselo de allí.

—Ya se ha ido casi todo el mundo y los que quedan están borrachos. No me van a echar de menos.

—No me digas más, entonces. —Le hace un gesto para que se calle y se dirige al camarero—: ¡Cambio de planes!

Le indica que ponga las bebidas que les está sirviendo en vasos de plástico, a lo que este responde con cierto gesto aversivo:

—Podríais haberlo dicho antes.

Salen a toda prisa del *pub*. Caminan y buscan un parque donde apalancarse, alejados del barullo. Podrían haberse sentado en un banco, pero eligen el poyete de una tintorería cuyos propietarios viven en el séptimo u octavo sueño. Ellos todavía no han alcanzado el primero, pero será cuestión de tiempo.

Se sientan y empiezan a conversar. No resulta difícil, se trata simplemente de continuar cualquiera de las conversaciones que han dejado abiertas en el chat. Ella se encarga, a menudo y a propósito, de olvidarse de relatar el desenlace de las historias, para que él tenga que preguntar.

Mientras conversan, Celia acaricia el trozo de piel del brazo que la camiseta de Fer deja al descubierto. Lo hace con naturalidad —¿acaso no podría estar haciendo lo mismo con su primo pequeño?—, y él parece no oponer resistencia.

De esa conversación, que se alarga durante varias horas, Celia

recuerda haber hablado de los vicios. Le dice que ella, al contrario de lo que pueda parecer, no tiene ninguno. Él responde con una risa nerviosa, que le achina los ojos en un gesto tímido y deja salir al niño que lleva dentro. Hay algo más: puede adivinar cierta perversión en esa risa. De repente, ella recuerda por qué está ahí: quiere descubrir qué es eso que tiene y no muestra a nadie. Él quiere ir un paso más allá, y le acaricia con un dedo la piel del muslo, subiendo hacia zona prohibida:

—¿Seguro?

Celia se pone nerviosa y se echa a reír. Por primera vez la intimidada es ella.

—No me perviertas, Fernando. A ver si va a ser verdad eso de que las matas callando.

—¡Uy! Pero ¿quién te ha dicho eso? —Finge resignarse pero acaba riendo.

Es la primera vez que ella escucha esa risa.

El amanecer los sorprende en una postura todavía más cariñosa: él abraza sus rodillas. Están tan metidos en la conversación, que no se han dado cuenta de que un vecino de cualquiera de los edificios que encierran el parque podría en ese momento bajar al perro y descubrirlos. ¿Hay algo que descubrir?

La luna se va difuminando sutilmente hasta borrarse del paisaje, dando paso a los primeros rayos de luz:

—¡Ya es de día! ¿Cómo ha podido pasar el tiempo tan rápido? —se sorprende Fer.

—Cuando estás a gusto… —Desliza un mechón de pelo al aire y se lo coloca detrás de la oreja, terminando así la frase, satisfecha y segura de sí misma.

El primer resplandor del día es la señal de que la cita debe concluir. La fatiga también ha amanecido en sus rostros. Ella siente que ya es suficiente: ha dado un paso hacia su objetivo, y le ha demostrado que no es cosa suya, que hay *feeling* entre los dos. No eran imaginaciones suyas. Se levanta de un brinco y le tiende la mano para que se ponga en pie. Está ilusionada, pero tiene que seguir llevando la iniciativa, que en este caso se corresponde con el timón.

Podrían haberse despedido ahí mismo, pero ella insiste en acompañarlo hasta el *pub*, por si no se ubica. Quiere darle tiempo

para reunir el coraje de una buena despedida. Después de aquella primera cita, casi perfecta, está convencida de que no tendrá que pelear por un beso. Que se lo merece; se lo merecen.

En el puente al final del cual se bifurcan sus caminos, Celia se planta delante de él, con una inseguridad muy poco propia de ella en esas situaciones, y espera.

Él gana tiempo mirando el reloj que adorna su muñeca:

—¡Las siete y media! He estado muy a gusto.

—Te dije que conmigo las cosas eran así. Lástima que no hayas querido probarlo antes.

Ahora sí. Se lo ha puesto a tiro. Es el momento del beso. Fer se acerca. Puede que piense que será ella quien tome la iniciativa, como ha tomado todas las anteriores.

—Hasta la próxima. —Otra vez esa risa nerviosa. Le da un beso en la comisura, largo, prudente.

Esa decisión la deja fuera de juego. No se lo esperaba. Se había convencido de que él tendría que decantarse entre beso o abrazo, pero no había considerado esa tercera opción. Contiene el aliento hasta que está segura de que cada uno camina en una dirección. Se siente tentada de girarse para ver si él la está mirando. Por cada paso que da hacia delante, duda de si retroceder otro. Pero no lo hace, no se gira. En realidad sí, pero demasiado tarde, cuando la silueta de él, ya diminuta, se aleja por la avenida.

Creo que la respuesta a si una cita ha sido buena se encuentra en el instante de después. Ni en las últimas palabras —que, torpes, se pronuncian—, ni en el gesto torcido, ni en el beso final. La única manera de saber si ha habido magia es descubrirse girados a la vez, buscándose después del supuesto desenlace.

Celia se gira, pero no puede saber si la cita ha ido bien. Es demasiado tarde. Tendrá que esperar para tener una respuesta. Se relame las comisuras mientras cruza el umbral del portal de su casa.

—¿A qué sabe? —le preguntan sus amigas esa tarde en la clásica reunión que organizan para comentar la noche—. ¿Sabe a tabaco? ¿A alcohol? ¿A chicle de fresa?

Nada de eso. Ni tabaco, ni alcohol —habían transcurrido muchas horas desde la última copa—, ni chicle de fresa. Sabe a Fer. Que es

lo mismo que ser insípido. ¿Qué ocurre cuando ingieres algo que apenas sabe a nada? Que no hay sensación de saciedad, por mucho que tomes.

El primer beso se hará de rogar. Pero esa noche han estrechado lazos. Tras el vínculo, la incomodidad. A esa cita le siguen varios días seguidos sin hablar. Quizá, sujetos a la regla de los tres días; tal vez, a él le da absolutamente igual. El orgullo hace que los días deriven en semanas. Celia tampoco le da demasiada importancia, pues el susodicho tendrá que rendirle cuentas tarde o temprano, cuando llegue el verano.

Aun así, opta por escribirle. Quiere tantearlo. Le pregunta si le ha comido la lengua el gato, y enseguida apaga el ordenador por miedo a la respuesta. No pretende encenderlo hasta el día siguiente, pero estando ya en la cama, no puede contenerse, y va a por su ansiada respuesta. Ha conjeturado casi cualquier tipo de réplica, pero no está preparada para lo que se va a encontrar.

«Ojalá», ha dicho él. Una sola palabra. Cinco letras de nada. Y todo lo que cabe dentro. ¿Qué quiere decir con eso? ¿A qué se refiere? Insiste: «¿Cómo que ojalá?». «Ojalá el sábado me hubiera comido la boca».

Sus manos se levantan de un impacto del teclado. Se queda desconcertada. No esperaba para nada este cambio de actitud. ¿De verdad es tan evidente?

Quiere seguirle el juego, sin perder la sutileza: «Cuando la gata te ronronea debes actuar tú. Primero de Felino». «Yo lo que quiero es que me arañe», la contradice. Esa respuesta rápida e inteligente la gana. Sin pretenderlo, baja la guardia. No puede evitar caer en la cursilería: «Estuve dos días enteros oliendo a ti». «Me lo creo. Batí mi récord de caricias contigo. Es curioso, tienes la piel suave y delicada, como la de un bebé. Resulta adictiva». «¡Vaya! Nunca me habían dicho eso. ¡Qué halago!», añade, repleta de felicidad. Él prosigue con su discurso: «Hablo en serio, no hay más que verte la cara. Ni un granito, ni media imperfección». «Estás hablando con una mujer…», se sonroja ella para sus adentros. «Ya lo he visto, ya», responde él de inmediato. Ella añade un icono de incomprensión.

«No te hagas la tonta. Sabes perfectamente de lo que estoy hablando».

Empiezan las conversaciones subidas de tono, que se prolongan unos meses. Hablan mucho —ahora es cosa de ambos—. De vez en cuando se les va de las manos. Comparten fantasías y las inventan a su antojo. Pese a la elevada temperatura del ambiente que los envuelve, no hablan de verse en ningún momento. Pero a ella no le preocupa. Forma parte de su plan: hacer como que no le importa. Sabe que el verano está a la vuelta de la esquina y en Veleta hay cuatro. Contadas.

Llega el día de San Juan. Ha transcurrido un año desde aquel primer encuentro. La música suena alta. Los abrazos huelen a nuevo y a quemado. Empieza otra temporada inolvidable de la que ellos serán protagonistas. Se avistan a lo lejos, mas no se saludan. Ella hace como que no lo ha visto, le resulta sencillo pasarlo por alto. Tiene el don de llegar a un lugar y hacerse con él: entabla conversación con cualquiera que se cruce en su camino, empalmando una con otra y sin dejar margen a la soledad. Su risa se distingue por encima de la música. Él, al contrario, permanece en un rincón rodeado de los suyos, sosteniendo un vaso en la mano cuyo contenido baja como la espuma. Se siente algo decepcionado, pero su vergüenza le impide meterse en el otro círculo para saludarla. Ella sigue adelante con su plan: dejar que el alcohol lo pervierta e inunde su cuerpo de ganas y, entonces, manifestarse tan simpática como es.

Cuando empieza a merodear cerca de él —llamando poderosamente su atención—, los ojos de Fer —que no está acostumbrado a beber — pierden el control, apuntando directamente a su escote. Celia luce una camisa de rayas blancas y azules con varios botones abiertos, unos pantalones de cuero y unos botines de tacón. Estrena esa noche su primer sujetador *push up*. Fer fantasea con hundir la cabeza entre sus tetas. Hay algo en la oscuridad que hace que se confunda la realidad con la imaginación.

Ha estimado acercarse a ella al tercer cubata, pero, al ser consciente de la revelación que su fantasía le brinda, el rubor se le sube a la cabeza y tiene que mantenerse alejado del peligro. No es al tercer cubata cuando la saluda. Es después del quinto. Cinco que, pasados por nervios, equivalen a ocho.

No llegan a saludarse, no pronuncian ningún «hola» ni tampoco «¡cuánto tiempo!». Se morrean en el acto, provocando un escándalo

público, como si estuvieran protagonizando la escena final de una película. Enlazan sus lenguas lentamente, mientras un corrito se forma a su alrededor. Se niegan a abrir los ojos, y descubrir el jolgorio que se ha desatado a su costa. Disimuladamente, se alejan y se tumban sobre la arena de la duna. Allí se comen el uno al otro, presumiendo un resquicio de silencio en su burbuja.

A él, la situación lo excita más de lo previsto. Mete una mano por debajo de la camisa de Celia, y va subiendo lentamente, hasta agarrarle una teta. A ella ese gesto la pone muy cachonda. Lo anima a desabrochar el sujetador nuevo. Él obedece sin reparo. Le suelta la inocencia. Y el cosquilleo infantil la abandona intercambiándose con el erotismo primitivo. Ser objeto de su deseo resulta fascinante.

Al éxtasis se sube lentamente —mediante caricias bien intencionadas— y se baja de sopetón. Es cuestión de que alguien te tire de los pies, o que se le ocurra clavar un inciso en medio de la emoción:

—Espero que esto no cambie nada entre nosotros, eh —apunta Fer, adelantándose a los acontecimientos como solo él sabe hacerlo.

—¿Qué es lo que no tiene que cambiar? —cuestiona ella, tanteando lo que dirá a continuación. Quiere ganar tiempo.

Él duda la respuesta durante unos segundos.

—Nuestra amistad… —declara finalmente mirando a la arena.

Celia se queda por completo desconcertada ante tal afirmación. Ni siquiera sabe si es motivo de alegría o de tristeza. De dicha o de infortunio.

—¿De verdad me consideras tu amiga? —Quiere cerciorarse de que ha oído bien. No es que en su cabeza no tenga sentido: no lo tiene en ninguna parte. Los amigos se cuidan. Los amigos se ven cuando pueden. Los amigos no se besan, ¿o sí?

—¡Pero si hablo contigo más que con mi madre! Te considero una de las mejores. —Él lo dispara como un halago y ella lo recibe como una flecha. Aprovecha su supuesta condición de privilegiada para exigir.

—Te lo digo porque como nunca nos vemos… —El despecho contesta por ella.

—No suelo verme con nadie, ya lo sabes. Entre semana entreno y los findes juego. Además, es lo mejor. Si nos viéramos acabaríamos así… —Vuelve a besarla y suspira. No es un suspiro al

uso, es uno de esos que entre líneas dicen: «Cómo voy a salir de esta».

Celia quiere preguntar cuál es el problema, pero no lo hace. El plan se ha revertido de un momento a otro y ahora es ella la conquistada. La amiga conquistada. La que se ha bebido unas copas de más y ha acabado en sus brazos. Mantiene la cabeza fría para sacarse la flecha que se le ha clavado en el pecho, y analiza desde fuera la situación. Por el ansia con que la mira, besa y toca, sabe que lo tiene cogido por los huevos. Ha conseguido entrar donde no entra nadie: a su zona privada. Una zona que quiere empezar a explorar. Y la amistad es un camino directo a todo eso.

Había pensado mucho en cómo sería su primer beso. Se lo había imaginado a escondidas, a oscuras, a hurtadillas. En su imaginario, jamás le habría añadido público a la escena del crimen. Pero ha resultado ser todo lo contrario. No les ha importado lo más mínimo dar el espectáculo y que los hayan visto todos.

Volviendo a casa, recrea la noche en su cabeza una y otra vez. Un beso es un viaje, y por eso ocurre tres veces: cuando se planea, cuando sucede, y cuando se recuerda.

A Celia le costó un año darle ese primer beso, que, después, le ha costado todas sus relaciones.

Romper la barrera física es el final de una carrera de obstáculos. La relación que tienen cambia sustancialmente. El deseo se impone. No quedan impedimentos, el camino se presume llano y fácil. Deciden citarse para seguir indagando el uno en el otro.

Quedan en la casa de Fer de la playa, que durante el año se encuentra vacía. Allí no tienen que esconderse. Veleta se considera un pueblo, pues, aunque en invierno no alcance los trescientos habitantes, en verano supera los cinco mil. Está compuesto de seis calles: tres paralelas —una de ellas ejerce de paseo marítimo— y tres perpendiculares. Un restaurante, dos bares, un kiosco y un bazar. Un par de piscinas municipales. Un chiringuito. Una discoteca. Un polideportivo. Ninguna tienda de ropa.

Durante la temporada estival, no existen secretos. Hagas lo que hagas, te escondas donde te escondas, digas lo que digas, seguro que te ha visto o escuchado alguien. Sin embargo, el resto del año es terreno fértil para la confidencia, pura discreción: lo que pasa en Veleta se queda en Veleta.

La intimidad huele a sal. Desde la ventana de Fer se ve el mar. Tumbados en la cama de costado, uno frente al otro, se cubren los ojos con un antifaz. Extremoduro de fondo y a jugar. La máscara de la timidez se les cae en cuanto ponen un pie en el plano sexual. El reto consiste en palpar el cuerpo ajeno —como quien aprende el relieve de un mapa— esquivando los genitales. Las reglas son fijas. No poder tocarse donde quieren tocarse los excita. El juego alimenta el deseo. Las pautas tienen trampa: con las manos no se pueden palpar las zonas prohibidas, pero ¿y con el resto del cuerpo? Sin darse cuenta, empiezan a restregarse, uno contra el otro, subiendo cada vez más el nivel de excitación.

Él no puede evitar comentar que le pone que su cuerpo no sea prototípico. Dice que le gusta tener de donde agarrar. Ella recibe el impacto contrario, y se pone a la defensiva, alegando que hace atletismo tres días a la semana, que es cuestión de constitución. Y

que disfruta comiendo, por encima del afán de entrar en ningún canon.

Es de sentido común detestar esa costumbre masculina de hacer comentarios sobre el cuerpo de la mujer. Del cuerpo de la mujer habla esa misma mujer, si quiere. Ni su madre, ni su abuela, ni su amiga. Mucho menos la persona con la que está compartiendo intimidad y quiere hacer que se sienta bien.

Cuando a ella le cambia el semblante a serio, él, en lugar de retroceder, sube la apuesta. Le responde con un beso largo y húmedo, bajando sus manos hasta la cintura, de donde la agarra fuerte, atrayéndola hacia sí, queriendo decirle tantas cosas… Que no se aguanta, que su cuerpo saca lo peor de él, que puede pedirle lo que quiera ahí mismo, que es suyo. Siente que esos pensamientos le hacen perder el control, perderse, y desearla de otra forma.

Lo bonito que ocurre en el sexo —porque, cuando no hay penetración, también es sexo— es que llega un momento en que la cabeza y el cuerpo se disocian. No me refiero a que se pueda pensar en otra cosa mientras se está en el tema, sino a ese instante culmen donde el cuerpo deja de obedecer a la mente y empieza a actuar por sí mismo, cobrando vida propia. Y en ese punto, en ese instante, se dicen cosas muy estúpidas, tremendamente sinceras.

—Tienes cuerpo de amante.

—¿Cómo que de amante? —Celia vuelve a salir a la defensiva. No sabe cómo encajar semejante declaración.

—Sí. Me refiero a que, aunque mi situación personal no lo permitiese, si una chica como tú se metiera en mi cama, mi único compromiso sería con ella y con la cama.

Distraídos, como están, en el experimentar sexual, van olvidando las reglas del juego. Uno de aquellos días en los que se han citado para tentarse, Fer quiere ir un paso más allá y desliza el dedo por el espacio diminuto entre su muslo y el pantalón, desplazando las braguitas hacia un lado para hacerse hueco y descubrir que la zona se encuentra ya húmeda. Se sirve de la lubricación para continuar dibujando el estrecho del Placer, que se abre a su paso. Celia se estremece, buscando más. Le da gusto, un gusto que empieza en la vulva y culmina en el pecho, dificultando el paso del aire. Ha probado otras cosas previamente: se ha restregado con la cama, se ha dado placer con el chorrito de agua de la ducha y se ha estimulado con sus propios dedos. Pero no ha experimentado la sensación gelatinosa de dejar su placer en otras manos. Siente cosas muy fuertes. Le suplica que no se detenga ahí, que meta el dedo más dentro. Sabe que el placer se encuentra dentro de esa cueva. «No seas impaciente», bromea él. Aprovecha la humedad para seguir acariciando por fuera, hasta que las convulsiones de ella le indican que ha llegado el momento. Introduce un dedo, que se empapa en el acto, acaricia la pared de alrededor, despacito, y lo saca. A la siguiente son dos dedos, y el placer se mezcla con el susto, con el impacto de ser invadida por primera vez.

Fer frunce el ceño, pensativo, como si tratase de recordar algo. Le pregunta por la ubicación de su clítoris, ante lo que ella se muestra desconcertada. Él trata de explicarle todo lo que ha aprendido sobre el punto G, sobre su estimulación y los diferentes tipos de orgasmo. Pero ella está muy abstraída como para atender a cuestiones tan anatómicas. Tiene el cuerpo codiciado delante y quiere exprimirlo.

—¿Te da más placer cuando te toco por dentro o por fuera? —Fer sigue absorto en el tema.

—Me da menos placer cuando no me tocas —responde ella con una sonrisa maliciosa.

Esa respuesta hace que el bultito que asoma en la ropa interior de él crezca. Ella quiere ponerlo en libertad, y agarra la cinturilla de su ropa interior para arrastrarla hacia abajo mientras los nervios simulan un gesto adecuado en sus labios. Siente alivio al descubrirla. Tenía miedo de que fuese demasiado grande o demasiado pequeña. Deduce que está en su máximo esplendor, o cerca de eso, y al ver que se presume normalita de tamaño, respira hondo. Es bonita. Más bonita que las que ha visto por internet (en ese tiempo no existe ningún control respecto a la exploración de sitios web, y en las reuniones de amigas es muy normal que llame la curiosidad). Le recuerda a la cúpula de un edificio barcelonés. Tiene una forma diferente a otras, ligeramente más redonda.

—¿Por qué es tan bonita? —su inocencia pregunta por ella.

—Será por la forma, supongo —responde él con una mueca de orgullo.

—Sí, ¿verdad? Es distinta. Se parece a una setita.

—Eso es por la circuncisión.

—¿Qué es eso?

—Una operación. Nos la hacen a algunos cuando somos pequeños si la piel no se desliza como debería. Te retiran el trocito que dificulta el movimiento. Por eso la punta del pene no está cubierta.

Celia acerca las dos manos a su miembro, inocente, como quien coge un juguete por primera vez. Quiere divertirse con ella. No sabe por dónde empezar. Es preciosa.

—Y ahora dime… ¿qué se supone que tengo que hacer con esto?

Él coloca su mano sobre la de ella, y desplaza la piel de arriba abajo. Ella nota que su integridad hace aguas. La piel resbala, cambia de consistencia. Bajan, suben, y repiten el movimiento. Lo que tienen entre manos se va endureciendo más y más y la temperatura de sus cuerpos se dispara, sorteando el gemido. Los jadeos descompasados de él condicionan la velocidad del movimiento. Le enseña a acariciarla. A hacerla suya.

Es el inicio del despertar sexual. Y no se quieren volver a dormir.

El sexo sin precedentes entra a formar parte de su relación. A menudo, se mete en sus conversaciones y las desvía hacia el lado oscuro. Antes de centrarse en sus experiencias, comparten impresiones acerca de otras personas, para allanar el terreno. Es la forma más cómoda de entrar en materia, y la más cruel.

No es que se vean con frecuencia —con suerte, una vez al mes —, pero esos encuentros se tornan cada vez más furtivos. Escuchan el cuerpo conocido, se baten en duelos que nada tienen que ver con la pena. Se recrean en los masajes sexuales. Memorizan el cuerpo del otro. Se corren, restregándose.

Nadie olvida a la primera persona con la que se ha corrido solo con frotarse. Con ropa o a falta de ella. El roce de las partes íntimas revela un horizonte esencial del despertar sexual.

Él ha comenzado su cambio físico. Lleva un tiempo yendo al gimnasio y se empiezan a ver resultados. A ella eso le gusta, pero, sobre todo, le da miedo que empiece a ligar y deje de disponer de ese poco tiempo que tiene para ella.

Se han enrollado alguna vez más en público. Pero no es alarmante. En esos tiempos todo el mundo se enrolla con todo el mundo. Está mejor visto liarse siempre con la misma persona que cada vez con una distinta. Ella empieza a ser consciente de que está enganchada, pero sabe que comunicarlo rompería la magia que se ha instaurado entre ellos.

A él, los amigos que tienen en común, lo dejan en paz porque saben que no soltará prenda. A ella, de vez en cuando, la interrogan: «¿Qué te traes con Fer? ¿Habláis durante el año? ¿Os habéis visto alguna vez a solas? ¿Qué sientes por él? ¿Te gusta?».

Le gusta. ¡Claro que le gusta! Pero bajo ningún concepto va a decírselo. Se autoconvence de que, al entrar en la universidad, los horarios cambiarán, podrá verlo más a menudo y llevar la relación a otro punto. No va a dejar que nada estropee lo conseguido.

Celia es conocedora de las fantasías que él tiene relacionadas

con el gimnasio. Se plantea, incluso, apuntarse con él. Pero cómo se saca a una atleta de su pista de atletismo.

El día que él formula por primera vez el nombre de África, ella intuye que algo va mal. Se trata de una chica rubia, inocente y diminuta, con el carácter todavía muy verde. De esas que los hombres sueñan con moldear. Se acaba de apuntar al gimnasio y no conoce a nadie, le cuenta, ilusionado. Celia le sugiere que le ofrezca su ayuda con el funcionamiento de las máquinas cuando la situación lo requiera, que sea un caballero.

De ese consejo se arrepentirá en cuanto vea que algo entre ellos —algo sin catalogar— empieza. Y África se convierta, de pronto, en la única chica que ve a Fer todos los días. Una hora al día. Que no sería tan peligrosa si no fuera por las otras tantas que pasan hablando.

Celia ha quedado relegada al segundo puesto de la noche a la mañana. Perdedora, se señala. Pero cómo se puede perder lo que nunca se ha tenido.

Dicen que la primera vez nunca se olvida. Por alguna extraña razón, tendemos a olvidar el primer día de colegio, el primer beso, el primer amigo, el primer síntoma de amor. Pero recordamos la primera vez. No por el hecho en sí, al que las expectativas no le juegan la mejor de las pasadas, sino por su implicación emocional. Porque ese día algo cambia, un mundo se abre. Se cierra una etapa y comienza otra. Pero la pérdida de la virginidad no va necesariamente ligada a la pérdida de la inocencia.

Celia está incómoda porque Fer no deja de hablar de África, que encima empieza a hacerle algo de caso. Nunca lo ha visto tan obsesionado con alguien y, como están atravesando una época «caliente», teme que una tarde, en un vestuario, pueda desatarse la locura entre ellos.

Por su parte, siguen viéndose de vez en cuando en casa de ella, a la hora de la siesta, para «indagar». Han hecho dedos, pajas, él ha bajado alguna que otra vez —muy torpe, por cierto—. Se nota que ha visto muchos vídeos (tantas horas metido en su casa han servido para algo), pero le falta mucha práctica. En las reuniones de veleteros, suelen terminar en el baño con la puerta cerrada y el pestillo puesto. Y rara vez se van a dormir sin intercambiar alguna que otra ordinariez erótica.

Solo les queda una cosa por hacer. Una cosa, la determinante. A Celia le entra la paranoia: piensa que si no espabila, se lo quitarán. Quiere ser la primera. Ante un episodio de desesperación, se inventa que está conociendo a un chico, que han pasado ya la barrera de los preliminares, que en cualquier momento puede pasar «eso», y que se niega a quedar mal con él por falta de experiencia. Dice que no quiere que se dé cuenta de que ella es virgen. Y, sin pensárselo dos veces, declara:

«Fer, me da algo de pudor, pero tengo que pedirte algo…».

«¿Pudor? ¿A estas alturas, Celia? Sorpréndeme».

«Necesito que me desvirgues».

«¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba», escribe de golpe. No dice nada más. Aguarda a que Celia continúe con su discurso.

«Estoy conociendo a alguien. Llevamos unas semanas en fase de masturbación, tocándonos. Creo que "eso" puede pasar en cualquier momento, y no me gustaría quedar como una recatada…».

«Entiendo, no vamos a permitirlo», contesta de inmediato. No sabe si está disimulando la ira, o es que no le perturba en absoluto que esté indagando también con otra persona.

«Prefiero hacerlo con alguien con quien tenga confianza primero y así con él ya podré disfrutarlo», argumenta finalmente.

«Estoy totalmente de acuerdo con esa filosofía», asegura él. «¿Cuándo tenías pensado?».

«Cuanto antes».

«¿Qué día de esta semana estás sola en casa?». Sus respuestas son firmes, pero se le intuye nervioso. Nadie es inmune a su primera vez. Ni siquiera los hombres.

«El jueves no habrá nadie hasta las tres de la tarde».

«Perfecto, pues el jueves lo hacemos. Estate tranquila, vas a dejar el listón bien alto».

Y así es cómo planean su primera vez. Bajo el prisma de la conveniencia. Conciertan un coito como quien concilia un motivo para no olvidarse nunca del otro. O eso trama ella.

El acto sexual no se les da mal del todo, pues se toman la torpeza muy a risa y poco en serio. Primero juegan a lo que mejor se les da: tocarse sorteando las partes prohibidas hasta que no pueden aguantar más. Él se desenvuelve en su cuerpo como un profesional, como si el erotismo formara parte de su rutina. Hasta que ella le pide al oído que pase a la acción.

Fer abre la caja de preservativos y escoge uno al azar, casi sin mirarlo. Eso a Celia la entristece, puesto que ella los habría sacado todos de la caja para elegir uno a conciencia, pues no se trata de un preservativo cualquiera, sino el de su primera vez. Él lo abre como si tuviera experiencia, lo saca del envase y se lo coloca de forma delicada, desde la punta hasta la base, con mucho cuidado de no rasgarlo.

De esa primera vez no conservan un recuerdo bonito, sino algo ruinoso. Celia está tan nerviosa que no consigue lubricar apenas. Al meterla, le hace tanto daño que no puede soportarlo y tienen que

parar. Así pasan varias horas. Lo intentan un poquito, hablan, otro poquito, se ríen, otro poquito, se besan. A ella se le resbala alguna que otra lágrima, pero se siente completamente libre de decirle «para» o «ve más despacio». Sin presión ninguna. Sin juicios. Riendo.

Una vez que Fer está dentro, cuando su miembro rompe la barrera que le separa del placer, todo sucede muy rápido. Olvida la delicadeza en el instante anterior, y empieza a deslizarse con garra sobre ella. Parece haberse vuelto loco. Se le acelera el pulso. Observa su cuerpo con fervor, como si se la fuesen a quitar en cualquier momento. Se le salen los ojos de las cuencas, inyectados en sangre. Le agarra las tetas y se corre. Ha durado dentro dos minutos. Pide perdón un millón de veces. Ella no entiende a qué se debe la disculpa. Si él ha hecho algo mal, ella no ha sido consciente. Fer se retira el preservativo teñido de blanco y se tumba en la cama a notar la caída de la respiración.

Celia sigue un poco dolorida, pero está contenta: se ha llevado el tesoro de su virginidad. En mitad de esa euforia, lo interroga.

—Bueno, pues ya la hemos perdido.

—¿El qué?

—¿Cómo que el qué? La virginidad.

—La has perdido tú. Yo no era virgen.

—¿Cómo que no?

—Me he acostado algunas veces con mi mejor amiga, Reyes, la del femenino. No porque me ponga ni nada, eh, que solo somos amigos.

—Y entonces ¿por qué te acuestas con ella? —La rabia habla en su nombre.

—Por lo mismo que tú conmigo: quería estar preparado cuando llegase el momento. Tengo mucha confianza con ella y hace cosa de un año habíamos bebido y pasó.

—Puedo entender que por error sucediera una vez, pero ¿y las demás?

—Me apetecía probar diferentes posturas. Y con ella es perfecto porque, como no me pone, tardo más de media hora en correrme.

Celia siente cómo se le abre el pecho y se vacía de ilusión. Si tenía una razón para sentirse especial, se la han arrebatado de cuajo. Observa, descompuesta, cómo él se viste y se encamina hacia

la puerta.

Y así es como le rompe el corazón el mismo día que el himen.

Transita un pequeño duelo después de aquella primera vez. Algo se ha roto dentro de ella. Y no es eso, de verdad, no es solo eso.

Dicen que si quieres saber cuántas veces te has enamorado, cuentes el número de duelos transitados. Pero no estoy de acuerdo, se puede tener un solo amor y una infinidad de duelos.

Se acuestan alguna vez más, pero ni el vaivén de su cuerpo logra evitar que lo suyo con África llegue a término. Tal y como Celia temía, empiezan a verse también fuera del gimnasio, iniciando una pseudorrelación que se prolonga durante unos meses, hasta que la idealización cae por su propio peso. Muerto. «Es muy niña», dice él. «La has idealizado», se reitera ella, que juzga lo sucedido como el impulso necesario para tomar distancia.

La llegada de la rabia se disuelve con el inicio de la universidad. Mimetizados con el nuevo hábitat, presiden círculos de amigos donde el éxtasis de la novedad se mezcla con el de los intereses comunes.

Alberto, consciente de la amenaza que la universidad supone para la pandilla de Veleta, cree necesario idear algo que sostenga la cohesión del grupo durante todo el año. Así que organiza cenas temáticas mensuales con el fin de juntarlos a todos. Durante los primeros años de carrera, los encuentros en solitario de Celia y Fer van espaciándose, intercambiados con las quedadas en grupo que Alberto propone regularmente.

En ese tiempo Celia se ha acercado progresivamente al chico que le pasa los apuntes en clase, Víctor. Aunque lo ha llamado desde el primer día, no le da importancia hasta mucho después. Digamos que tenía otras cosas en la cabeza. En cambio, él, lleva prendado de ella desde la primera semana de clase. Algo que ella ha alimentado de forma inconsciente, pues le gusta gustar. Le gusta gustarle. Sobre todo, si eso le permite saltarse clases y aprobar.

Se besan en la cena de final del tercer curso. «Cómo no he podido ver que tenía el amor delante de mí», se pregunta Celia, que ya fantasea con una relación idílica junto a su proyecto de marido. Aunque no vuelven a hablar después de ese beso —Víctor se va todo el verano a estudiar francés a Canadá, y le resulta difícil permanecer conectado en la distancia. En aquel entonces, si te ibas, te ibas—, tienen previsto empezar algo a su vuelta. Intentarlo.

Pero quién hace planes con un verano de por medio.

A Alberto le surge una gran idea para hacer prosperar la unión del grupo. Les propone hacer un viaje exprés a Tarifa: cuatro días, tres noches. Alquilar un par de coches, e ir de playa en playa, siguiendo los atardeceres. Bailar día y noche en la arena, entregados a la cultura del chiringuito. A todos les parece una gran idea, convencidos de que viajar juntos les hará subir un peldaño en la escalera de la amistad. Celia y Fer, cuya relación se ha ido desviando hacia el lado frío, tendrán que convivir durante unos días. Ella accede, pues lo que sea que haya entre ellos empieza a oler a agua pasada. Él hace lo propio.

Ese viaje marca un antes y un después en su relación, pues la complicidad que existía de puertas adentro empieza a surgir también en público. Se entienden realmente bien. Conviven como los buenos amigos que son, o que creen ser. Los primeros días, si se colocan en el mismo equipo del *Pictionary*, pierden. Pero una fuerza mayor hace que terminen las noches en la misma cama. Tienen sexo, claro. Cuanto más sexo tienen de noche, más victorias atesoran de día. ¿Quién dijo que ser afortunado en el sexo y en el juego no fuese compatible?

Durante esos días, Celia se olvida de la existencia de Víctor. Vuelve a casa con una lucecita encendida: Fer y ella hacen un gran equipo. La atracción entre ellos es evidente, pero la complicidad no se queda atrás, lo que significa que podrían funcionar como pareja.

Cuando comienza el nuevo y último curso, Víctor y ella llevan meses sin tener apenas contacto. Él ha estado en una casita perdida en el bosque, sin apenas cobertura para conectarse. Celia y Fer vuelven a verse más a menudo. Y a ella no le interesa lo más mínimo meterse ahora en una relación, quiere estar libre, disponible para Fer. Le gusta el hecho de que los dos —Fer y ella— se encuentren solteros. Eso significa que en cada encuentro están un

paso más cerca de dejar de estarlo.

Ningún aspecto vital puede describirse con una línea recta. Ninguno, salvo el amor. La línea del amor es lisa y siempre continua. Más o menos gruesa según el momento. Hace falta un motivo de peso para torcer una historia de amor. Cuando se tuerce, nunca vuelve a ser la misma. En el amor, la torsión es irreparable.

Y aquello se tuerce en el segundo semestre del último curso, el día que Fer escoge la optativa de programación. Allí coincide con Amalia, cuya primera mirada lo deja completamente fuera de juego. En palabras de todos, esa tía es un espectáculo. Aparentemente inalcanzable, exhibe un cuerpo de infarto y se mueve como si el mundo fuese suyo. Es rubia de bote, la rubia de bote con la que cualquiera querría pasear por la ciudad. El efecto degradado del rubio se intensifica en las puntas, simulando las mechas californianas que pronto se pondrán de moda. Se maquilla de forma que aparenta más edad de la que tiene. Él la ha visto antes por los pasillos, pero nunca ha reparado en ella. Sabe —porque lo ha escuchado— que estuvo saliendo con el profesor de física, el «cachas viejoven», que, casualmente, ya no trabaja en la universidad. Ella no se ha pronunciado al respecto, pero es un secreto a voces. A nadie le extraña, pues, además de atractiva, es madura. Normal que opte a hombres de ese «calibre».

Fer tarda poco en hablarle a Celia del flechazo, de la mirada cautivadora y del culazo que lo ha seducido al instante. De Amalia. En apenas unos minutos, le ha llenado el ordenador de cursilerías relacionadas con esa chica, cuyo nombre Celia no quiere recordar.

Esa tarde no hablan de sexo. Ni la siguiente. Ni la otra. Tienen algo mucho más importante entre manos, que es tejer un plan de conquista al milímetro para enamorarla. Celia está bastante tranquila, pues, por lo que puede observar y lo que él le ha contado, es bastante improbable que consiga algo. Por eso, y muy a su pesar,

le sigue el juego.

Como buena amiga, le sugiere que debería cambiar su forma de vestir para que ella se fije en él, que pruebe con un estilo mucho más desenfadado. Amalia es *hippie*, y no se va a fijar en un pijo.

Lo acompaña de compras. No hay sexo. Lo invita a su casa para cortarle el pelo ella misma. No hay sexo. Se compinchan para entrar de noche en el despacho del profesor de física a robar el examen de iniciación para que él tenga un pretexto para sorprenderla. No hay sexo.

No hay sexo hasta que ella le dice que quiere tener sexo. Y él se disculpa por haberla tenido a dos velas, con la excusa de que estaba muy concentrado en sus planes. Le promete saltarse el entrenamiento de esa tarde para compensarla. Y lo cumple. El mismo día que el profesor lo sienta con Amalia en una práctica, y pasa cuatro horas mandándoles callar. Aparece a las ocho de la tarde en casa de Celia, tal y como habían quedado, con una sonrisa muy poco propia de él. Celia se sonroja, pues piensa que se debe al tiempo que llevan sin hacerlo, esos nervios, esa energía renovable. Pero a él no le importa que se estén desnudando, ni que estén en pleno acto para empezar a narrarle hasta el último detalle de la que ha sido la tarde más emocionante de su vida. A Celia le sienta bastante mal. Una cosa es que le hable de ella por el chat, y otra muy distinta que lo haga mientras practican sexo. Finge que el dolor de la menstruación la incapacita, que necesita estar sola y tranquila. Y lo empuja, todavía desnudo, hacia la puerta.

Una relación puede morir de falta de empatía como un ser humano muere de sed. Hay clemencia para el daño accidental. Mas no existe perdón alguno para quien se recrea en la herida como animal en el fango. Ese dolor no se absuelve sin penitencia.

Celia yace debajo del edredón tocándose su vientre, intentando borrar las caricias del día anterior. Quiere deshacerse mentalmente de la bala. ¿Sabías que la herida de una bala en disparos a corta distancia deja una forma estrellada sobre la piel? ¿Y que cuando impacta desde lejos deja forma de ojal? ¿Qué pasa cuando penetra directamente en las profundidades esquivando la piel?

Se sabe que una relación se termina en el momento en que una de las dos partes la da por muerta. Y eso es lo que acaba de pasar por su cabeza: el fin. El fin es como el secreto sobre quiénes son realmente los Reyes Magos. Siempre está ahí, desde el primer día, aguardando latente su momento. La ilusión y la magia resplandecen con tanta fuerza que lo hacen invisible a los ojos. Hasta el día que lo ves. Cuando lo ves una vez, lo ves siempre. Por mucho esfuerzo, regalos y paripé que haga alguien para ocultarlo. Claro que eso no significa que tengas que actuar en consecuencia.

Tratando de borrar sus huellas, se atiza sutilmente la piel de la vulva, como quien sacude el polvo de un libro. Sin pretenderlo, una chispa de placer la enciende. Evoca lo delicado de su tacto, el roce de su cuerpo. Lo anhela durante unos segundos, los mismos que tarda en recordar que la noche previa él se detuvo a jugar con su ombligo. Y que lo hizo para contarle que Amalia se había cambiado la bolita diminuta del *piercing* por un delfín plateado. Un dato de esos que no aportan nada, pero lo apartan todo. Al recrear la escena, se cierra en banda al deseo. De ahora en adelante, esa imagen bastará para cortarle el rollo.

Piensa en cómo hacérselo pagar, a qué penitencia sentenciarlo. Por el momento, ha decidido poner distancia. Privarlo de su contacto, de sus consejos. Sancionarlo con su silencio. Se niega a

enfrentarse a ese mensaje en el que le cuente que ha pasado algo entre ellos. Que por fin ha pasado. O que ojalá nunca deje de pasar. No quiere encender el ordenador.

Pero él no capta la negativa. Está más insistente que nunca. Le escribe a cualquier hora, incluso cuando no está conectada. «Celia, te necesito». «Celia, ¿dónde estás?». «Celia, ¿qué haces hoy?».

No puede más. Se hace la ocupada para ignorarlo. Está harta de ser ingenua. Se acercan los exámenes. Pero una sola excusa no bastará para librarse, así que dirá que la competición de atletismo está a la vuelta de la esquina. Y correrá en dirección opuesta a la de él.

Celia está resuelta a tomar una decisión. Tiene dos alternativas: ponerse en medio o apartarse. Colocarse en medio significa decirle a Fer lo que siente por él, poner en valor todo lo que han construido juntos, para que la figura de Amalia se devalúe. La otra opción tiene que ver con despejarse de la ecuación —a otra cosa, mariposa— y olvidar el proyecto Fer. Se siente igual de cerca de ambas disyuntivas. A quien dijo que los extremos se tocan se le olvidó comentar que también hacen rozaduras.

Ansía la calma, la paz interior. Pero también valora su esfuerzo. Ha peleado mucho por él, por su apertura, y no va a dejar que otra persona recoja los frutos que ella lleva años sembrando, con su paciencia y su buen hacer.

Amanece con un mal presentimiento. Sabe que algo va mal, lo intuye en el cuerpo. Y el cuerpo no engaña. Esa misma noche Fer le cuenta que Amalia y él han pasado su primera tarde juntos. Que han dado un paseo por la ciudad y después la ha invitado a picar algo rápido. Celia no da crédito. Él es muy tacaño. A ella nunca la ha invitado ni a un simple café. Siente un ataque de rabia. Continúa leyendo. Resulta que ella se ha abierto un montón en la primera cita, y, mientras caminaban, le ha revelado parte de su pasado difícil. Carga con varios traumas a la espalda. Está saliendo de un TCA, consecuencia de una infidelidad en su anterior relación. Se considera víctima del sistema y de sí misma. Fer la ha escuchado atentamente, brindándole su apoyo en todo momento, asegurándole querer acabar con todos los que le han hecho daño.

Sin venir a cuento, Amalia se ha ensañado con su discurso político. Es opuesto al que Celia y Fer comparten. Pero Fer no le ha

replicado en ningún momento: es más, le ha dado la razón con su silencio. Eso a Celia le choca, pues sus ideas políticas son, *a priori*, imperturbables. Celia siente el impulso de salir a buscar a Amalia y decirle: él no es así. Te está engañando. Pero no acaba ahí. Después de pasear han entrado a una librería. Él se ha hecho pasar por un lector voraz. Al interesarse ella por sus lecturas, Fer ha declarado que lee uno o dos libros al mes, normalmente ensayos divulgativos. Ha elegido ese género para asegurarse de que ella no pudiera comentarlos. Fer no ha leído un libro entero en su vida.

«Eres un impostor —le dice Celia—. Y no lo necesitas». «Conquistar es mentir» —replica él.

La decepción cae sobre ella como una gota gruesa de lluvia. Le da una pequeña pista. Existe una opción C: dejar que las cosas caigan por su propio peso.

En menos de tres meses, Amalia ha cambiado sus aires de superioridad por vientos de enamoramiento. Se han convertido en la pareja envidiada de la universidad. Van juntos a todas partes. Hacen manitas en la biblioteca mientras se preguntan, el uno al otro, sus respectivos temas. Se buscan entre clase y clase. Se esperan para volver a casa. Entrenan juntos en el gimnasio. Han ganado varios puntos en simpatía. Sus calificaciones empiezan a mejorar considerablemente.

Las cosas se agilizan cuando Fer descubre que ella sufre dependencia emocional. Tiene una serie de necesidades afectivas no cubiertas que intenta llenar a través de él. Le cuesta el comienzo, pero, una vez se entrega, lo necesita a su lado en todo momento. A él, como a cualquiera que acaba de enamorarse perdidamente, le parece bien.

Amalia disfruta de una buena posición económica, que no duda en compartir con él. No escatiman en nada. Frecuentan los mejores asiáticos de la ciudad y hacen viajes de ensueño, que plasman con la cámara digital para después revelar las fotos y congelar el recuerdo en forma de álbum.

En poco tiempo, él se convierte en un ser sociable, a quien le gusta agradar y quedar bien allá dónde va. Ella cada vez tiene mejor relación con la comida y con su cuerpo. Está convencida de que Fer no se desenamorará de ella por nada del mundo.

Hacen alarde de lo felices que son juntos y del bien que se hacen. Se profesan amor en público, y en privado. Todos saben lo bien que están. Todos, pero, en especial, Celia, a quien él confía todos y cada uno de los detalles de la relación. Con quien comparte cada pequeño paso que dan, cada regalo, cada conversación. Como si no tuviera sentido de otra manera.

Fer y Celia ya no hablan todos los días, pues ella ha decidido distanciarse, pero no importa, porque él la espera el tiempo que haga falta. Si lleva varios días sin verla conectada al chat, aparece

en su portal cuando sabe que va a salir y la acompaña al club de atletismo, donde la espera para volver juntos a casa y seguir contándole. Parece que las historias de Fer y Amalia necesitan del oído de Celia para cerrar el ciclo.

Ella ha aprendido a disimular los celos, con la maestría del que presta su atención por no tener nada mejor que ofrecer. Pero lo que le quema las entrañas no se puede aguantar durante mucho tiempo.

El desconsuelo de lo que podría haber sido —y no fue— se instala en las vísceras y se sube por las paredes del estómago. Nota cómo se agranda un pozo del que no saca nada bueno. Una úlcera se abre en su intestino cada vez que Fer le hace partícipe de sus intimidades y se recrea en la presunta confianza para relatar lo erótico.

Es casi de noche cuando enciende la lámpara y abre el libro que está leyendo por donde indica el marcapáginas. Es una historia de sororidad en tiempos de guerra, pero eso no importa porque ella ya no está allí. Su cabeza ha sobrevolado montes y fronteras, mudando de país. Se encuentra rodeada de naturaleza, sin nadie a su alrededor, y respira. Siente cómo el aire entra sin obstáculos ni dolores de garganta, la purifica y luego se va. Imaginar la paz le hace volver en sí. Ahora el horizonte está despejado y se puede ver todo más claro. El exilio emocional no está dando sus frutos, por lo que solo queda una solución: la distancia física. Huir. Poner tantos kilómetros de por medio como terminaciones nerviosas están afectadas por los celos patológicos.

De forma obsesiva, Celia trata de buscar una explicación, abriéndole la puerta al *quéhabríasidosi*: «¿qué habría pasado si le hubiera dicho que lo quería?», «¿tendría, entonces, la ilusión primitiva, su nombre?», «¿lo habrían intentado, al menos?», «¿habría funcionado?». Sin embargo, se cansa pronto de esos juegos de imágenes.

El ruido perturba mucho más cuando solo puedes escucharlo tú. Cuando no sabes si está dentro de tu cabeza, o existe fuera. Con la posibilidad, pasa lo mismo.

Fer ha cruzado, durante los últimos días, una línea roja: la de la comparación. Queriendo adularla y demostrarle que, desde que está emparejado, la valora todavía más, le ha reconocido que Amalia pierde casi toda su belleza al quitarse el maquillaje. Que es espectacular cuando se arregla, sabe cómo hacerlo. «Tú, por ejemplo, eres mucho más guapa al natural, pero no te sacas tanto

partido» es uno de los comentarios que ha tenido que aguantar. Siente el pitido en el oído, un estruendo que no sabe identificar si viene de dentro o de fuera. Si es cosa suya o del mundo. ¿Cómo se atreve? ¿Cómo se puede comparar la herida con la piel? ¿Cómo?

La herida siempre será más bella, pese a que no sepamos acariciarla sin hacernos daño y sigamos eligiendo la piel.
La piel no sabe lo que es estar en carne viva hasta que la dañan, la herida no sabe estar de otra manera.

En tiempos de guerra, huir es lo más sensato. La retirada a tiempo es una victoria asegurada. Con el graduado en la mano, Celia se marcha a los Países Bajos a buscarse la vida. Todavía no es imprescindible tener un máster o un posgrado para optar a un trabajo. Ni nadie se plantea tomarse un año sabático, que es lo que le vendría bien a ella. Así que, tras un breve y peliagudo diálogo con sus padres —a quienes les pide que se despidan de sus amistades por ella—, coge su maleta y sigue el impulso de largarse lejos. Le lleva una semana conseguir un contrato temporal en una empresa decente, que peleará por convertir en indefinido.

Le cuesta un poco acomodarse a su nuevo entorno. Hace frío, atardece antes. Desconoce la casa en la que duerme, pero poco a poco va llenándola de objetos y olores personales, hasta reconocerla como propia. La jornada laboral comienza más temprano, en la madrugada. La empalma con las clases de idiomas. Cena a las seis de la tarde y se acuesta poco después, por lo que no dispone de tiempo, ni de ganas, para conectarse a internet. La rutina la absorbe, y ella se deja absorber.

Fer no encuentra la forma de contactar con ella y, si bien al principio la funde a mensajes —que ella nunca contesta—, con el tiempo se acostumbra a reservarse los derechos de privacidad de su relación.

La estancia de Celia se alarga hasta dos años. Dos años en una vivienda privada de toda memoria. Dos años en los que su nivel de alemán mejora al ritmo de su autoestima y su nivel de vida. Se mantiene distraída con Kevin, un compañero de las clases de idioma a las que asiste a diario. No vuelve a casa por Navidad ni en verano. Recibe un par de visitas al año de su familia. No echa de menos, pero eso no significa que no sea echada de menos. Su ausencia también ha hecho mella en el grupo de Veleta, que no tardará en

planear su primer viaje al extranjero para ir a verla.

Suena el timbre a última hora de la tarde. «¿Cómo puedes soportar este frío?», la saluda Fer mientras se quita los guantes para darle el abrazo que los reconforta a ambos. El resto lo sigue, besándola, exultantes por la intensidad del reencuentro. «¡Qué exagerados sois! ¡Pero si esto no es nada! Estamos casi en verano», declara Celia al observar que vienen cubiertos como si fueran a la guerra. En un abrir y cerrar de ojos, el minúsculo piso de Celia se llena de abrigos, bufandas, mochilas y sacos de dormir. Se arreglan como pueden para repartirse los metros cuadrados de suelo entre todos.

Hay una edad en la que la comodidad está estrictamente ligada a la compañía. Es la juventud. Durante la juventud no necesitamos grandes lujos ni destinos extraordinarios para que el viaje sea memorable. Tan solo buena compañía.

—¿Qué tienes previsto para hoy? ¿A dónde vamos? —Alberto abre la cremallera y rebusca en su mochila la ropa adecuada.

—Os vais a sorprender con lo que tengo preparado, espero no decepcionaros. —Celia se cubre parte del rostro con las manos.

—¡Dilo ya! No nos hagas esperar más —suplica Natalia, impaciente, agitándola.

—Como es la primera noche y llevamos mucho sin vernos, había pensado hacer una fiesta de pijamas para ponernos al día. ¿Qué pensáis al respecto? Llevo demasiado tiempo sin saber de vuestras vidas…

Para sorpresa de Celia, aceptan, pues están cansados del viaje. Dan una pequeña vuelta y encargan unos *pannenkoeken* de carne y salmón para llevar y se hacen con unos *packs* de latas de cerveza para animar la velada.

Durante las rondas de confesiones todos hablan de sus amoríos. Todos menos Celia, que no dice ni mu y eso a Fer le mosquea. Quiere saber. Se da cuenta de que ella allí tiene una vida enriquecedora. En la suya todo sigue igual, pero en la de Celia es evidente que algo ha cambiado. Ella ha cambiado.

Otra noche, arrinconados en un bar, mientras todos tratan de persuadir a Celia de que regrese a España, Fer confiesa que hay alguien a favor de que Celia esté lejos, y es Amalia. Esa confesión deja a todos boquiabiertos, en especial a ella, que no entiende nada. Él se atribuye la culpa, pues dice que siempre tiene su nombre en la boca, incluso ahora que no está. Se le escapa que se han peleado en varias ocasiones por ese motivo, pues Amalia insiste en que deje de tener contacto con ella y él se niega en redondo. Celia está desconcertada. Fer se viene arriba y suelta la bomba: «Hace poco tuve que consolarla durante la madrugada, pues se despertó en mitad de la noche sobresaltada por una pesadilla. Y resulta que estaba soñando que Celia y yo nos veíamos a escondidas y llegábamos a intimar». Hay que ver qué intuición tenemos las mujeres. Que, incluso sin saber nada, lo sabemos todo.

Lo curioso es que a nadie le sorprende la confesión de Fer. Celia, por su parte, está analizando la información que acaba de recibir. No le inquieta que él la señale como una amenaza para su relación. Ha obviado algo durante todo este tiempo: que es importante para él. Que incluso está dispuesto a poner en riesgo la estabilidad de su relación en favor de su amistad.

¿Qué culpa tiene él de lo que ella sintiera o dejara de sentir? ¿Cómo de injusto ha sido irse tan lejos cuando él la necesitaba a su lado? Ante todo, son amigos. Y ella no ha estado a la altura. Se siente culpable y expresa la tristeza que siente ante la opinión de Amalia sobre ella. Se ofrece a organizar una quedada con parejas a su vuelta, para que la conozca y vea que no tiene nada de lo que preocuparse. Todos votan a favor.

A la mañana siguiente, Fer abre la puerta del baño en el momento en que Celia está a punto de meterse en la ducha. La ve desnuda. Celia sonríe como si nada. Como si se alegrara de lo que acaba de pasar. La tensión es palpable. No dejan de mirarse, pero no precisamente a los ojos. Celia, que está deseando decirle que entre sin hacer ruido y cierre la puerta, le susurra «Ocupado» y una vez que Fer ha captado la negativa y está girando la manivela para cerrar, añade: «Tú, quiero decir». Nunca llega a saber si lo ha escuchado o no.

¿Qué pesa más sobre la conciencia, lo que sucede, o lo que ha estado a punto de suceder?

Celia viaja a casa por sorpresa. Quiere volver unos días antes de hacerlo definitivamente. Le apetece pasar en Veleta las últimas noches del verano. La visita a Róterdam de sus amigos ha sido un antes y un después. No solo por la revelación de cuánto los necesita a su lado, sino por algo más. Un motivo de fuerza mayor. Ese segundo en el que Fer y ella estuvieron a punto de tirarlo todo por la borda. A punto de desandar lo avanzado en direcciones opuestas. Lo aprendido. Le bastó esa mirada para tomar conciencia del poder que su cuerpo desnudo ejercía sobre él. Pese a haber perdido la gran batalla, sintió que en ese instante ganaba la guerra.

Se arrepiente un poco de haber dejado pasar la oportunidad y por eso ha venido. A reclamar lo que es suyo, a exigir lo que le pertenece.

Su madre, a quien sorprendió el día anterior, ha averiguado el punto de encuentro donde han quedado sus amigos esa noche. Donde ha de aparecer ella. Está tan contenta como nerviosa: regalar y dar sorpresas son dos de las cosas más emocionantes del mundo. Más para quien las da que para quien las recibe.

Aparece cuando están a punto de entrar en la discoteca: «¡SORPRESA!». Celia sale de su escondite, detrás de un matorral, alzando los brazos. El grupo la mira atónito. Se quedan paralizados. No pueden creerlo. Les dice que ha sido muy difícil no fastidiar la sorpresa antes de tiempo. Que se ha tenido que quedar en casa encerrada todo el día, para que nadie la viera. Está morena. Guapa. Feliz. Corren en masa a abrazarla.

Lo que la literatura no puede abarcar es la reacción de Fer, que se ha quedado atrás en un intento de asumir la situación. Tiene los ojos dilatados como un drogadicto a punto de consumir. La sonrisa desbocada del que acaba de ser feliz. Desde la discoteca se escucha la primera canción. Y siente como si alguien le estuviera poniendo banda sonora a la felicidad.

Si Celia tuviera que elegir una noche, el momento en el que se

enamora de él, elegiría ese. Él, abandonado a la alegría, con las manos en la cabeza, acercándose a ella, todavía incrédulo. Ella, inmóvil, exultante de orgullo por lo que acaba de hacer. Con la justicia del derecho y el latido del revés.

Se quedan unos segundos separados, mirándose. Él la abraza por la cintura y la levanta. Y ella vuela. La mira y sonríe nuevamente, sosteniendo su excitación.

Le coge una mano y la coloca sobre su hombro, iniciando un paso de baile. Es la primera noche que bailan juntos, ajenos a cualquier mirada. Él saca a relucir todas sus armas, bailando bachata al más puro ritmo latino. Juega con los contrastes: las palmas abrasadoras de sus manos sobre el escalofrío de su cuerpo; sus resplandecientes dientes contra la oscuridad de su historia. La carne de siempre servida como nunca.

Celia se muestra cariñosa con él. Le narra anécdotas de los últimos años, en un intento de demostrar que ha existido en su ausencia. Encaja sus piropos con una sonrisa, como si desconociera su forma de proceder. Le late que esa noche sucederá lo que ella quiera. Pero tiene que salir de él.

Una mujer de verdad es la que conquista haciendo creer que la están conquistando.

La música tiene un efecto anestésico en la moralidad. A la canción que suena se le atribuye la potestad: no importa lo que está bien ni lo que está mal. Las letras nos llevan a lugares en los que fuimos felices. Y por qué no volver. Rebobinar dos años atrás. Y dejarse llevar.

No, no. Saben que no deben. Que ahí no. Son muchos los ojos que los observan expectantes. Asistentes a una función que no es para todos los públicos.

Fer le señala al resto del grupo y le indica que deberían volver con ellos, para no levantar más sospechas. Y mientras se dirigen hacia allí, le susurra:

—¿Te apetece que nos vayamos luego juntos? —Finge que le acomoda el mechón de pelo detrás de la oreja.

No puede aguantar la intención en la garganta mucho tiempo más. Sabe que el peligro de sucumbir al deseo es que, si pasa esa noche, puede pasar cualquier otra. Se lo propone sabiendo eso y mucho más, y el inevitable final.

Ella recibe la invitación como una ofrenda. Que le está entregando algo que no tendrá vuelta atrás. Que acaba de elegirla para complicarse la vida.

—Tú sales primero en dirección al paseo. Yo, un rato después, voy hacia mi casa para no levantar sospechas. Nos vemos en tu portal —ordena Celia, mirando al frente, esquivando su mirada. Contestando así a la propuesta indecente.

—Quedamos mejor en mi garaje, en el trastero del fondo, que está abierto. Es el único lugar seguro en agosto —apunta Fer, fingiendo que entona una canción. Están ya a unos metros del grupo de amigos. Y hace un gesto con la mano animándolos a bailar.

Celia siente que se eleva y deja caer su peso sobre las nubes. No es porque esté volando de regreso a Róterdam. Es porque lo sucedido la noche anterior la invita a flotar, por lo menos durante unas horas, antes de aterrizar sobre la realidad.

Horas antes, amanece entre sábanas prohibidas. Una tela delicada la separa de la desnudez. Se pregunta si ha dormido sola. Le gustaría retrasar el momento de mirarlo a los ojos. Teme adivinar el delito en su rechazo, oler el arrepentimiento en sus evasivas. Le duele todo el cuerpo, como si acabase de correr una maratón. Escucha ruidos que vienen de la cocina, debe de tratarse de Fer. Pero no quiere enfrentarlo todavía, así que opta por hacerse la dormida un ratito más.

Escucha voces y trata de descifrarlas: «¿Es Amalia?». Debe de ser su padre. «No. Es mi amiga Celia, la que está en Países Bajos, que ha dormido en casa porque vino ayer de visita y teníamos mucho de lo que hablar». Celia ríe para sí. Es evidente que cada uno deposita en la palabra amistad una connotación distinta.

Al cabo de unos minutos, Fer entra en la habitación. «Vístete, anda, que mi padre va a sospechar», le pide entre risas. No viene con las manos vacías. Se inclina sobre la cama y deposita a su lado una bandeja que la hace sonrojarse: un café solo y largo, como a ella le gusta, unas tostadas con mantequilla y un plátano partido en trocitos de potasio, directo a sus músculos.

—Cuando quieres, eres increíble —acierta a decir.

—Estoy acostumbrado a serlo —le espeta, improcedente. Celia no recordaba su habilidad para romper la magia.

Se incorpora para desayunar y él se tumba a su lado. Ambos tienen ganas de hablar. Comentan la noche. Veleta ya no es lo que era cuando tenían dieciocho años. A partir del verano próximo, comenzarán a salir a los pueblos colindantes, donde dicen que hay

discotecas de verdad. Han oído que la noche se divide entre «la previa», donde se reúnen en grupos en el *parking* de la discoteca, y «la fiesta», que comienza una vez que cruzan el umbral de los umbrales. Mientras fantasean con hacerse mayores, los dos coinciden en que, aunque Veleta se les queda ya pequeño, anoche se divirtieron. No hay duda de ello. Celia hurga en sus sensaciones, mas no halla en ellas un esbozo de culpabilidad.

Decide sacarle el tema. Rebajar el tono de lo sucedido buscando culpables: la ebriedad, la música, la emoción del reencuentro. Le asegura que puede estar tranquilo, que el secreto de lo sucedido se irá con ella a Róterdam. Y hasta la tumba. Aunque no dice nada, se da cuenta de que Fer no interviene. Está absorto en su cuerpo, en los trozos de piel que no cubren las sábanas. Al notar que ella rompe su alegato, la mira: están pensando lo mismo.

Vuelven las manos al teclado. Vuelve el chat. Vuelven las conversaciones calientes. Las noches largas. La cámara encendida. Las cosas van recobrando su medio habitual. Los años que han pasado en mundos contiguos se diluyen por el desagüe de la pila de la cocina en la que ella se lava las manos cada noche. Vuelve Celia.

Al aterrizar en casa, sus amigos y familiares la esperan con una pancarta que reza: «Bienvenida a la terreta». Sonríe mirando al suelo, saben que la palabra terreta es una de sus predilectas. Le recuerda al hogar, a las raíces. Le hace sentir en casa, y eso es exactamente lo que necesita ahora mismo. Barre las caras conocidas con la mirada. No ha venido Fer, y Alberto lo disculpa: «Tiene comida familiar con su chica», afirma, encogiéndose de hombros. «Y ya sabemos lo que pasa cuando se la salta», añade burlón. Es duro tocar tierra y escuchar su nombre junto al de Amalia. Llegar y no poder besar al santo porque está con otra. Lo mismo.

Hace unos días, a Celia le habría sentado peor, pero ahora observa la relación desde una posición de poder. Sabe que saltarse la comida para ir a recogerla habría desatado el caos en la pareja. Y eso es lo último que quiere en ese momento, problemas. Siente que por fin tiene su lugar en la vida de Fer: un podio con gran reconocimiento y ningún premio, que ratifica su carrera de cabezota. Se sabe privilegiada de caminar con un secreto tan valioso

de la mano. Apenas ve nada, pero lo sabe todo. Todo menos ese pequeño ángulo muerto que se abre entre Fer y Amalia. Lo que suceda ahí, no es asunto suyo.

Pero las nubes duran lo que tarda en llegar la tormenta. Ya casi han desaparecido las marcas de guerra que, con orgullo, lucía en su piel. La prueba de que el huracán pasó por su cuerpo, dejando huella. Qué bonito es todo en el cielo. Qué sugerente se presume cualquier paisaje desde allí. Pero el avión desciende y el cuadro perfecto va perdiendo belleza con la cercanía. Y ya no es para tanto. Salvo alguno, todos los edificios son iguales.

El verdadero aterrizaje llega cuando el ritmo frenético de la ciudad la envuelve y los días corren en el calendario sin apenas verlos. La vida adulta irrumpe, llevándose por delante algunas de las cosas importantes. Lleva casi dos semanas allí, y todavía no se han visto. Los veleteros se reúnen cuando pueden, pero cada vez resulta más difícil cuadrar sus agendas. Por mucho que se estimen, cada uno tiene su vida y sus compromisos. Algo en lo que no repara hasta que no está allí.

Celia intenta volver a sentirse cómoda en la que durante muchos años fue su habitación. Vivir de nuevo con sus padres tras haber pasado una etapa independizada es todo un desafío. Trata de mimetizarse con su nueva realidad, pero los cajones de su cuarto guardan más recuerdos que planes de futuro. No se cansa de mirar las fotos y de estrecharlas contra su cuerpo ardiente. La imaginación devuelve otras fotografías, aquellas que no se pueden contar. Las recrea opacas e ilusorias. Las etapas felices de nuestra vida yacen borrosas en nuestra memoria. Como un retrovisor al que le han roto el cristal justo a tiempo, para no saber cómo retroceder.

Esta semana han quedado algunos para ver el clásico en un bar. A ella el plan no le entusiasma, pero acude, con el pretexto de ver de

qué pie cojea y saber cómo actuar. Van a ser solo cinco o seis, y los *petits comités* siempre son los mejores. Fer iba a acudir con Amalia, pero ella ha cambiado de opinión en el último momento. Celia tendrá que esperar a la próxima ocasión para conocerla y limpiar su imagen.

Como no le interesa el fútbol, dedica gran parte de la velada a la ardua tarea de la observación. Uno es consciente del paso del tiempo cuando ve que sus amigos han incorporado gestos inéditos, nuevas expresiones. Está tan concentrada en volverlos a conocer, que parece ausente y cada pocos minutos le preguntan: «¿Qué te pasa?» y ella se refugia en el cambio, en la conmoción de estar de regreso. No tiene buena cara, dos reencuentros la han sacudido especialmente: con un Fer al que no reconoce —uno amigable, extrovertido, señorial, que le sostiene la puerta dándole paso al bar y a su nueva vida— y consigo misma. Con su versión más obsesiva y vulnerable.

Termina el partido. La gente se precipita en masa hacia la puerta y Fer sugiere al grupo que se tomen la última. Dejan salir al bullicio y se mudan a una mesa más amplia. Fer se sienta ahora al lado de Celia, en una posición estratégica. Pasan el resto de la noche haciendo manitas debajo de la mesa, tocándose por encima de la ropa interior. «En la prórroga han ganado los buenos», piensa Celia. Que se queda con ganas de más.

Él también ha debido de pensar que con aquello no basta. Por eso, unos días después, le propone ir juntos a almorzar. Ella, en la pantalla, emula un gesto de victoria con el brazo. Revive el apetito en su piel. Esa sensación de urgencia con la que ya se ha embriagado antes. Pero cuando va a hacerle la clásica pregunta —¿en tu casa o en la mía?—, él la cita en el bar Ximo, una taberna de las de toda la vida, donde almuerza a menudo con sus compañeros de trabajo. Insiste en que le va a gustar, y se muestra entusiasmado de que ella conozca uno de sus lugares.

Celia, confundida, decide no darle más vueltas y acude al punto de encuentro.

Llega unos minutos antes que él. Trata de apagar sus nervios encendiendo el primer cigarro de la semana apoyada en el portón entreabierto que defiende el bar. Cada calada es transformadora: inhala incertidumbre y exhala seguridad. Siente que controla su relación con el tabaco, que su única adicción es quien está por llegar. Se detiene a mirar el reloj, que, paradójicamente, se ha parado. Una ráfaga de olor a *choripán* la atrae hacia el interior. Se adentra en el bar diminuto, de apariencia tranquila, y descubre allí a Fer, que está esperándola dentro. «Pensaba que no vendrías», le grita desde la barra. «Llevo diez minutos esperándote fuera», reniega ella, mientras sus ojos exploran cada rincón del local.

El sitio tiene su encanto. Los cuadros repartidos por todo el perímetro de la pared cuentan su historia. La escasez del mobiliario contrasta con el amplio aforo, que consta de tres mesas contadas, de madera de pino, y una larga barra, donde se aglutinan la mayoría de los clientes. Fer le toca el hombro y le señala la mesa de la esquina, mientras le indica al camarero: «Lo de siempre para dos». Celia deposita sus cosas en la mesa para reservarla. Fer le guiña un ojo desde la barra. Ella adivina sus intenciones y, antes de que pueda darse cuenta, aparece a su lado. Sacude una mano en el bolsillo, pero él habla antes de que pueda sacarla: «Déjalo. Hoy

invito yo». Y se dirige al camarero: «Ponlo todo a mi cuenta».

Se sientan cara a cara. Celia lo mira con una expresión entre el asombro y la extrañeza. No lo reconoce en la cortesía ni en la elegancia. ¿Quién es Fer, dueño y señor de su bar de confianza? ¿Dónde ha quedado el niño tímido que ella conoció?

Desde que ha vuelto a casa, no reconoce a nadie. Pero a Fer parece que lo hayan raptado, y hayan puesto a otra persona en su lugar. No puede evitar culpar a Amalia. Lo mira a los ojos, retándole a iniciar la conversación. Fer esquiva las banalidades y procede a hablar de sí mismo. Le cuenta, en primicia, el proyecto laboral que está llevando a cabo, fruto de muchas investigaciones y cursos. Confiesa que le sabe mal tener tanta proyección mientras sus compañeros todavía están buscando su lugar dentro de la empresa. Hay cierta condescendencia en sus palabras que provoca que Celia se atragante con el primer trozo de tortilla. Disimula su incomodidad observando las fotografías que lucen las paredes. Él, en lugar de traerla de vuelta a la conversación, alimenta su abstracción contándole algunas curiosidades que hacen especial el lugar. Que lo hacen especial a él por conocerlas. Aprovecha su ligero entusiasmo para volver al grano. Le habla del libre mercado, de la bolsa, de la compraventa de acciones. De cómo se hacen las cosas en su empresa. Del resto de empresas pertenecientes al sector. Se refiere a la competencia con ligera prepotencia, escondido tras una capa de falsa humildad que no lo cubre en absoluto.

Celia trata de cambiar de tema, de meterse en materia. Quiere hablar de ellos. Le pregunta por su relación con Amalia con un recelo exagerado, para que él capte sus intenciones. Él responde tajante:

—Bien, sin novedades.

—Bueno, sí que hay una novedad, que estoy yo aquí —replica ella con la intención de conducirlo a donde quiere. Acompaña su alegato de una risa pícara y burlona.

—Eso sí —reflexiona Fer—. De hecho, quería contarte que estoy pensando en organizar una comida para que os conozca, tal y como sugeriste en el viaje.

Celia se rinde ante su ineptitud:

—Si a ti te parece una buena idea…

Pero antes de que pueda terminar la frase, él rebota al tema

anterior y el relato de sus próximas operaciones rasga la magia que podría brotar en la conversación si se regara por ambas partes.

Celia ha dejado de escucharlo, otra vez, y clava la vista en el gemelo derecho de su camisa, que la saca de su ensoñación. Hasta ese momento no es consciente de que ha quedado a almorzar con un hombre en traje de chaqueta. Se siente desubicada. No alcanza a comprender que la haya citado para hablarle de trabajo. Estaba segura de que terminarían lo que la última noche habían empezado.

Se pregunta si con Amalia también se comportará así, si tendrá días de sacar a pasear su narcisismo y otros de celebrar lo erótico. Traga saliva, tratando de asimilar toda la información que sus sentidos le dictan.

Así que esa es la nueva realidad: un hombre de negocios, un señorito, un prepotente. Se pregunta quién de los dos es más atractivo: el que fue o el que se empeña en ser. Se despide mentalmente del Fer que ella conoció y quiso. Aquel al que no volverá a ver.

Como último recurso, saca a relucir el vestido largo que lleva puesto, que es entallado y negro, y sabe que le queda de infarto. Finge que va al servicio y se levanta con sensualidad. Sus curvas van asomando por encima de la mesa. Él no le quita ojo. Ella está deseando que lance algún comentario vulgar sobre su cuerpo, que le haga dar media vuelta en su camino. Quiere encenderse, conectarse con el deseo, pero la química no funciona sola. Para que un átomo reaccione, tiene que chocar con otro. Que no se nos olvide que una reacción es una unión. Fer no dice nada, pero su pulso tiembla como el de un niño. La maniobra, en cualquier caso, ha sido un éxito.

Cuando vuelve a la mesa, hace un amago de recoger sus cosas. Podría regalarle un rato más de conversación pero se niega. No le interesa en absoluto lo que esa versión de Fer puede ofrecerle. Celia se siente insultada por que el objeto de su interés sea su conversación, y no su sexo. Su cerebro y no su cuerpo. Irse antes de tiempo es su forma de resarcirse de la humillación. Lo abraza con prisa y le da las gracias por descubrirle ese lugar. No espera a que él se levante para cruzar el umbral. «Si tan señorito es, tendrá que despedirse», piensa.

Ese día no hay manitas bajo la mesa. Ni intenciones por encima.

Ese día son exclusivamente amigos. Vendrán otros días mejores, en los que él la buscará sin impedimentos. Y ella aparecerá con una sonrisa, y una amplia gama de manjares a los que él no puede resistirse, no quiere resistirse. Y no podrá echarle nada en cara. Porque él no le debe nada.

Recuerda los días en que ella lo buscaba, aquellos en los que tiraba del hilo. Siente que los roles han cambiado, se han invertido. Que ahora él tira y ella se deja arrastrar.

Tiene claro que no volverá a verlo a solas en esas circunstancias. No piensa repetir ese movimiento. No quiere ser cómplice de su conversación insípida, sino responsable de las humedades de su piel. Ejercicio absurdo de codiciar, forma desgarradora de la dignidad: estar a disposición de un hombre que no tiene nada bueno que ofrecer. Se siente una perrita con correa nueva. Una que pasea esperando a que su amo la estire.

Llega el día de conocer a la rival. Pasarán el domingo en Veleta, en la urbanización de Fer. El plan es barbacoa y juegos de mesa. Si todo sale bien, se alargará hasta la noche. Cuando llegan, la pareja los espera allí. Fer ha empezado a meter la carne en la parrilla. Amalia es su pinche de cocina. Se comporta como si llevaran veinte años casados, con el plural mayestático por bandera. A Celia le molesta esa actitud, al igual que le duele ver lo familiarizada que está Amalia con Veleta. Es evidente que pasan más tiempo allí de lo que él le cuenta.

Disfrutan de una tertulia agradable, en la que Celia al principio habla poco. Le gusta observar antes de comentar. Y lo que observa es que Fer se transforma, todavía más, cuando está con ella. Habla para la galería, como si necesitase que el mayor número posible de personas aplaudiese su discurso. Se convierte en un señor viendo pasar a sus caballos en los concursos hípicos, sentado con un *whisky* en la mano. La pareja está muy afianzada. Los planes de futuro siempre en la boca, siempre en plural. De lo que nadie se da cuenta es de que para caber en esos planes Fer tendrá que moldearse más aún de lo que ya está. Amalia se siente privilegiada de ser su copiloto en el viaje y en la vida. De ser su mano derecha, como ella se autoproclama.

Pero Amalia no lo conoce. No sabe absolutamente nada de él. No sabe lo que le cuesta pronunciar la primera palabra en una reunión, ni lo gracioso que es cuando intenta materializar todos sus aprendizajes sobre sexo. No sabe que, de pequeño, le pegó a una niña por llamarle maricón y le dejó la mano marcada. Ni que una vez, en el colegio, tuvieron que avisar a sus padres porque tenía diarrea y se lo había hecho todo encima. No reunió el coraje para pedir permiso para salir en mitad de la clase. Al parecer, el olor era insoportable.

Celia opta por dejar a un lado el resentimiento y pasárselo bien. Abre una botella de vino blanco y rellena las copas de todos,

manifestando su deseo de divertirse. Ignora la presencia de Amalia y festeja con sus amigos, como siempre. Fer se levanta a ver si ya está hecha la carne, y Celia, cuyo ánimo ha mejorado notablemente, le dice «¡Te ayudo!». Recoge los platos de todos, y lo sigue hasta las brasas, que arden a unos metros de distancia. Desde ahí, Amalia no puede distinguir la conversación. Solo oye risas. Gritos, y risas. «¡Cuidado!, ¡que me quemas!». Está convencida de que Celia acaba de hacerlo adrede. «Se va a enterar», piensa.

Vuelven con la carne a la mesa. El olor les abre el apetito a todos. «Tenéis pan y cubiertos, cada uno como quiera», comenta Celia, y a Amalia se la llevan los demonios porque la mesa la ha puesto ella. El pan lo ha comprado ella.

—Cariño, la carne está en su punto, nos ha quedado perfecta —le susurra Amalia a Fer mientras corta el primer pedacito y se lo lleva a la boca. Hace un círculo con el índice y el pulgar confirmando lo rico que sabe.

—He llegado justo a tiempo. Si no me llego a levantar, se nos habría quemado —responde él, sacándola de quicio. Le irrita esa respuesta individualista. Le irrita todavía más que la haya dejado mal delante de sus amigos.

Se intercala el silencio de los comensales con algún «¡Mmm!». «¡Riquísimo!». Y Fer sonríe como si los halagos fueran para él. Como si fueran solo para él. Celia sigue rellenando las copas, siendo ella la primera perjudicada. Al terminar el plato, se levanta para ir al baño y se dirige a Fer: «La primera a la izquierda, ¿no?», y Amalia se pregunta cómo lo sabe. «Porque son amigos —se dice a sí misma—. Llevan años veraneando juntos. ¿Cuántas tardes y noches enteras habrán pasado reunidos aquí? Por eso lo sabe. Solo por eso». Pero su paz se tuerce cuando ve que Fer se levanta detrás de ella. Un escalofrío de furia la recorre desde la punta de los dedos hasta el último recoveco del cerebro. Busca la complicidad de los demás con la mirada, pero ellos siguen interactuando como si nada, no se han inmutado. Tiene ganas de preguntarles a qué ha ido Fer, que se ha metido en la casa detrás de ella. «A enseñarle dónde está el baño desde luego no ha ido, pues parece que lo sabe perfectamente. Pero, entonces, ¿por qué la sigue?, ¿estarán hablando de algo privado?, ¿querrán tener un momento a solas para que ella le dé el visto bueno sobre mí?, ¿me estarán criticando?».

Intenta mantener la compostura, pero la tensión cada vez es más y más evidente. Mira atrás, hacia la casa, disimuladamente. No vienen. Han pasado más de dos minutos, tiempo suficiente para encender la luz, hacer pis, tirar de la cadena y apagarla. Natalia nota que Amalia está incómoda cuando no está Fer y le lanza una pregunta para incluirla en la conversación. Ella pone todos sus esfuerzos en responder amablemente, pero los minutos pasan, y ellos no vuelven. Piensa en levantarse y sorprenderlos con las manos en la masa.

De repente aparece Celia, no la ha escuchado venir. «Madre mía. Yo ya paro con el vino —dice mientras mete el corcho y deja la botella en la hielera—. Estoy mareada, tenía ganas de vomitar, pero no he podido». No parece estar mintiendo ni que se acabe de enrollar con Fer, tiene mala cara, de verdad. Él tarda todavía unos minutos en aparecer. Se ha encargado de preparar el postre para todos, por eso no ha dicho nada. Lleva en una mano el *brownie* de chocolate calentito con helado de vainilla y en la otra los platos y las cucharas de postre. Amalia respira y siente un alivio reparador. Se levanta a ayudarlo con los platos.

Ahora se siente culpable por haber pensado mal de ellos que se propone unir lazos con Celia. Para eso ha venido. Les pregunta a todos si tienen pareja, y van contestando uno a uno. La mayoría la sorprenden diciendo que no están seguros, lo que le hace reír. Pero, cuando llega el turno de Celia, ella afirma rotundamente: «No». «Tiene muchos pretendientes», asegura Alberto. Y ella se ríe. Y Amalia, que está contenta, se aplica en hablarle de su amigo Joaquín, con el que le parece que pega muchísimo, «¿Verdad, cariño?», se dirige a su chico intentando hacerlo cómplice. Y Fer le da la razón porque no sabe qué decir. «¡Ya ves! ¡Ya ves! Te lo tenemos que presentar, a ver si algún día comemos los cuatro». Celia cambia el semblante a serio y, mirando a Amalia a los ojos, le pega un corte: «Te lo agradezco, pero ahora mismo no estoy pensando en eso. Tengo mucho que hacer y ver antes de emparejarme». Sus amigos la siguen, le dan la razón. Alegan que están en edad de viajar y descubrir, que ya tendrán tiempo para vivir una «vida de casados». Amalia busca la mirada de Fer, pero él mira hacia abajo, avergonzado, probablemente.

Después del postre, alguien propone sacar el *Pictionary*. Es el

juego al que llevan jugando una década, ese en el que Fer y Celia son pareja. Y Amalia, por algún motivo desconocido, lo sabe. Puede que lo haya escuchado o que se le haya escapado a él, lo más probable.

Están tan acostumbrados a que Amalia lo apruebe todo que no dan crédito cuando dice: «Prefiero que juguemos a otra cosa». La miran perplejos, pero ella no da ninguna explicación más. Hasta ese momento parecía encontrarse cómoda en el grupo, indiferente a la presencia de Celia. Pero ese juego estimula mucho su imaginación. Que, al parecer, y como todos ya saben, es nociva.

Se van yendo todos poco a poco. Al día siguiente se trabaja, y hay que preparar los táperes para toda la semana. Celia, que ha dejado de beber hace rato y adopta una postura cómoda con un piti en la mano —es fumadora social—, no parece tener ninguna intención de irse. Amalia repite en alto que mañana madruga. Pero ni Fer ni Celia cambian de parecer. Conversan muy serios sobre las decisiones del equipo de organización de las Fiestas de Veleta, que ese año ha cambiado de presidenta y parece que quiere suprimir la noche de las paellas. Amalia se resiente y llega incluso a preguntarse si es ella la que tiene que levantarse e irse. Pero no lo hace. Bajo ningún pretexto quiere dejarlos solos. Así que se levanta y se va a la cocina a recoger. Cuando vuelve, Celia ya no está. Se ha ido sin despedirse de ella.

Amalia estalla en alaridos: «¡¡No me ha gustado nada esa chica!!», «no me da confianza», «¡¿qué quieres que le haga?!», «me molesta porque parece que te entiendes más con ella que conmigo», «si llegamos a jugar a ese juego, lo habríais demostrado, y no quería dejar nuestra complicidad en segundo lugar».

Le confiesa que su mera existencia —y, más todavía, su presencia— despierta todas sus inseguridades. Que lo está pasando mal. Lo pasa mal desde que ella volvió del extranjero. Que por qué no se quedó, que allí estaba muy bien. Que no ha querido decírselo antes para no condicionarlo, porque sabe que la aprecia mucho. Que lo ha intentado, de verdad que lo ha intentado. Que había ido a esta comida con la mejor de las intenciones, con el propósito de acercarse a ella y empezar, incluso, una pequeña amistad, pero no ha sido posible. No ha podido quitarle ojo. Que entrevé en ella oscuras intenciones. Y la intuición femenina no falla. Sube el tono y

la velocidad de la voz. Sus palabras se vuelven ininteligibles.

Le cuesta unos minutos volver en sí. Se avergüenza de inmediato del numerito que ha montado. Le dice que va a pedir ayuda psicológica, y en su voz se oyen ecos de arrepentimiento. Que necesita tratar esos celos y esas inseguridades que nada bueno aportan a la relación. Él asiente, aprobando su decisión. Al cabo de unos segundos, retoma su crónica agresiva y le pide que, por su salud mental, deje de verla durante un tiempo. Por lo menos hasta que ella esté «curada». Que no lo va a obligar, pero que, si la quiere, lo hará.

Se seca las lágrimas antes de que le inunden el rostro.

Fer, al ver que se rompe, y contra todos sus principios, accede a dejar de verla. Sería injusto tacharla de loca, pues en su fuero interno sabe que tiene razón. Se ve obligado a transigir. A poner distancia como demostración de amor. No se lo dirá al resto. De nada sirve ponerlo en oídos de todo el mundo, pues intentarían hacerle cambiar de opinión y eso volvería las cosas todavía más difíciles. Hará como que no puede quedar por culpa del trabajo. Total, serán solo unos días.

Pero pasan los días, las semanas, y la prohibición no cesa. El veto aumenta con el paso del tiempo. Amalia sube de tono el alegato. Lo que empezó siendo «prefiero que no la veas» se convierte en «te pido que no vuelvas a hablar con ella si no es imprescindible» o en «es mejor que no vayas a ningún plan, por si acaso ella aparece». Cuanto más sube la condena, más ganas tiene Fer de saltársela. De ver a Celia a escondidas.

Llevan dos semanas sin hablar y casi un mes sin verse. Celia se sube por las paredes. Se siente como un coche en plena autovía que se está quedando sin combustible y no adivina ninguna gasolinera próxima. Ha intentado apagar el fuego en alguna salida nocturna, pero se ha terminado echando atrás en el último momento. Al cuerpo no le sirve cualquiera, por mucho que intenten convencernos. La cabeza tiene sus exigencias, y la piel también.

No ha vuelto a comunicarse con Fer después del día de la

barbacoa. Él no ha participado en las quedadas veleteras últimamente. Celia intuye lo que ha pasado, pero no quiere mediar. Sabe, porque eso se sabe, que Amalia no quedó muy contenta el día que se conocieron. Además, cuando ella se metió en la cocina, Fer la examinó con los ojos encendidos y le preguntó por su ropa interior. La conversación se les fue de las manos en la mesa y ella tuvo que levantarse e irse para que la cosa no fuera a mayores. No era el momento ni el lugar; mejor dicho, el lugar sí, pero no el momento.

Le gustó el desenlace de esa velada, aunque su cuerpo sea ahora un conjunto de chispas prendidas por la misma mecha. Un torso en llamas. Ha querido dejarles espacio. Poco podía ayudar con su deseo impaciente. No le irrita ser motivo de discusión dentro de la pareja, más bien la halaga. Le complace que su nombre sea la palabra tabú, el silencio incómodo.

La espera tiene un límite que ella está a punto de cruzar. Y esa noche tienen fiesta. Y Fer ha dicho que no puede. Pero ella sabe que miente. Que la única obligación de los sábados de juventud es la de divertirse terriblemente, como diría Oscar Wilde. Sabe cómo hacerlo, cómo convencerlo. Cómo repetir la circunstancia en la que otras veces ha surgido lo que quiere que surja. Abre el chat y, sin venir a cuento, rompe el silencio y le narra, en toda su brutalidad, la fantasía que tiene: quiere hacerlo con él esa misma noche, en un baño público. Aparece conectado de inmediato, como si hubiera estado esperando ese mensaje. No hace ninguna referencia a la noche, solo responde: «Quiero morderte».

Y la certeza de que la desea, y la incertidumbre de no saber si lo verá esa noche, la mantienen con una subida de adrenalina inexplicable el resto del día. El gozo de saber que por la noche va a consumir. Su tacto, su piel, su discurso políticamente incorrecto. Aguarda con el deseo pegadito a la piel, como perra en celo.

Pero él no llega a la plaza. No llega a la cena. Aparece luego, en la discoteca, y los hombres van a su encuentro y lo aclaman: «Tío, ¡que te has escapado!, ¡qué grande eres!». Lo apremian con palmaditas en el hombro, toques secos y enérgicos. «Ya era hora de sacar al león de la jaula», acierta a decir uno de ellos. Puede que sepan algo que ella desconoce, o puede que compartan intuición.

«He tenido mucho curro», se defiende, espiando la posición de

Celia y sus movimientos. Miente. Está claro que miente. Pero a veces no es necesario decir la verdad para explicarlo todo.

Es cierto que lo bueno se hace esperar. Como también es que lo bueno puede llegar tarde. Fer la observa con detenimiento. Celia ya ha optado por la postura del aburrimiento, la de la decepción, la de las conversaciones por inercia. Ya está en ese momento donde la noche ya no es una colección de aventuras, sino una cuenta atrás de los minutos que faltan para irse. Fer persigue ese cruce de retinas, ese enfrentamiento de intenciones, pero no es suficiente. Hace falta algo más que una mirada para convencerla.

Había aceptado que no lo vería, dejando caer una a una las partículas de deseo adheridas a su cuerpo. No está por la labor de agacharse a recogerlas. Ha hablado lo justo para que no le pregunten qué le pasa. Ha bebido lo justo para que no reparen en por qué no bebe. Él la examina con amargura: no hay emoción en su rostro, no hay brillo en su piel, que hace unos minutos se preparaba para retirarse. Va acercándose hacia la línea imaginaria que los separa.

La tantea con una media sonrisa, ante la que ella no se inmuta. Él cambia de estrategia, la coge por el hombro, vierte un sorbo de su Johnnie Walker con cola en su costado tiñéndole el vestido y creando un río por su cadera. Ella lo desafía con la mirada, incrédula. Un escalofrío de cólera la recorre.

—Así tienes una excusa para irte a tu casa —apunta Fer, disfrazando de travesura su decepción.

Ella, quién sabe si de la impotencia o del disgusto, se echa a reír.

—Has superado todas mis expectativas para llamar la atención. —Le lanza el cumplido al oído en un seudoabrazo. Y se da la vuelta, no sin antes sonreír, por primera vez en toda la noche.

En las escenas determinantes, al igual que ocurre en las novelas, son tan decisivas las pausas como la acción. En la vida hay que saber jugar con la intriga como un guionista. Saber decir: todavía no. Aunque otros confundan las pausas con negativas.

Baila con sus amigas para salir de su estado apático. La discoteca comienza a llenarse de gente. Hace un pequeño esfuerzo y pide una copa más antes de que la cola sea interminable. Unos hombres se le acercan en la barra. Quieren conocerla y ella se deja. Le van haciendo preguntas, como en una aplicación de primeras citas de

las que todavía no existen, y ella responde, cómoda. Hoy nada la emociona ni la importuna. Le preguntan con quién ha venido. Señala a su grupo de amigas y las nombra una a una. Dos de ellos se acercan a conocerlas. El otro se queda hablando con ella, siguiendo la ronda de preguntas y respuestas, que deriva en una conversación filosófica acerca de Barthes y su ideología. Sobre el discurso, los objetos inocentes y el ser amado.

Tan sumergida está en la conversación que olvida, sin querer, la presencia de Fer. Él, sin embargo, se encuentra cada vez más pendiente de ella. Cree adivinar las intenciones del hombre y no le gustan. Le cubre las espaldas a unos metros de distancia.

Las conversaciones filosóficas a Celia le entusiasman. Aunque no le interese lo más mínimo la persona con quien las está teniendo. Llevan más de una hora conversando, de forma inofensiva. Desde fuera, sin embargo, se ven dos personas entusiasmadas que no pueden contener su discurso. Hasta que ella termina su copa y él le ofrece invitarla a otra, situando una mano en su cintura para que le conceda el honor. Pero ese gesto, que no significa nada más que «deja que te invite», termina de poner a Fer de los nervios y se acerca y lo aparta.

—¿Necesitas que te ayude a librarte de él? —Ella niega con la cabeza, indicándole que se equivoca.

—¿Tú quién te crees que eres? —protesta el hombre poniéndole una mano en el pecho al desconocido que acaba de interrumpir su brillante conversación.

—¿Que quién me creo que soy? —le contesta. Y se gira, sujeta la cabeza de Celia con las dos manos, y la besa. La besa intensamente. Delante de todos. La mira a los ojos, le sonríe, y se abre un resquicio, como un permiso, una invitación a que lo siga besando.

Aquel beso es solo el preludio de lo que está por ocurrir. «Calle de la Guerra, número 10», dice Fer en alto, y se dirige al guardarropa a por su abrigo despidiéndose del hombre, todavía perplejo, con un gesto de adiós. La dirección es un juego, una trampa, pero la invitación es certera. Ella conoce la ubicación de su casa, la retuvo hace años, y la memoria no olvida lo sabroso.

Todos acuden a Celia en busca de respuestas. Pero ella tarda unos minutos en recuperar la compostura. Sus amigos empiezan a conjeturar: «¿Eso ha sido una declaración de amor?». «No ha

conseguido olvidarse de ti». «¡Qué calladito se lo tenía!». Ella traslada los comentarios a la rojez de sus mejillas, disfrutando de su momento de gloria, pero enseguida recuerda qué es lo que tiene que hacer y lo defiende: «Os estáis confundiendo, lo ha hecho para protegerme de Samuel, el hombre con el que estaba hablando. Pensaba que me quería tirar la caña y que yo no sabía librarme de él». Se miran los unos a los otros, poco convencidos con esa teoría, y Celia no sabe por qué agujerito escaparse de la situación. Natalia mete baza: «¡Verás como se entere Amalia de esto!». Y todos ríen.

Celia aprovecha para despedirse y decir que ha tenido bastante por hoy. Que a la próxima, más. Va a recoger sus cosas y se da cuenta de que, con todo aquello, se ha dejado el bolso en la barra. Lo abre y ve que falta la cartera. Afortunadamente se ha dejado las tarjetas en casa. Le han robado los escasos veinte euros que llevaba. Pero no importa porque ha ganado más. Veinte euros le ha costado aquel beso. Si lo piensa, le ha salido barato.

Para un taxi, se sube al asiento del copiloto y le recita, bajito, la dirección de la casa de Fer, como si le confiara un secreto. Se recoloca en el asiento y se mira en el espejo retrovisor lateral, para comprobar el estado de sus labios pintados. Baja la ventanilla un poquito, lo suficiente para que entre la brisa, y le pide al conductor que suba la música, para disfrutar de la adrenalina que le sacude el cuerpo.

A medio camino se da cuenta de que no tiene dinero, y le suplica al conductor que la lleve de todas formas, que Dios se lo pagará, que le acaban de robar en la discoteca. Antes de que pueda responder, le asegura que es un asunto muy importante, que está a punto de reunirse con el hombre de su vida. Que no se imagina la cantidad de casualidades que se han tenido que alinear para que eso suceda.

El taxista le regala una mirada cariñosa y acepta. Ella, agradecida, siente que le debe algo y le narra la historia completa. Verbaliza, por primera vez, su versión de la historia, exagerada tal vez por la ebriedad y la emoción del momento. Le dice que lo conoce desde hace media vida, y que, durante todo ese tiempo, ha estado enamorada de él. El conductor se interesa, le pregunta si alguna vez han estado juntos. Ella le dice que no, pero sí. Que nunca han estado juntos, pero siempre han estado juntos. Su alegría

se desborda por las comisuras de la boca sin que ella se dé cuenta. El taxista se disculpa de antemano por la indiscreción y pregunta cuál es el obstáculo para que estén juntos. Celia reflexiona durante unos segundos, y responde: «Siempre hay alguien en medio». «¿En medio?», cuestiona él. «Bueno, por delante». El calor empieza a subirle por el cuerpo y a incomodarla de nervios. Baja un poco más la ventanilla. Se ajusta el cinturón. «Digamos que eres su amante», concluye él. «Más que eso», asegura ella.

Están llegando al portal. Celia debería reflexionar sobre la conversación que acaba de tener con el taxista, pero, en lugar de eso, está contenta. Ansiosa. Sabe que va a consumir. Que él la espera al otro lado del portón de seis metros de altura. Que Fer abrirá desde dentro cuando la vea bajar del taxi —porque la puerta a la intimidad solo se abre desde dentro. Si no sucede así, la están forzando—. Sabe que cuando cruce el umbral, caerá en sus brazos. Que la besará en los labios, húmedos, rosados. Que llegará al ascensor sin separarse de su boca. Que no esperarán al séptimo piso para subir de nivel. Que entrarán sin hacer ruido, reservándose para después. Que la clandestinidad será de lo más agradable. Se dejará envolver, mecida en el vaivén entre su tacto y su labia. Él le pedirá que se quede a dormir, porque no le gusta dormir solo. Ella accederá. Dormirá en la gloria, pasajera. Amanecerá sepultada bajo los restos de placer del día anterior. Se embriagará momentáneamente del olor a sexo conocido. Pero, después, llegará el bajón. Irá acumulando culpa en la garganta y no podrá vomitarla, ni echársela en cara. Se le hará un nudo. Y todo seguirá igual. Él aparecerá y desaparecerá cuando se le antoje, como el río Guadiana. Y el caudal de su voz disminuirá hasta secarse por completo. Pero ella seguirá acostándose en su cauce, sin saber muy bien por qué.

Todos los jueces señalarían sus cuerpos entrelazados en ese instante del mundo. Si Celia pudiese hablar con alguien de la noche que está viviendo, diría que ha recuperado efímeramente a su Fer, al niño. Es como si se hubiese quitado el traje de poder que traía consigo y hubiera dejado al descubierto las vulnerabilidades. Él no busca su cuerpo como alguien que quiere calmar su deseo, sino como el enfermo busca la cura. No ansía su sexo, sino su cariño. Celia atribuye el cambio de actitud al miedo de haberla visto a punto de caer en otros brazos. Con él, el verbo amar se conjuga hasta el absurdo. No quiere pensar en el mañana. Si por ella fuese, estiraría ese momento indefinidamente. Si pudiera, le escondería para siempre el disfraz de hombre triunfante. Si tuviese agallas, le diría que todo es más sencillo de lo que parece, que están a una conversación de ser felices.

Como suele sucederle, va con retraso respecto a las palabras que habría querido decir.

Fer sabe lo importante que es hacerla sentir especial. Darle algo que no tenga nadie más para que se sienta dichosa. En ese caso, le ha entregado el privilegio de saber la verdad. No es la primera, pero tampoco es la engañada. Él le hace creer que eso es lo que cuenta. Que el amor puede tener fecha de caducidad, pero la amistad es eterna. Sin embargo, a Celia esa noche de amor le ha dado que pensar. Es normal: cuando te conceden algo que ansías, quieres más. Está cansada de tenerlo en ocasiones extraordinarias. En su fuero interno —y, por mucho que se lo niegue a sí misma y al resto —, ansía el primer puesto. Va a exigir su lugar. Teme perder el actual, pero todavía más que, de tanto debatirse entre «me quiere, no me quiere», se le marchite la flor.

La noche en la que parece que la verdad está saliendo a la luz, alguien custodia un secreto. Alguien prefiere ser alabado como un

héroe por haberse escapado, que dar explicaciones. Alguien desea que la persona con la que se acuesta no pierda un ápice del morbo de estar haciendo trampas, de la adrenalina de saltarse la ley. Por eso ha aparecido en la fiesta. Por eso la ha besado en público. Y, por esa razón, su piel exhibe una delicadeza poco común en él.

Al parecer, las declaraciones de sus amigos en la barbacoa le hicieron mella. Se preguntó qué estaba haciendo con su vida, por qué estaba echando a perder los años más felices. No recordaba dónde había quedado su libertad, pero conocía el camino para recuperarla.

Lo que ni los jueces, ni ella, ni ninguno de sus amigos saben es que en esa habitación oscura no se está cometiendo ningún delito. Fer está soltero. Ha terminado su relación con Amalia esa misma tarde. Le ha devuelto las llaves de la jaula y ha salido a pie de allí, sin mirar atrás.

La noticia de la ruptura llega a oídos de Celia al cabo de varias semanas, cuando escucha rumores de que Fer está desatado. Al parecer, ha besado a tres chicas distintas en una misma noche.

No le sienta bien lo que oye, pero lo atribuye al choque sentimental que él atraviesa. Al fin y al cabo, es una buena noticia, la noticia que ella lleva esperando años. Lo de Amalia y Fer —tal y como ella predijo desde el primer momento— ha caído por su propio peso. Se siente afortunada de no tener que esconderse más. De que ya no haga falta tener una conversación incómoda con él, para exigir su lugar. Debería alegrarse, pero tiene un mal presentimiento que la agita. Lo acecha a su malestar general, a su cabeza debilitada por culpa de todo.

Hace cuentas y llega a la conclusión de que la noche predilecta él ya estaba soltero. Todo parece encajar: el beso, la ternura. Ahora que la muralla ha caído, sería el momento de pasar a ser novios. De convertirse en la primera. Ahora tendrá que medir sus palabras y sus gestos de cariño, por miedo a que él malinterprete su interés y sospeche que quiera ostentar ese título. Pero lo que hace unos días le parecía fácil de pedir, se le antoja incomprensiblemente afanoso.

Le escribe y le hace saber que lo sabe, que puede contar con ella para lo que necesite. Tras lanzar el mensaje, hace un ademán suave de alejarse, para que sea él quien vaya a buscarla. Pero ocurre lo contrario: Fer ha vuelto a activar el modo ermitaño, en el momento en que ha salido de la relación. Ya no habla, no se expresa. Vuelve a estar ocupado en sus quehaceres laborales.

Celia le deja un tiempo prudencial para aclararse, para que coloque de nuevo las piezas desencajadas de su vida. Pasan unos meses raros, que se intuyen como una ruptura. «Es como si al romper con ella, hubiese roto también conmigo», asume Celia. Y decide ir personalmente a hablar con él.

Se presenta en el portal de su casa y llama al telefonillo. «¡Sorpresa! ¡Baja!». Fer baja desganado, como si estuviera haciendo

algo interesante y se hubiese visto interrumpido, incluso obligado. Ella lo sacude en señal de emoción: llevan mucho tiempo sin verse.

Le pregunta cómo está, insiste en que lo quiere saber todo, los detalles de la ruptura y del después. «Estoy de puta madre, muy tranquilo —responde él—. Estaba muy cansado ya». No le dice nada más. Ni se interesa por ella ni relaciona la ruptura con una posible oficialidad de su vínculo con Celia.

Es evidente que ni se lo ha planteado. La relación entre ellos se ha enfriado. Celia levanta las palmas de las manos, buscando respuestas, entre el desconcierto y la indignación. Pasean en medio de la multitud silenciosa, dan una vuelta a la manzana, a ver si en movimiento él suelta prenda. Pero Fer no dice nada. Le gustaría transcribir sus silencios en palabras, pero no hay hilo del que tirar.

Al llegar al portal, Fer, que todo el camino ha ido mirando al suelo, levanta la barbilla y la mira, como dando por finalizada la cita. Ella no reacciona. «¿Quieres subir? —es todo lo que acierta a decir, al ver que no pretende irse—. Tengo que acostarme pronto, mañana madrugo más de lo habitual, pero si quieres puedes quedarte». Celia respira hondo, tiene que conformarse con aquel puñado de palabras, esquivando una frustración duradera. Se inventa que tiene que estar en otro lugar dentro de un rato. Se ha quedado perpleja, el comportamiento de Fer se le antoja incomprensible. Que no haya querido darle ningún tipo de explicación, cuando en otro momento no la habría dejado irse hasta que no le hubiera expresado hasta el último detalle, le molesta. Que, encima, le haya ofrecido subir a su casa con esa frialdad que caracteriza a las personas que todavía no se conocen, o que ya no se conocen, le irrita.

Saber que puede verlo y tenerlo cuando quiera —como ha sido siempre—, con la diferencia de que él ya no muestra ningún entusiasmo especial por ella —que la trata como a una más—, le hace sentirse miserable.

Intenta cortar ese vínculo de forma tajante, romper por lo sano. Se le hace muy cuesta arriba. Al principio, contacto cero. Evita verlo y hablar con él, por miedo a caer en su espiral. Poco a poco, inventará el camino. Total, no hay otra salida.

Todo drogadicto atraviesa unos meses convulsos cuando le arrebatan de golpe la sustancia prohibida. El síndrome de abstinencia se traduce en mono, náuseas, sudores y cambios de humor. Es una etapa espinosa.

El periodo de desintoxicación se le antoja difícil, pero efectivo. Después de desear, con todas sus fuerzas, arder en el mismo averno, se ha dado cuenta de que el infierno es una trampa. Que el fuego no calienta, sino que quema. Que a las llamas no se las puede mirar a los ojos sin echarse a llorar.

Y ese día que todo duele más, algo deja de doler.

Tiempo después, Celia se reencuentra con su ángel. Y esa vez sí que le ve las alas. Ocurre en la cena anual con los compañeros de la universidad, a la que no le entusiasma asistir, pero se ve obligada a transigir, pues necesita despejarse, desconectar, reír. Tener la cabeza en otra cosa. Cuando llega, activa el *modus operandi* de la simpatía. Y todos la creen. Todos, menos Víctor, que la mira como adivinando algo. Sabe que no es momento de preguntar. Pero es el único que advierte que se ha apagado su luz.

La mayoría lucen las etiquetas de siempre: jóvenes, alocados, alegres e insensatos. Víctor expone una fachada recubierta de paz que esconde un interior fulminante. Está todavía más guapo que aquellos días en los que compartían pupitre. La observa con la misma veneración, sin un ápice de rencor en sus pestañas. Está cambiado. Se ha dejado el pelo un poco más largo y asoman, tímidos, los primeros rizos. Se acerca a saludarla y le lanza la primera pulla: «¿No tenías ningún plan mejor hoy?». Sonaría borde si no fuera por su sonrisa. Es evidente que se moría por verla. En su sonrisa nada malo puede suceder. Lástima que sea tan alto y que, entre esa sonrisa y ella, haya una depresión de distancia.

Sabe cómo meterse con ella y provocar que se sienta especial al

mismo tiempo. Hace cómplices a algunos de sus compañeros de su burla: «Chicos, ¿echamos un piedra, papel, tijera a ver quién se sienta al lado de Celia? Igual para la próxima vez que venga faltan diez años». A Celia le cuesta emitir la risa, se atraganta con su propio dolor. Pero Víctor no se rinde. Pone todo su empeño en devolverla a la vida. Trata de hacerla reír, pero su esfuerzo es inútil. Acostumbrada al humor inteligente de Fer, el humor infantil de Víctor no le remueve lo más mínimo. Pero él no desiste, y va de mal en peor, y a ella empieza a hacerle gracia su intento de tener gracia. Eso sí le hace reír mucho. Se parte de risa y contagia a sus amigos. La situación desemboca en un bucle imposible de frenar. No pueden parar. Les duele la mandíbula y siente agujetas en la tripa. Se han quedado afónicos.

«Gracias por esta noche, a ver si nos vemos más», musita ella al despedirse. Él, sin saber cuándo volverá a tener una oportunidad, reúne el valor de decirle: «Mañana mismo, si quieres». Y ella accede.

Es la primera vez en muchos meses que se ríe hasta no poder más. Vuelve a casa con el convencimiento de darse una oportunidad para ser feliz.

Quedan al día siguiente en el cauce del río. Víctor la ve llegar con la cabeza gacha. Ha dejado de reírse y la tristura vuelve a definir su camino. Permanece inmóvil en la acera de enfrente y la observa. Puede ver el desconsuelo en sus ojos, el pánico en su piel. Al tenerla cerca, la estrecha entre sus brazos para quitarle el miedo del cuerpo. Y ella, sin mediar palabra, se echa a llorar. Está asustada. Tiembla entre sus brazos. Las lágrimas asoman. Permanecen unos minutos en silencio. Él cada vez la abraza más fuerte.

—Sabes que puedes contarme lo que quieras —susurra Víctor, con tono paternal, mientras le retira el pelo del rostro, húmedo, y la invita a que se sienten en un banco.

—Si te lo cuento te vas a ir, y no quiero que te vayas. —Ella se rompe definitivamente. Y él la sostiene, con fuerza, sin derrumbarse. Tenerlo cerca la reconforta. Abrazarlo es regresar al lugar feliz de sus recuerdos, de su adolescencia, volver a sentirse segura.

—No estoy bien. Tengo el corazón roto, Víctor. —La voz se le quiebra.

—Para eso estoy yo aquí, para reconstruirlo. —La besa en la mejilla—. Ya verás qué bonito nos va a quedar.

—Lo peor es que todo ha sido culpa mía. Me han dejado las cosas claras desde el principio y yo no he sabido verlo, no he querido verlo. Y ahora estoy destrozada.

Víctor la coge de la mano y le regala una mirada comprensiva. En su gesto cabe tanta pena como impotencia. Le duele que alguien le haya hecho daño. Ella prosigue:

—Me han usado cuando han querido. Y yo he sido consciente en todo momento y me he dejado utilizar. Encima, me sentía privilegiada cuando eso pasaba —reconoce, entre lágrimas. Siempre ha sido muy sincera.

—No es culpa tuya, es habitual que nos enamoremos de quien menos nos conviene —Víctor tira piedras contra su propio tejado—. Pero siempre estamos a tiempo de dar media vuelta y hacer las cosas bien. —Lo arregla.

—¿Y si a partir de ahora no soy capaz de valorar lo bueno?

—¡Por supuesto que podrás! Las malas decisiones no son más que excepciones a tu inteligencia. —La deshace en halagos.

Celia busca sus ojos. Brillan en la primera oscuridad de la tarde. Atrapa el rostro con sus manos, y acerca los labios a los suyos, construyendo un beso.

—La noche en la que nos besamos… —le susurra, todavía con los labios pegados— pensé que ya estaba, que había encontrado al hombre con quien compartiría el resto de mi vida, que eras tú —miente ella, con la emoción del momento—. No sé cómo te pude dejar escapar.

—Eras muy niña, éramos insultantemente jóvenes. Tenías otras cosas en la cabeza —responde él sin ahondar más en el tema. Quiere dar a entender que se percató de lo que pasaba.

—Teníamos dieciocho cuando nos conocimos. Han tenido que pasar nada más y nada menos que diez años para darme cuenta…

—En tu defensa diré que me besaste a los veinte.

—¡Es verdad! Solo han pasado ocho. ¡Qué buen recuerdo guardo de esa noche! Nos prometimos el cielo y la tierra… Y después lo dejamos morir —reconoce Celia, sabiéndose dueña y señora de la

culpa.

—Algo dentro de mí sabía que todavía no era el momento —recapacita la parte pensante de la relación—. Nunca perdí la esperanza de que un reencuentro tonto hiciera que termináramos juntos.

—Será que el momento es ahora. —Se levanta, dichosa, y tira de sus manos hacia arriba. No puede esperar ni un minuto más para empezar a recorrer el camino juntos.

La felicidad cruza la línea de meta justo a tiempo. La estabilidad se cuela en la vida de Celia el día que retoman el contacto. La tristeza se va diluyendo por arte de magia, por arte de Víctor. Empieza el ocio compartido, los planes conjuntos, los proyectos a cuatro manos. Y uno más uno siguen sumando dos, pero mejores. Ven mundo. Se enamoran en la Toscana. Y Celia se da cuenta de que el amor era eso: fácil, tranquilo, mutuo. Sentirse segura le permite entrar en la sustancia final del amor: la paz. Y la consume despacio. Poco a poco, Víctor va ganando terreno, rellenando esas parcelas de vacío que la huida de Fer había dejado. La felicidad empieza a reclamar su parte del trato. Lo apuesta todo a un premio mayor. Y gana.

Y es en el epicentro de esa paz donde su amistad con Fer vuelve a cobrar sentido. Donde el peligro por la sustancia prohibida desaparece.

La indecencia de Fer tampoco dura eternamente. Pasa unos años desatado, haciendo su papel de soltero. Un hombre reducido a su cometido. Pero a todo cerdo le llega su San Martín. Con veintinueve años recién cumplidos, participa en el Congreso Internacional de Emprendimiento, en la ciudad de Pamplona. Una de las ponentes hace que se sienta estúpidamente incómodo. Habla a toda velocidad, con el discurso claro. Tiene aproximadamente la misma edad, pero parece que lleve un siglo documentándose al respecto. Los bolígrafos de los asistentes fluyen a toda velocidad intentando plasmar por escrito parte de la información que aquella voz lúcida está brindando. Todos están sumidos en una exhaustiva concentración, pero nadie consigue seguirle el ritmo. Cuando llega su hora de salir al escenario, Fer expone de forma pausada y

ordenada. El público está distraído: hablan entre ellos, miran al infinito. Algunos incluso han cerrado ya sus cuadernos. Él siente su ego un poco tocado, pero continúa sin inmutarse —total, ya ha cobrado, la aceptación del público ya no le incumbe— y el aplauso final lo consuela.

Esa noche se viste para salir a probar uno de los mejores asiáticos de la ciudad; escucha unos pasos firmes que caminan en dirección contraria a él por el pasillo del hotel. Es ella, la chica de esta mañana. Camina rápido, con varias carpetas bajo el brazo. De cerca sus rasgos llaman poderosamente la atención. Es de estatura media. Tiene la tez oscura, casi negra, bastante uniforme. En su rostro preponderan su nariz chata y sus labios gruesos. Su pelo oscuro, corto y rizado, casi rapado, contrasta con el lazo fucsia que lo adorna. Su estilo se le antoja alternativo. Representa lo opuesto a las chicas que lo han atraído.

—Has estado muy bien esta mañana. —La admiración gana al orgullo.

—¡Muchas gracias! Yo no he podido escucharte. Tenía que prepararme otra ponencia *online*, pero lo veré en diferido. —El ego de Fer cruje.

—¿A dónde vas? Iba a salir a cenar, voy solo, si quieres venirte estás invitada, pero prohibido hablar de trabajo.

—Hoy no puedo, pero mañana si quieres sí.

—Mañana me vuelvo.

—¿Mañana ya? Qué poco sentido del negocio tienes. ¡Pero si el último día tocan las charlas más inspiradoras! ¿Tú sabes cuánta gente interesante se aloja aquí estos días? ¡Anda, modifica la reserva y quédate hasta el final!

—No creo que sea posible.

—Si cambias de opinión, nos vemos mañana en el vestíbulo a esta misma hora.

Para Fer, conocer a Julia es toda una revolución. Sale a cenar con ella aquella noche con la mejor de sus galas. Le cuesta más de lo normal seducirla, pues apenas le deja hablar. Al parecer, no está acostumbrada a que nadie se interese por ella más allá de su discurso sociopolítico. Y él no se aburre, al contrario, se deleita escuchándola. Es como estar sentado frente a una nueva especie humana, de la que no quiere perderse ningún detalle.

Julia le cuenta que es de origen nigeriano y que vive en España desde hace casi veinte años. Su padre pertenecía al mundo financiero y empezó trabajando en el International Bank for West Africa Ltd. Siendo ella pequeña, se trasladaron una temporada a Nueva York, otra a Londres y finalmente se asentaron en Madrid, donde desempeñó diferentes empleos hasta que quiso dar el salto a la política. Actualmente tiene un buen puesto en Madrid, mientras cursa la carrera de diplomacia.

Julia ha vivido en Madrid hasta hace cuatro años, cuando se mudó a Logroño de forma provisional y descubrió una ciudad idónea para vivir. No parece querer moverse de allí; de hecho, acaba de comprarse una vivienda en Los Lirios.

Destaca por ser intelectual, pero eso no quita que Fer la encuentre especialmente sexi. Su cerebro de gigante contrasta con su cintura de avispa, presumiendo un equilibrio interesante. Su piel africana, tersa y rígida, se le presenta como un territorio nuevo que explorar. Es delgada con pronunciadas curvas. Se operó el pecho al cumplir los dieciocho y se ha retirado las prótesis hace un par de años. Viste ropa de segunda mano y solo consume productos elaborados mediante fabricación responsable. Está muy concienciada con el medio ambiente. Es muy exigente con el trabajo. Feminista es su segundo nombre. Activista el primero. Tiene las cosas muy claras y ningún problema para expresarlas.

La primera impresión retrata su entereza, pero en la segunda no pasa desapercibida su dulzura. Es una de esas personas que, al

conocerlas, sabes que van a llegar lejos. Habla bien de la gente que la rodea. Su inquietud pasa por aprender, cocinar y viajar. Le gusta exprimir el momento, y la vida.

Fer la besa al tercer día. Sus besos son más húmedos que muchos de los que ha dado antes. Le hacen perder la noción del tiempo durante unos minutos. Hace que se sienta pequeño y afortunado. Se queda prendado de ella. Alarga la estancia en Pamplona una semana. Y, cuando vuelve, ya no es el mismo.

El teléfono de Celia suena a las cuatro de la tarde del jueves. La pilla durmiendo y la despierta de un brinco. Es Fer. Se le hace raro recibir una llamada suya, pues, aunque la tecnología haya avanzado, por costumbre, siguen utilizando el chat del ordenador para comunicarse.

La saluda, enérgico. Encadena una serie de preguntas poco habituales en él. Le pregunta por ella, por su trabajo, por Víctor. A Celia, la llamada le recuerda a la de un familiar. Más tarde, le sugiere si pueden verse esa misma tarde. A ella no le viene especialmente bien, pero tiene intriga por lo que él tiene que decirle —intriga amistosa, nueva para ella, que nada tiene que ver con lo que ha sentido otras veces cuando iba a verlo—, así que saca un hueco a primera hora de la tarde.

Hace un montón de tiempo que no se ven a solas. La última vez, de hecho, fue tan desagradable que Celia se juró a sí misma que no habría próxima. Pero las cosas han cambiado sustancialmente. Lo ve venir de lejos y no siente nada, más que curiosidad. Ella se ha desintoxicado de la sustancia peligrosa. Y ya no teme tenerla cerca, frente a frente, pues sabe que no volverá a consumirla. Camina ligeramente encogido, y viste ropa de calle normal. Se ha liberado —al menos momentáneamente— de esos aires de grandeza que llevaba por capa. Cuando está junto a ella, ve que luce algo nuevo en los ojos, un pigmento especial. Celia reconoce ese brillo, pues lo ha visto antes, probablemente en otros ojos, más fieles, más nobles. En los de Víctor, casi seguro. El pigmento del amor. Ese destello.

Intenta adivinar qué es lo que va a contarle. Por su postura no parece que se trate de un ascenso laboral ni que acabe de tocarle la lotería. ¿Se habrá decantado por una de tantas amantes? Lo descarta: él tampoco cree en eso de dejarse querer por el camino. El flechazo es o no es, no va siendo sobre la marcha. Presta atención a

su sonrisa. Reencontrarse con ella, con esa pistola de felicidad efímera de la que tuvo que despedirse hace años. Es algo que le hace parecer pequeñito, y dichoso: ¿vendrá a pedirle perdón?

Fer no le hace esperar mucho más, pues lleva varias horas con la información en la punta de la lengua y necesita cerrar el círculo:

—Tengo que contarte algo muy importante. —Ahora Celia lo ha mirado bien y parece cansado, fatigado. Pero sus ojeras irradian luz.

—¡Para eso he venido! —Celia alza los brazos, buscando un abrazo—. ¿Cuál es esa buena noticia que no te está dejando dormir?

—Se me nota, ¿verdad? He vuelto esta mañana del congreso de Pamplona.

—¿Esta mañana? ¡Si te fuiste hace una semana! —A Celia no le salen las cuentas.

—Sí, pero al final me he quedado más tiempo.

—No me digas que te han ofrecido trabajo allí. ¡¿Te mudas?!

—¡No, no! No van por ahí los tiros. Pero igual sí que me tocará viajar allí frecuentemente.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Que ha pasado algo durante estos días. He conocido al amor de mi vida. Quería que fueras la primera en enterarse.

Celia resopla. Esta historia ya la ha escuchado antes.

—Te lo digo en serio. Es lo contrario a lo que te estás imaginando. No es como Amalia. Llevamos cuatro días y ya quiere conocerte.

—¿A mí?

—Le he hablado mucho de ti. Es tan lista. Creo que nunca he conocido a alguien así. Vais a conectar. —Se le nota ilusionado.

—Solo por lo contento que estás, ya ha merecido la pena. Tendré que conocerla para darle el visto bueno.

—Va a venir en tres semanas. Te la presentaré. Estoy seguro de que os vais a gustar.

—Si es como dices, ¡seguro que sí!

Él saca el móvil del bolsillo de la chaqueta y le enseña su fondo de pantalla: se están besando, con la Ciudadela de fondo. Fer, que después de varios años con Amalia, seguía con una foto de Ronaldo de fondo de pantalla, acaba de conocer a esta chica y ya le ha dado ese lugar.

—¿Es de Pamplona?

—Vive en Logroño. Son cinco horas largas en coche. Y hay autobús directo.

Celia lo mira, vacilante. No puede creer que su amigo esté a punto de firmar un pacto así.

—Me estoy planteando una relación a distancia —confirma sus sospechas.

—¿Te ves capaz? —Celia no quería preguntarlo así, pero su impulsividad ha hablado por ella.

—Ya no hay vuelta atrás, estoy pillado. No sé si funcionará, pero tengo que intentarlo, al menos.

—¡Qué orgullosa estoy de ti!

La fuerza del abrazo de Celia le brinda el empujón que necesita.

Uno siempre está a tiempo de cambiar y hacer las cosas correctamente. A veces, cuando no nos portamos bien, puede ser señal de que no estamos con quien queremos estar. Que nuestro cuerpo aguarda la llegada de la persona correcta y no se iba a dejar caer en unos brazos cualquiera.

Fer se levanta con los primeros rayos de sol. Tiene a la luna acostada en su regazo. Se separa sutilmente de ella para obtener un mejor ángulo de visión. La mira. Garabatea, suave, en su frente. Se deja arañar por las pequeñas garras que esconden sus pestañas. Busca el rosáceo de sus labios en la trama de su piel oscura. En ellos se dibuja una sonrisa, que empezó antes de quedarse dormida. Sigue el contorno de su cuello. Mira sus senos, diminutos, y siente ternura. Está parcialmente destapada. La cubre a besos para devolverle el calor.

Julia se despierta. Lo mira, estupefacta, como si acabara de regresar de un viaje imaginario cuyo destino no fuera mejor que aquel. En las pupilas tiene una honda sorpresa y el pestañeo dirige el salto de la ficción a la realidad. Se observan con esa mirada incrédula con la que dos personas que se aman solo pueden mirarse una vez en la vida. Se abrazan con las piernas, ella le pide cinco minutos más y él asiente, mientras su erección rebelde le pide viajar hacia los lugares más recónditos de su cuerpo.

Es la primera vez que amanecen juntos en casa de él, y la primicia se anuncia como una rutina tangible. Hace un amago de levantarse a preparar el desayuno y ella le tira del brazo hacia sí. «Déjalo —le ruega—, quédate». No busca que la sorprendan, su hambre es de otro mundo. Insiste en que lo único que le apetece es alargar el momento.

Han iniciado una relación a distancia, que sellaron la noche anterior con una conversación fértil. El día se presume excitante: se levantarán tarde, visitarán la parte nueva de la ciudad —icono principal de las postales—, disfrutarán de una paella frente al mar. Por la tarde, caminarán por el casco antiguo. Allí conocerá a sus amigos, de los que tanto ha oído hablar en poco tiempo. Repasa mentalmente los nombres más importantes: Natalia, Héctor, Alberto, Celia. Esta última es quien le despierta la mayor curiosidad.

La primera impresión que obtienen de Julia es chocante. La miran extrañados, como si hubieran visto un fantasma. No es por ella, que sonríe amable, mostrando unos dientes que resplandecen como diamantes. La razón es que no se parece en nada a la persona que habían imaginado. Representa lo opuesto al prototipo de Fer, hasta la fecha. Lo han visto acariciando la melena llamativa de Amalia. Algunos, también, han sido testigos de las noches en las que se enredaba en el pelo salvaje de Celia para besarla. Por el contrario, Julia se ha rapado al uno y decora su cabeza con un lazo rojo.

Cuando la escuchan hablar, los esquemas se terminan de romper. Mira a los ojos, escucha atentamente lo que tienen que contarle y se involucra, como si no los acabara de conocer. En sus cuerdas vocales remanece un amplio vocabulario que ni enseña ni esconde, pero todos pueden verlo. Es flexible, no le importa pasar de lo banal a lo profundo en una frase. Fer no se da cuenta, está viviendo uno de sus días más felices. Desde que la conoce, anda volando todo el día. Le cuesta tocar tierra.

El agua vuelve a su cauce cuando terminan el paseo e improvisan un tardeo. Julia no ha oído hablar antes de ese concepto y está encantada de descubrirlo con ellos. Van de terraza en terraza, bebiendo vino. En las distancias cortas, Julia se hace con el grupo enseguida. Tiene las opiniones más fundamentadas que hayan escuchado, los consejos más divertidos. Ninguno de ellos había pensado en cómo sería la persona ideal para Fer, hasta que la tienen delante. Ven en ella la posibilidad de cambio, la apertura de mente.

Fer se acerca a la oreja de Celia para saber qué le ha parecido Julia. Le dice que, con una persona como ella, nadie necesita el visto bueno. Recargados de orgullo por el momento sentimental pleno que están viviendo, ya están pensando planes para hacer los cuatro.

Con la aprobación de sus amigos, y la emoción de estar viviendo algo nuevo.

Una vez superada la prueba de fuego, todo va muy rápido. Dentro de poco llegan las Navidades y tienen que enfrentarse al reto de conocer a los padres del otro. Pasan la Navidad en el núcleo familiar de ella. Aprovechan los festivos de marzo para viajar a Nigeria a conocer a la familia del padre de Julia. También para visitar Guinea Ecuatorial y Camerún, y allí, en África, es donde él se

enamora definitivamente de ella. De su cultura. De sus raíces. Lo mismo sigue ocurriendo durante muchos días.

Y, sin darse cuenta, empieza otro verano.

El final de junio inaugura la temporada estival. Celia conduce por los estrechos senderos que llevan a Veleta, con miedo a salirse del camino. Presta especial atención a las curvas, a las rotondas que han empezado a llenar el trayecto. Es el mismo camino de siempre. Pero hacerlo con el maletero cargado solo augura cosas buenas: el comienzo de su etapa favorita del año.

Este verano, además, se presume diferente. Es el primer año que no viaja sola. Lleva a Víctor de copiloto, en la carretera y en la vida. Y una sonrisa en la cara.

En su destino los esperan sus amigos, y también la nueva incorporación, Julia, a quien tiene muchas ganas de conocer más a fondo. Su amigo está muy contento de que ella haya elegido pasar sus casi tres meses de vacaciones en Veleta, con él. Es la forma que tiene de compensarlo por todas las veces que él ha ido a visitarla durante el año, y las poquitas que ella ha podido hacer lo mismo. A Fer le molesta tener que ir siempre él, cuando sabe que en la costa el clima es más templado y permite hacer más planes. La razón es que ella trabaja en exceso de lunes a viernes, y los fines de semana los emplea en descansar y preparar las clases de universidad de la semana siguiente. No le parece motivo suficiente: qué le van a contar a él, que trabaja más que nadie y siempre tiene tiempo para el amor.

Es el primer verano que Celia y Fer, ambos, tienen pareja. Saben que se hacen mayores porque las tonterías llegan a su fin. Se sienten afortunados de las personas que han elegido para compartir la vida. Y de poder llevarlas a su zona de confort.

Celia y Julia coinciden en muchas cosas. Les gusta madrugar. Comparten el primer baño del día, cuando el mar todavía es exclusivo de ellas y de un señor que se baña con su perro. Pasan muchas horas bajo el sol intercambiando lecturas y filosofía, hasta que amanece el resto del grupo y se une a ellas. Por la tarde dan interminables paseos hasta los pueblos costeros colindantes. Julia,

que no está acostumbrada a hacer deporte, vuelve exhausta, pero feliz, porque aprenden mucho la una de la otra. Tienen más en común de lo que pensaban.

Lo único que a Celia no le gusta de pasar tanto tiempo con ella en la playa es que no puede evitar comparar sus cuerpos. Julia, que nunca ha hecho deporte y se desplaza en taxi a todas partes, no tiene un ápice de celulitis, ni medio pliegue. Ella, en cambio, expone un cuerpo normal: con sus imperfecciones. Sabe que en algo le lleva ventaja: su pecho no le pasa desapercibido a nadie. Sus senos perfectos encajados en las cuencas del bikini son fruto de muchas envidias. Y de ávidos deseos.

Víctor y Fer comparten coche para ir a trabajar todos los días. Al mediodía están de vuelta para pasar la tarde en grupo. Parece que también han encajado bastante bien. Esos viajes de ida y vuelta han dado sus frutos. Pasan la mayor parte del tiempo hablando de Celia, que es la persona que tienen en común. A veces, Fer se pasa de la raya y le pregunta por intimidades. Quiere saber. Pero Víctor es muy discreto y no entra al trapo.

A Celia y a Fer pasar horas juntos siempre les sienta bien. Ahora más que nunca, cuando ninguno de los dos tiene nada que esconder. Vuelven a ser inseparables. Compañeros de risas y de juego (aunque ahora pierdan, porque contra Julia es imposible ganar y más cuando hace equipo con Víctor: se han juntado la inteligencia y la excelencia; poco se puede hacer).

Celia y Fer se escriben a todas horas por el móvil. No hace muchos años que pueden disfrutar de la mensajería instantánea. Y les encanta contarse las cosas en el momento en que suceden. Celia tiene claro que Fer es su persona en el mundo, porque le encanta desembocar en él sus pensamientos. Y le gusta que él acuda a ella para todo, desde preguntarle por una receta, hasta narrarle la intrépida aventura de una mosca en su cocina. A Julia no le molesta que hablen todo el tiempo, pues le parece lógico escribir con frecuencia a tu mejor amiga, y no ve segundas intenciones en Celia. Víctor tiene algo de miedo al respecto de esa complicidad inapelable, pero se lo guarda para sí porque la paranoia nunca trae nada bueno.

Un día sobre las siete de la tarde están ellas dos solas, en pareo, haciendo toples. Cada una con un libro en la mano, recomendación de la otra. Y llega Fer y por los libros no se da cuenta de que llevan el pecho al aire. Se acerca a decirles algo y Celia al escucharlo cerca se asusta de forma fulminante y se cubre con el libro, como si lo que estuviera haciendo fuera un pecado. Como si nunca la hubiera visto desnuda. Fer se disculpa, avergonzado, y se da media vuelta hacia el paseo marítimo: «Os dejo solas». No porque sienta que sobra allí, sino para ocultar la erección. La situación podría ser incómoda para todos, pero han decidido tomárselo a risa.

Desde aquel día, Fer evita mirar a Celia a los ojos. Sabe que los dos han sentido lo mismo. Y que no deben sentirlo nunca más.

Pasan tardes enteras los cuatro, solos. Y no están fingiendo: son felices haciendo lo correcto. Y esa amistad se extrapola a todas las estaciones.

Se acerca el 25 de mayo. Un día marcado en el calendario de Celia desde hace muchos años, pues se trata del cumpleaños de Fer. Pero este año, además, la fecha tiene un relieve especial, pues cumple treinta, y ella siente que es la primera vez en tantos años que cabe una demostración de amor. Habla con Julia al respecto, y aúnan ideas para organizar una fiesta a la altura. Celia quiere demostrar dos cosas: lo unidas que están, y lo importante que es él para ella.

Tienen unos días por delante para prepararlo todo. Piensan en hacer una fiesta de disfraces. Julia sugiere que se vistan de personajes literarios y Celia fantasea con la idea de ser la Maga durante un día, pero teme que eso no encaje con el núcleo familiar de Fer, tan alejado de la lectura. Se plantean, también, disfrazarse de actores y actrices, pero a Fer no le entusiasma el cine, así que lo descartan. Deciden focalizarse en qué es lo que le gustaría a él, y se decantan por un evento de gala con *dress code* de cóctel. A Celia le viene especialmente bien, pues lleva meses esperando el momento perfecto para estrenar el vestido verde de estampado étnico que se compró en las rebajas de julio. Contratan un *catering* y varios arroces, y organizan una gincana por la urbanización. Julia está nerviosa por ver la reacción de Fer. Celia sabe que es exactamente el plan que él hubiera diseñado para ese día si alguien le hubiera pedido opinión.

Convocan a sus familiares y amigos en Veleta para que formen parte de su día especial. La celebración tiene lugar en la urbanización de él, que, por esas fechas, la disfrutan exclusivamente ellos, pues la mayoría de los propietarios e inquilinos todavía no han emigrado de sus respectivas ciudades. La convocatoria resulta ser un éxito, contando solo un par de bajas. La mayoría de los familiares tiene que retirarse a media tarde porque al día siguiente trabajan, y la responsabilidad resplandece en la sangre. No está mal del todo, pues delante de la familia uno siempre tiene que comportarse un poco más. Y Fer no parece tener muchas ganas de hacerlo.

Disfrutan de una comida con la brisa de fondo. Antes de los postres, Julia entona un discurso precioso que emociona. Habla de los inicios de su relación, del descubrimiento que ha supuesto para ella conocerlo, de lo difícil que es confiar en un hombre hoy en día, y de lo feliz que la hace. Sus palabras emocionan a muchos de los asistentes. Una chica tan dura y segura de sí misma como es Julia, desprende ternura en cada vocablo que recita. Para finalizar, habla de él. Intenta compensar la emoción usando el tono humorístico para relatar sus manías y sus fobias. Sus inseguridades disfrazadas de prepotencia. Su curiosidad hecha inquietud. Su cabezonería crónica y detestable. Su capacidad de entrega y esfuerzo.

Esta vez Celia sí que lo reconoce en sus palabras. Se levanta, con los ojos llorosos, y aplaude como la que más. Todos la siguen.

Julia aprovecha y agradece a Celia su complicidad en la aventura de organizar una fiesta en tiempo récord. Y a todos, la buena acogida en el grupo desde el primer día. Estela, una prima de Fer sale a cantar una canción en directo. Sus padres sacan la tarta porque no tardarán mucho en irse: mañana madrugan. Celia y Julia se miran con ojos satisfechos. Todo ha salido bien.

Empieza la gincana. Los familiares aprovechan para retirarse. Parece que no les hacía especial ilusión. Y ellos se lo pierden, porque es divertidísima. Los invita a perseguirse y conocerse entre ellos.

Han preparado hasta una entrega de premios: unas entradas para el teatro con él, unas entradas para el partido de fútbol en el estadio con él, y una cena en un restaurante con una estrella Michelin, también con Fer.

Él está entusiasmado. No les ha faltado detalle. Parece que se hayan metido en su mente a sacarle información. Piensa que ni él mismo habría acertado a preparar un día así de perfecto. La palabra gracias parece inagotable en su boca.

Se va el sol, algunos ya se han ido, y se quedan los mejores. Suben el volumen del altavoz. Llevan todo el día con una copa en la mano y algunos empiezan a decir cosas sin sentido.

Celia le pide a Fer que le saque algo de abrigo: está empezando a refrescar y ella va en tirantes.

—Acompáñame, y así eliges la chaqueta que te guste.

Entran en la casa y suben al piso más alto, a la buhardilla donde Fer tiene su armario de invierno. Una vez alejados del resto, Fer estalla de agradecimiento:

—Están los que tienen que estar. Los que quiero que estén.

Sabe que, aunque la organización haya sido en común, ella ha sido la encargada de seleccionar a los invitados. Celia se sonroja:

—Yo iba a leer un discurso también, pero he dejado que Julia sea la protagonista en este día.

—¿Y qué me habrías dicho?

—Ese es el problema. Que lo que te habría dicho, no procede leerlo en alto.

Celia se echa a reír y se apoya sobre el sofá del cuarto. Lleva un hombro al descubierto, igual que aquella primera noche. «Qué sexi está con un hombro al aire», piensa Fer.

Va borracha y no duda a la hora de hablar. Uno de los momentos más felices de cualquiera es aquel en el que te das cuenta de que no tienes nada que esconder. Nada por lo que sentirte mal. Así que le dirige una media sonrisa, y deja que le salga el aire a la vez que la voz:

—Te habría dicho que eres la persona que más sentido ha dado a mis treinta años de vida. —Se le corta la voz en la última palabra, se abrazan, y la emoción le corre el rímel tiñendo de negro el lagrimal—. Te habría intentado explicar lo contenta que estoy de que hayamos llegado a este punto, tan sano, después de todo.

—¿A qué te refieres?

—A que pensaba que nunca podríamos ser amigos, Fer.

—Siempre hemos sido amigos, Celia.

—Amigos y nada más, me refiero. Sin sentimientos de por

medio. Puede que para ti yo haya sido solo tu amiga, o tu mejor amiga. Pero yo te he querido, te he querido de veras.

—No creo que me hayas querido más de lo que yo te he querido a ti.

—Fer, esto no va de querer más o querer menos, sino de la forma en la que se quiere. La mía, hacia ti, no era precisamente amistosa. Eso es lo que estoy queriendo decir.

—Si era así, ¿por qué no me lo dijiste? —interviene Fer, con aire nervioso. Tal vez porque la sorpresa lo ha aniquilado.

Celia no sabe si lo que lo descoloca es la información que acaba de recibir o no haberla recibido antes. Rebobina, años atrás, a todas esas veces en las que se planteó decirle algo, pero nunca resultaba oportuno. Cuando no tenía pareja, prefería guardarlo porque él era un poco especial y no lo quería agobiar. Cuando tenía pareja, estaba tan ilusionado que ni la habría escuchado. Cuando su relación flaqueaba, habría sido buena ocasión para decirlo, pero no quería condicionar su decisión. Al final, nunca era el momento.

—¿Por qué no me lo dijiste, Celia? —insiste. Y la saca de su ensimismamiento.

—¿Habría cambiado algo? —contraataca ella subiendo ligeramente el tono de su voz.

Fer la mira fijamente a los ojos. Sin decir nada. Se crea en el aire un silencio incómodo, de esos que solo se quiebran con un beso. No es capaz de responder y aquello la satisface. Se intuye inquieta. Las mariposas vuelven a cobrar vida en su estómago. Como si hubieran estado mucho tiempo dormidas y aquel silencio las hubiera despertado.

Él se inclina sobre ella, que está apoyada en la parte de atrás del sofá. La falda del vestido muestra una abertura lateral que deja al descubierto un pedacito de pierna. Él le acaricia la piel del muslo, casi por inercia, como aquella noche cuando eran más jóvenes y no sabían lo que estaban aprendiendo. Y va subiendo, muy despacio. Celia busca sus ojos, tratando de identificar cuál de las dos personalidades es la que está esa noche allí. Y en sus pupilas los reconoce a los dos: al adulto que es y al niño que fue. Y, por un instante, por una pequeña fracción de tiempo, se solapan. Reproducen, sin querer, la puesta en escena de la intimidad.

Fer desvía la mirada a sus labios, clásico anuncio de que está a

punto de besarla. Celia se descubre a sí misma con las piernas abiertas y una mano a punto de rozar su zona íntima. Se le ha caído la *h* de la coherencia. Pestañea para cerciorarse de lo que está pasando. Se encuentra semi tumbada en un sofá. Delante de ella está Fer, la única persona capaz de sacudir los cimientos de su moral.

—Nos vamos a arrepentir de esto… —dice, mientras descuenta los escasos centímetros que lo separan de su boca.

—Nos arrepentiremos juntos —la tranquiliza él, como si con eso pudiese detener la culpa. Y el tiempo.

Fer recorre con su boca húmeda el camino hasta su pecho, donde se detiene a morder uno de esos senos que tanto ambicionaba. Mientras tanto, sus manos hacen el amago de quitarle el vestido, pero ella esboza una sonrisa y se niega:

—¿Te puedo pedir un favor? —suplica ella—. Quiero que lo hagamos con la ropa puesta.

Sin borrar la sonrisa, se sube su delicado vestido de satén verde esmeralda, a la altura del ombligo. Fer se baja mínimamente los pantalones, lo justo para sacar su pene e introducirlo en la cueva del deseo. Y lo hacen. Lo hacen el día más especial e inapropiado de todos. Les encantaría preguntarse muchas cosas el uno al otro, pero el placer les impide articular palabra. Se comunican entre gemidos y sonrisas desbocadas. Él se mueve sobre ella como un hombre con estragos causados por el deseo acumulado en el cuerpo. Ella grita de placer. Él le tapa la boca con la mano para que no la escuchen y eso la excita todavía más.

En cuestión de pocos minutos, Fer derrama su semen salpicando el vestido de culpa. Ha tardado poco en correrse, como la primera vez. Pero esta vez la culpa a ella de su precocidad: «Si gimes así, no puedo aguantar más». Se contemplan con ternura y vuelven a enlazar sus labios, pidiéndose más. Él sigue dándole placer, y ella lo orienta con pequeñas órdenes, hasta que llega. Y, tras el daño, se abrazan con fuerza y se sumergen en un estado de paz que dura lo que la responsabilidad tarda en aparecer. Los dos están deseando alargar aquel momento, pero no puede ser. Tienen que salir, dar la cara, hacer como si nada. Como si nada inapropiado hubiera sucedido.

Celia hace una mueca que refleja la pereza que le da volver a la

vida real y recoge del suelo sus pendientes largos y su bolso de mano. Él se levanta de un salto, como si acabase de ser consciente del riesgo de la situación. Lo limpia todo estrepitosamente, intentando dejar el lugar tan pulcro como estaba. Pero la suciedad es invisible a los ojos y se ha quedado impregnada en las paredes.

Cuando salen del chalé, ya se ha hecho de noche. La oscuridad suaviza sus rostros, probablemente repletos de pistas. Sus amigos —los de él, que hoy se han convertido también en los de ella— se han marchado y ya solo quedan Julia y Víctor, que los esperan sumidos en una conversación que no parece forzada. La escena le recuerda que eso ya lo ha vivido antes, que años atrás sucedió algo muy similar, cuando él estaba con Amalia. Al escucharlos, la mirada alerta de Víctor se posa sobre ellos, que también simulan estar debatiendo algo. «¡Míralos! ¡Ahí están!», exclama Julia. Los pasos apresurados de sus parejas hacia ellos los tranquilizan. No parecen intuir nada.

A todo esto, Celia ha olvidado coger la chaqueta, y el contacto con el exterior le eriza la piel de frío. Julia y Víctor los guían hacia el baño de la planta baja. Entran con la nariz pinzada con el pulgar y el índice y señalan el inodoro. Les indican que han vomitado varios de ellos y que no han conseguido eliminar el mal olor. Fer abre y cierra los armarios del baño, en busca de un ambientador potente, pero solo da con un

mata-insectos.

Hace amago de echarlo pero Julia lo para a tiempo: «Quita, quita, a ver si va a ser peor el remedio que la enfermedad». Todos se ríen, no queda muy claro si de él o con él. Celia saca el diminuto bote de colonia que lleva en el bolso y rocía los rincones del cuarto de baño, para que haga de ambientador mientras buscan una solución. Es el mismo perfume que llevaba segundos antes de besarlo. El mismo aroma al que apestará el cuerpo de Fer. Pero ahora hay un motivo. Una excusa.

Por sentido común, después de aquel incidente, están unos meses jugando a la normalidad. Afortunadamente, a Julia se le tuercen los planes y no puede pasar ese verano en Veleta. Acoge Logroño un congreso internacional y tiene que quedarse allí para organizarlo todo meticulosamente. Celia se ahorra el mal trago de tener que mirarla a los ojos día tras día. La mirada es la única parte del cuerpo imposible de disfrazar.

Pero no es lo único que dicta sentencia. Cada partícula de su piel se revoluciona contra ella, desembocando en una reacción física visible. Le surge un brote de acné y varios sarpullidos por el cuerpo que las caricias de Víctor no logran calmar. Sabe lo que le pide y trata de convencerlo de que no es esa la cura. Le cuesta concentrarse, el sueño se convierte en un problema cuando su mente se debate entre el insomnio y las pesadillas.

Las fechas que siguen al día fatídico son durísimas. Volver a besar a Fer le cuesta sudor y lágrimas, que es un poco lo mismo, pero canalizado por distinto lugar. No quiere salir de casa. Se da cuenta de que conserva sus sentimientos por él intactos, en algún lugar de la memoria, o de la entrepierna. Y que tiene la suerte de no estar sola en eso. La suerte de que el lugar que imagina no se imagine sin ella. Aunque no sea ningún consuelo.

Lo han intentado. Han puesto tierra —sentido común— de por medio. Pero a veces basta una sola semilla —un beso— para reactivar el poder de la naturaleza.

Se siente culpable por haber infringido el capítulo sobre la lealtad, incluido en el decreto de medidas de restricción del emparejamiento. El acto sexual fue algo carnal —casi inevitable—, pero el beso de después lo removió todo, como un seísmo. Ha supuesto un antes y un después en su biografía y, cómo no, en su relación. Ya no ve a Víctor como el hombre de su vida, sino como la persona del momento. Concibe ahora la relación como algo temporal, con fecha de caducidad. No obstante, sabe que no lo

repetirá bajo ningún concepto. Una equivocación puede ser un error, pero dos ya es una elección. Y Víctor no se merece ese desplante. Solo de pensar en hacerle daño se vuelve muy pequeñita.

De puertas adentro, todo es movimiento. De puertas afuera, todo continúa como si nada. Fer y Celia evitan hablar del tema a toda costa, por arrepentimiento y por miedo a reincidir. Pasan el verano más raro de la historia. Ella se dedica, en parte, a viajar, primero con Víctor y después con su padre. Él sí que se instala en Veleta, pero muy enfocado en el trabajo, dejándose ver lo justito. Las pocas veces que coinciden se comportan como buenos amigos. Evitan estar a solas para no iluminar la posibilidad de salirse de nuevo del camino. Ni por asomo.

Pero llega el 30 de septiembre y es Celia quien entra en la tercera década. Por motivos —y recuerdos— evidentes, renuncia a grandes fiestas y decide pasar el día con su familia y su pareja. No quiere ver a nadie más. No quiere que nadie la desestabilice. A media tarde, justo cuando acaban de sacar la tarta y está reflexionando sobre el deseo que va a pedir, se le ilumina el móvil con una nueva notificación. Es Fer. Como siempre, parco en palabras: «Felicidades, Celia. Te quiero mucho». Cómo no, las ha elegido minuciosamente. Para su decepción, son intencionadas. Ha ido a hacer daño. Le da la vuelta al móvil, y pide un deseo. En caliente y de forma precipitada. Ya tendrá tiempo de contestarle.

El siguiente encuentro que tienen no es casual. Es provocado, unilateralmente, como un incendio. Y tiene el delito de ser una consumación anticipada. Lo cierto es que él no ha cesado de buscarla desde aquel mensaje de felicitación que tanto dio de sí.

La primera impresión de Celia al leer sus palabras fue nefasta. La invadió un desprecio absoluto hacia su persona. Fue la primera vez que —por sí mismo, después de tantos años de amistad y demás historias— tuvo la iniciativa de decírselo: «Te quiero». Cuando ocurre algo significativo en la vida, nos remontamos a la última vez que nos pasó algo similar. Si visitamos una ciudad, recordamos la última vez que la pisamos. Cuando volvemos a ver a alguien, rebobinamos al último encuentro —casual, o no— que tuvimos con esa persona. Si escuchamos unas palabras, volvemos, inevitablemente, a la última vez que las oímos de esa misma boca.

Por eso sabe que lo hizo a propósito. Porque la última vez que nombraron esas palabras fue segundos antes del incidente. Quiso hurgar en la herida con aquella declaración. Prendió el polvo, las cenizas. Y, además, lo hizo mal.

«Te quiero mucho» es lo peor que puede decirte la persona a la que quieres. Son tres palabras detestables para aquel que entiende de sentimientos. El adverbio estorba, como una carga pesada en el hombro. «Te quiero» conforma una expresión perfecta, completa, íntegra, que no necesita añadidos. «Te quiero mucho» devalúa su significado, y lo desvía hacia planos inferiores. Lo pisotea.

Lo que nadie sabe es que Celia, la tarde de su cumpleaños, malgastó un deseo. Porque enfocar la magia hacia lo negativo es desperdiciarla. No pudo evitar acordarse de él, de su fiesta, mientras se sentía encerrada en su casa con su familia, por mucho que tuviera a Víctor a su lado. Estaba frustrada, e irascible. Y ese mensaje tan inoportuno, tan mal intencionado, fue la gota que colmó el vaso. No le quedó otra que desearle el mal. Pidió, desde lo más profundo de su ser, que alguna vez le hicieran pasar por lo que

le había hecho pasar a ella. Que le devolvieran el daño idéntico a su cuerpo. Para que supiera lo que se siente.

Al día siguiente, movida, quizá, por la nostalgia, decide caer en su juego y probar suerte. «Yo más», le responde. «Yo mejor», replica él de inmediato. «Seguramente», deja caer ella. Y ahí es cuando Fer empieza a encadenar mensajes, uno detrás de otro, como «Necesito verte», o «No sabes lo que daría por que estuvieras aquí», que ella elige no contestar. De momento. Sabe que la pelota está en su tejado. Con esa ventaja, con la balanza inclinada hacia su lado, las decisiones se toman mejor. Como última opción, él recurre al eslogan de su relación: «Ven».

No es fácil adivinar lo que se propone Fer cuando la invita a cenar a su casa. Solos los dos después de tanto tiempo. El reencuentro se formaliza cuando él le envía la ubicación, más como confirmación que como información. Debe de ser el primer fin de semana que se queda en la ciudad desde que terminó el verano. Y estará ocioso. Normalmente, los findes que no viaja a Logroño los pasa en Veleta. Pero allí empieza a refrescar y ya no es lo mismo.

Celia se ha recogido el pelo y camina a paso rápido. Cualquiera que se cruce en su camino pensará que llega tarde a una cita, pero ella tiene la sensación de que llegó a su vida demasiado pronto. En el amor, la puntualidad no siempre es correspondida.

El umbral del portal de la casa de Fer la sorprende con multitud de recuerdos, que, al parecer, siguen viviendo allí. La mayoría pertenecen a un mismo día; como siempre, a la última vez que estuvo en ese lugar: la conversación con el taxista, su rostro dibujado detrás de los barrotes, el beso prolongado hasta el ascensor, el elevador al cielo. Parece que fue ayer, pero ha pasado casi un lustro. Frente a la fachada, le asaltan las dudas. Pero ya es tarde para echarse atrás, porque alguien la ha visto a través de la cámara del telefonillo y ha abierto. Sube andando hasta el séptimo piso para que la memoria no baje ningún escalón más.

—Buenas noches. —Escucha desde el interior de la casa. La puerta está abierta. Fer la espera de pie, tieso, con la vergüenza de los que acaban de hacer algo mal. O están a punto de hacerlo.

—Todavía no cantes victoria. —Celia pisa fuerte al entrar. Se escuchan, por este orden, el sonido del taconeo y el portazo accidentado. Lo sorprende con un aspecto más elegante de lo

habitual: vestida de negro, en su totalidad, con el pelo recogido en un moño y un atrevido Keddo Couture de mano naranja que rompe con la seriedad del atuendo y muestra su identidad guerrera respecto a la vida. Vaporizada de arriba abajo con una esencia que él conoce muy bien.

Él sonríe. Le encanta esa actitud suya de no dar nada por sentado. Visto que se presenta como una señorita, le ofrece su ayuda para retirarle la chaqueta y la cuelga en el perchero de la entrada. La coge del brazo y la conduce hacia el salón, donde la invita a tomar asiento. Se puede apreciar la mesa preparada con cierto esmero y el olor a pollo asado con especias que emana del horno.

Celia no se sienta de inmediato. Observa los nuevos objetos que pueblan las estanterías de Fer. Son pocos, pero muy selectos. A algunos les atribuye un significado, pero la gran mayoría se le escapan. Le molesta cada espacio muerto, porque no puede evitar pensar lo que ella colocaría ahí. Y se atraganta con ese propósito inútil. «Eres demasiado minimalista», le reprocha cariñosamente. «Soy partidario del *menos es más*», le guiña él un ojo.

No solo ha innovado con la decoración, también con el aroma. Su hogar huele ligeramente a incienso, lo que le da un aire más cálido. A ella le encantaría incorporar esas esencias a la fragancia de su casa, pero a sus padres no les gustaría la idea en absoluto.

Hay cierta incomodidad en el ambiente que puede proceder de saberse una desconocida en medio de su intimidad. Le gustaría reconocer cada rincón de su hogar como conoce los de su cuerpo. Mientras se entretiene con sus objetos personales, él descorcha las botellas y sirve el vino. Tinto en la copa de ella y blanco en la de él. Sin más dilación, se sientan en la mesa a comer.

Al cabo de unos minutos, ya pueden mirarse a los ojos, separados por la seguridad y la curiosidad que proporcionan los metros de distancia y se analizan el uno al otro, con curiosidad y recelo. Poco a poco se van acercando y se rozan sutilmente. Las personas cariñosas, aquellas a las que les gusta tocar, necesitan un perímetro temporal de seguridad, un tiempo prudencial hasta que se conectan de nuevo con la persona que tienen enfrente.

Cada vez se muestran más cercanos el uno con el otro. La proximidad incita a la memoria, al recuerdo. Y la lejanía, al olvido

intermitente. Beben más rápido que comen. Sus rodillas se rozan por debajo de la mesa. Intercalan temas de conversación profundos con risas atolondradas. Él está especialmente gracioso y ella se muestra irónica. La combinación ideal para que la conversación no decaiga. Dentro de unas horas se quedarán dormidos en el sofá, exhaustos de tanto sexo. Pero todavía falta un rato para eso y una conversación.

—Aún no sé por qué me has invitado. —Comienza Celia. En su rostro se refleja la inocencia que todavía la caracteriza.

—Podría decirte que hacía mucho tiempo que no estábamos a solas, que tenía muchas cosas que contarte, pero… ¿quieres saber la verdad? —la reta.

—A eso he venido —añade con una risa maliciosa—. Pensaba que entre tú y yo no se hablaba otro idioma más que ese.

—Tienes razón —asiente Fer, salvando las apariencias—. Quiero estrenar tu nueva década.

—¿Estrenar? —cuestiona ella incrédula.

—Sí —acierta a decir él, tajante.

Sin más preámbulos, se incorpora levemente de la silla y se acerca a besarla. Ella esquiva sutilmente el beso, desconcertada. Niega ligeramente con la cabeza:

—Fer, no hagas nada de lo que luego te puedas arrepentir. Estás muy enamorado de Julia y seguramente estés molesto porque ella lleve tiempo sin venir.

—Eso lo tengo ya asumido. Nuestra relación es la que es. La veo cada tres semanas porque voy yo y ocasionalmente viene ella, cuando puede. O cuando quiere, ya no lo tengo claro. Cuando estamos juntos somos felices y el resto del tiempo es como si no tuviera novia.

—¿Seguro que no estás haciendo esto por despecho?

—¡En absoluto! Lo hago porque quiero —asegura él, con los ojos proyectando furor. Sostiene, todavía, la barbilla de Celia entre las manos.

—¿Piensas que nos va a aportar algo bueno todo esto? No quiero que volvamos a ser dos extraños durante tanto tiempo…

—Celia, no pienso volver a alejarme de ti. Eso era lo que quería decirte hoy. Con todo lo que ello supone… Me siento muy solo, pienso en ti todos los días, y estoy cansado de tener que reprimir las

ganas de escribirte y de verte. —Vuelve a buscar sus labios.

—¿Y qué pasa si ella se entera? —Celia se aparta de nuevo. Necesita más respuestas antes de entregarse a él.

—No se va a enterar, es imposible. Además, ya sabes lo que dicen: a quinientos kilómetros no son cuernos.

A la tercera, Celia cae rendida. La besa con lengua, y deja que la cena se enfríe y ella entre en calor entre sus manos. Hay algo en su aliento que hace que se sienta segura, en casa. Él se ha quedado con algo de culpa dentro, y sigue justificándose:

—Si ella puede aguantar viéndome tan poco, me parece bien. Pero no es mi caso. Uno tiene unas necesidades que cubrir. Y, además, una al año…

La levanta en brazos, sin dejar de besarla, y la lleva al sofá, donde la tumba bocarriba y la desnuda. Palpa la humedad de su sexo. Desliza su boca hacia él. Y se deja llevar al lugar donde tantas veces ha sido feliz.

A la mañana siguiente, el despertador del móvil de Celia suena temprano. Amanece sin saber muy bien dónde está. Se frota las manos, tiene algo de frío. Le duele el cuello por haber dormido en una mala postura. Enseguida le estremece la curiosidad de saber qué hace en el sofá. Se levanta a buscar a Fer. Entra en su habitación, sin hacer ruido. Yace allí, en su cama, de lado, con la espalda arqueada. Ha dejado en su dorso todo un camino por recorrer. Se acerca a observar su rostro, parece un ángel. Piensa: «Si Julia lo encontrara ahora, jamás sospecharía lo que acaba de suceder».

Evitando hacer ruido para no despertarlo, recoge los restos de la cena del día anterior. Descubre tres botellas medio vacías: todo eso se bebieron entre los dos, ¡qué salvajada!

Tiene la noche borrosa. No recuerda el momento exacto en que se quedó dormida, pero se acuerda de haberse disgustado con él cuando le preguntó quién de los dos —Víctor o él— lo hacía mejor. Las comparaciones son odiosas, en general. Pero en el sexo deberían no tener cabida, directamente. La pregunta hizo que se sintiera fatal, por varias razones. La principal es que no había reparado en Víctor en toda la noche.

Piensa en todo eso mientras mueve el cuello de un lado a otro, tratando de recuperar su elasticidad. Se toca el costado, que

también está afectado.

—Te dije que te acostaras conmigo en la cama —la sorprende Fer hablándole desde el pasillo. Son sus primeras palabras al abrir los ojos.

Celia se maldice. Por querer ayudarlo, lo ha despertado. Hace una pausa torpe para secarse las manos con la toalla, y vuelve a su trinchera:

—Tampoco habría sido apropiado, ¿no?

Puede que haya un pequeño signo de interrogación en la mirada de Fer. Mitad sueño, mitad discrepancia.

—A la próxima duermes conmigo. No se hable más —dice con voz de adormilado. O de niño pequeño. O de ambas cosas. Le da un beso en la comisura de los labios y se vuelve a la cama.

Ella se relame los labios antes de volver a dar un portazo. Sin querer.

De camino al trabajo, Celia siente de nuevo que levita. El mundo real le molesta en los ojos. Como el primer contacto con la luz tras muchas horas de oscuridad. Parpadea varias veces seguidas, tratando de recuperar la nitidez de la imagen que entra por los ojos y de apagar la del imaginario.

El día discurre entre reuniones y pausas para café. Antes de poder echarlo de menos, consulta el teléfono y ve un nuevo mensaje de Fer:

«¿Qué vas a hacer hoy?», le ha preguntado hace un par de horas.

«¿Después de trabajar? No lo sé todavía. Me gustaría pasarme por el club de atletismo, pero me voy a tener que quedar adelantando tarea. A este paso me echan…».

«Si quieres venirte a trabajar aquí para estar más tranquila, te dejo la mesa del despacho. A mí no me molesta, todo lo contrario».

«¡Pues, sí! Te lo agradezco. En casa de mis padres no logro concentrarme. Cuando no tienen la televisión a todo volumen, están hablando por teléfono a grito pelado…».

Abandonan el chat y se ríen, a coro.

Celia sale de la oficina y pasa por casa solo para hacer la bolsa. Se la coloca en el hombro y con la otra mano carga el maletín con la documentación y el portátil. Se prepara para volver a verlo, con

un par de metros de distancia. Se instala en su casa. Despliega sus numerosos papeles sobre la mesa. Se enfrasca en sus asuntos con una concentración sorprendente. Mientras tanto, él entra y sale. Baja a hacer la compra. Va al gimnasio. Se ducha. Recorre el pasillo con la toalla anudada a la cadera. La tarde se llena de silencios cómodos y de naturalidad.

Ella se ofrece a preparar la cena, pero él se niega: «Mi casa, mis normas». Y levanta el puño para que ella choque el suyo. Se ve obligada a transigir. «Aprovecha para trabajar un ratito más. Luego nos ponemos una película y desconectas», añade. Se pregunta si él estará dando por hecho que van a volver a dormir juntos. No se quedará a no ser que se lo diga explícitamente, que luego vienen los malentendidos. Por si acaso, ha incluido un pijama en la bolsa. Y una muda para el día siguiente. Para ser feliz, hay que prevenir.

El plan de esa noche es diferente. Cenan en el sofá, frente a la televisión. Disfrutan de la buena comida y de las malas compañías. Apenas intercambian algún que otro comentario sobre la película.

Se hace tarde. Fer la invita a que se quede a dormir. Y ella mira el reloj, como si no lo hubiera consultado veinte veces en los últimos quince minutos. Se levanta a ponerse cómoda. Se mudan a la cama, y duermen juntos. Por segunda noche consecutiva, por primera vez en su historia. Pero esta vez es diferente, pues ya se han desfogado y les quedan muchas cosas por decirse.

En la penumbra de la habitación, la verdad lucha por salir a la luz. Hablan de lo bien que les sienta improvisar planes. De lo fácil que es todo cuando están juntos. Y entonces sale a colación la noche del cumpleaños de él. Y el suéter que nunca cogieron, y que de milagro no los delató. Del momento «Tierra trágame» cuando, tumbados en la cama, Julia se acercó a su cuello y le susurró lo bien que olía la colonia de Celia. Del verano más incómodo de la historia. Del mensaje de felicitación que hizo que se la llevaran los demonios. De lo irrepetible, de las ganas de vomitar.

No se piden perdón, pero se perdonan. No se piden permiso, pero se abrazan. Y en la cuna de la paz, un sueño poco común los atrapa. Y se duermen. Sin hacer el amor. Posiblemente porque saben que pueden hacerlo en cualquier momento. O porque lo que acaba de suceder esa noche —el canal de comunicación que se ha abierto entre ellos— cobra mucha más importancia que el sexo.

Sin darse cuenta, poco a poco, empiezan a jugar a la convivencia. Lo que comenzó con un pijama y un antifaz, sigue con un par de libros, y algunos *porsiacasos* que ocupan la mitad del armario de invierno.

No es que pase allí todos los días, es que no pasan tres días sin que se quede allí. La coartada, para sus padres —con los que todavía convive, no por dependencia económica, sino por miedo al cambio— tiene nombre propio, y es Víctor. Tampoco es que ella les mienta: dan por hecho que, cuando no duerme en casa, duerme con él.

Sin quererlo ni beberlo, una nueva etapa se abre ante ellos. Lo que parecía ocurrir en las horas bajas empieza a ocurrir a todas las horas del día.

Durante unos meses, ambos mantienen sus respectivas relaciones, a base de mensajes de texto, estancias cortas y promesas a largo plazo. Él visita Logroño un fin de semana de cada tres. Y ese es el que aprovecha Celia para hacer más planes con Víctor. Julia ya no se desplaza nunca, por lo que él no tiene miedo de dejar pistas y los objetos de Celia empiezan a colonizar la casa de Fer.

Víctor intuye que algo va mal. Y confirma sus sospechas el día en que, al ver que Celia no le coge el teléfono, llama al fijo de sus padres y su madre le responde: «¡Uy! ¡Pensaba que estaba contigo!» —la sorpresa es mutua—. «Como siempre estáis juntos», lo empeora. Víctor no sabe dónde meterse, no quiere delatarla ante sus padres, pero el despecho le juega una mala pasada y les comenta que hace dos semanas que no la ve. Y es cierto que cada vez se ven menos. Reproduce en su cabeza las palabras de la madre y deduce que, si está pasando mucho tiempo fuera de casa, probablemente esté viendo a otra persona. Le asaltan las dudas y la urgencia de hablar con ella.

A sus padres podrá persuadirlos rápido: «Últimamente paso mucho tiempo en casa de Milena, mi compañera, adelantando

trabajo en común, ya sabéis que estamos en temporada alta». Pero con Víctor no le servirá cualquier excusa: «¿Con quién estás cuando tu madre cree que estás conmigo?».

Mientras piensa en qué explicación darle, llega a la conclusión de que lo mejor —lo correcto, lo más sensato— es aprovechar la ocasión que le brinda el destino para decirle la verdad. Y con la verdad no se refiere a que lleva un tiempo manteniendo una relación con otra persona —no es tan valiente—, sino a que ya no quiere estar con él. En su fuero interno, las cosas están claras desde hace un tiempo. Se lo han puesto en bandeja para dar el paso. Lo llama y antes de preguntarle siquiera cómo está, pronuncia la fatídica frase que no anuncia nada bueno: «¿Tienes libre alguna tarde de esta semana? Tenemos que hablar…».

Él, al oír sus palabras, se desmorona. Presagia que no le va a gustar lo que tiene que decirle. Se oye el sollozo a través del teléfono, que se clava como un aguijón en la espalda de Celia. «No puedo esperar, necesito que nos veamos ahora mismo», dice él, casi sin aliento. Ella sabe que no puede ausentarse mucho tiempo de la oficina —y menos, tal y como están las cosas—, pero accede. Quiere quitárselo de encima cuanto antes. El peso. Y a él también, claro.

Mientras se dirige al punto de reunión, hace lo que no ha hecho hasta el momento: pensárselo dos veces. Le asaltan imágenes felices: el reencuentro que desenterró su risa, lo esperanzador de la primera cita, el abrazo que la salvó de una posible depresión, la convivencia veraniega, los días felices en la Toscana. Se le resbala alguna que otra lágrima. Maldice su propio *autoboicot*. Pero hace *zoom* en la honestidad del recuerdo y esclarece que, en el tranquilo curso de aquellos días perfectos, Fer se colaba en todos sus pensamientos, imponiendo su presencia hasta el último recoveco.

Se arma de valor cuando tiene a Víctor en frente y, sin más dilaciones, se lo comunica: «Siento que este no es nuestro momento. Ambos tenemos otras cosas en la cabeza. No quiere decir que el futuro no nos depare una segunda oportunidad. Pero no ahora». Él discrepa firmemente: «Yo no tengo nada más en la cabeza, Celia», susurra entre sollozos. «¡En mi cabeza nunca ha habido otra persona!», exclama, acurrucándose contra ella. Le suplica que se lo piense bien. Ella nota cómo se le contrae el pecho. Está dejando ir a alguien que la cuida y la quiere incondicionalmente. Se pregunta si

se arrepentirá, pero se arrepiente de la pregunta. No quiere alargarlo más en el tiempo. Ni seguir sintiéndose mal por lo que está haciendo. Así que no lo demora más: «No tengo nada que pensar, Víctor. Lo tengo claro».

Asumirá las consecuencias, como siempre ha hecho.

Él se echa a llorar, desconsolado. Ella lo abraza con fuerza y se contagia del llanto, rota. Con la voz destrozada, repite una y otra vez la frase más inoportuna de la historia: «Te mereces algo mejor». La mata pensar en que lo ha herido. Se rompe más y más. Yacen allí, abrazados, en la misma postura con la que se reencontraron años después de haber salido de la universidad. Lo que él no sabe es que la herida de ella sigue siendo la misma.

Las primeras noches de soltería, después de tanto tiempo, las pasa en soledad. Le guarda unos días de luto a su relación con Víctor. Está tranquila, en paz. La sensación de alivio se ha instalado en su cuerpo y la ocupa. Siente que lo ha estado engañando desde antes de engañarlo por primera vez. Se arrepiente de haber ralentizado el proceso que conducía al final. Ojalá hubiera tenido la valentía de haberlo hecho antes. Se habrían ahorrado, los dos —sobre todo él— mucho sufrimiento. Pero la culpa tiene los días contados.

Llega el fin de semana y acude puntual a la llamada de Fer, como si nada. No le pone al corriente de los cambios sucedidos durante los últimos días, pues no es de su incumbencia. No lo ha hecho por él. Lo ha hecho por sí misma. Porque lo necesitaba. Ahora está libre para ser su amante. Y la vida empieza.

La relación se consolida durante unos años. Unos años en los que Celia habría detenido el tiempo. Él tiene pareja, pero no es un impedimento, pues se ven religiosamente todas las semanas. Los primeros meses, las citas se concentran entre las *más-de-cuatro* paredes de la casa de él. Con el tiempo, amplían las fronteras de la intimidad al cine, a los vestuarios, y a algún que otro restaurante. Todo se pausa cuando él emigra al norte o el norte emigra a él. Y se reanuda con la misma fluidez.

Son casi opuestos. Pero la admiración decora sus diferencias y hace que se respeten de una forma sobrecogedora. Se acompañan. Ella se independiza, por fin, de sus padres y siente que su vida es elixir, que ha alcanzado el culmen de la libertad, sin dar explicaciones a nadie, centrada en su carrera profesional y en el deporte. Recreándose en lo mejor de cada instante.

Un día, ella atraviesa la ciudad helada paseando, encogida por las bajas temperaturas. Camina despacito, aguardando a que alguien la alcance. Esperando lo que nunca llega. Mira a su lado, pero allí no hay nadie. Sabe que acaba de hacer el amor, pero tiene las manos frías. Y no importa cuántas veces haga el amor esa

semana, que seguirá teniéndolas frías.

Sabe que se encuentra ante un ideal. No se trata solo de amor, es una manera de vivir. Se lo cuentan todo, hablan de todo lo que les pasa, de lo que piensan y sienten con libre albedrío, sin miramientos, sin escrúpulos. Eso es algo que hacen bien.

Pero no tienen nada en común. Ni siquiera planes de futuro. Compartir la vida habría sido muy difícil.

Ser la otra tiene su encanto. La otra es el vértice flexible del triángulo amoroso. El ángulo que —casi— todo lo ve. La que no tiene que lidiar con discusiones, ni compromisos, ni responsabilidades afectivas. La luchadora que solo se rinde a sus caricias. El cuerpo donde atrincherarse en horas bajas. Y disparar a ganar.

La otra es el fuego disperso que nadie se preocupa en apagar. La que, invisible, va quemando la relación principal. La que mueve los límites como si fueran fichas de dominó. La que no tiembla a la hora de faltarle el respeto al compromiso. La que contempla el partido desde el banquillo y se siente en una posición de poder. La que tiene la llave maestra, pero no sabe dónde está la puerta. La que sabe que la fantasía es un camino hecho de imprudencias y, aun así, lo recorre. La que tiene acceso completo a sus secretos, bajo el precio de ser uno de ellos.

La otra se muestra siempre sonriente y encantada. Aunque lleve tres días esperando un mensaje que no va a llegar. Aunque no sepa qué día de la semana la va a querer a su lado, ni cuántos minutos disponibles va a tener para ella.

Ser la otra también es confundir pasión con amor. Cariño con amor. Roce con amor. Pero el contrato tiene letra pequeña.

Ser la otra tiene su encanto. Hasta que, en una comida familiar, alguien te pregunta si tienes pareja. Y tú, que llevas años haciendo vida de pareja, tienes que responder que no. Hasta que vas a una boda donde todo el mundo tiene alguien con quien bailar pegado menos tú. Hasta que pagas sola el alquiler de un piso donde casi nunca estás sola. Hasta que llegan las fechas reservadas para el amor, y nadie te regala un *te quiero*. Entonces, todo se tuerce.

En horas flacas, cuando los residuos de placer —que fluyen,

volátiles, por el cuerpo— sedimentan en forma de tristeza, ella se lo cuestiona todo. Se pregunta si sus hoyuelos al reír no serán arrugas de expresión cansada. Si tiene algún sentido estar dentro del huracán de la pareja ficticia. Y los silencios cómodos se transforman en silencios llenos de palabras, que no se dicen.

Él, ante la incipiente oscuridad, distorsiona la historia, y hace que se sienta importante. La señala de privilegiada y afortunada, por poder disfrutarlo más y mejor que nadie. Por ser la única conocedora de la verdad.

Él solo busca la diversión sentimental. Es un manipulador por deformación personal. Utiliza su poder de convicción para borrar el desfase que hay entre ellos con adulaciones y caricias. Inventa un contexto donde ella siempre sale ganando.

Pero en el amor no se puede ganar si uno de los dos pierde. En el amor no hay victoria, si esta conlleva el sufrimiento del otro.

No obstante, durante esos años, Celia —engañada o no— es feliz a su lado.

Para que la venda se caiga, uno tiene que querer quitársela. Pero hay algo antes, ciertos acontecimientos que van haciendo que adopte un aspecto transparente. Y a la mínima —que suele ser la máxima— algo deslumbre y haya que arrancársela.

No es lo mismo estar al lado de, que del lado de. Ella está de su lado; él, a su lado. Y eso no es suficiente.

Celia sale con sus amigas a una discoteca de los alrededores de la ciudad. El lugar está muy cerca de Veleta, a quince minutos en taxi. Se ha arreglado más que de costumbre y ha consumido algo que no debía. Llevan demasiadas horas apalancadas en un *parking*, intercambiando tragos y números de teléfono con desconocidos. Echa la vista al frente. Duda de si subirse al primer taxi que pase. En ese momento, algo reclama su atención, y no es otra cosa que el nombre de la discoteca a la que van a entrar. Tenía justo delante la señal que necesitaba. El cartel de luces de neón que le acaba de dar una respuesta, reza: *La segunda*. Eso es. Ella no es la otra, es la segunda. Y ahora todo tiene más sentido y menos lógica.

Cuando vuelven a verse, tiene una conversación con él. Le dice que ha dejado a Víctor, porque así lo ha sentido. Que considera que él debería dejar a Julia, porque la está engañando. Y así podrían oficializar su vínculo.

—Quiero que seas mío. —Dispara la última bala y se muerde el labio inferior. Aprieta la mano derecha de Fer entre las suyas. Las sacude ligeramente.

—Ya soy tuyo —le recuerda, mirando hacia abajo.

—Solo mío. Quiero que estemos juntos. Que no haya nadie más.

—Eso no es posible, Celia. Mi pareja es Julia. No te confundas.

—Creo que eres tú el que se está confundiendo. Llevas más tiempo haciendo vida de pareja conmigo que con ella. No tiene sentido que alargues esa relación. La estás engañando.

—Nadie dice que ella no esté haciendo lo mismo.

—Mucho lo dudo. —Se enfada ella; no le gusta que eche balones

fuera.

—Contigo hago vida de amigos, no tiene nada que ver —le dice, bajando el tono, tratando de hacerle entrar en razón—. Tenemos relaciones, claro, porque nos gustamos. Hay esa conexión, que es correspondida. Y nos dejamos llevar. Pero eso no tiene nada que ver con lo otro. Ser una pareja es otra cosa. Con Julia tengo una vida planeada.

—¿Y no crees que podríamos ser felices juntos? —Hay un desfase entre ellos.

—Tú y yo no podríamos estar juntos, Celia. Es imposible. No tenemos nada en común. Nuestras proyecciones son opuestas. Nos llevamos tan bien precisamente porque no estamos juntos. Si estuviéramos juntos, se estropearía todo —dice.

Y ella se da cuenta de que es verdad.

—Anda, ven aquí. —La consuela.

Pero ella se convence de que lo de Julia y él no va a ninguna parte. Y que, como suele sucederle, caerá por su propio peso.

Así que decide encerrar esa conversación en un paréntesis, inútil, y continuar como si nada.

Y siguen pasando los años. Y la letra pequeña del contrato de oro empieza a pesar, cada vez más.

El punto ciego del ojo que todo lo ve —el ficticio de Celia— es todo lo que ocurre cuando él va a Logroño. Fer y Julia forman una bonita pareja, pasean por la ciudad cogidos de la mano. Pero ella no tiene suficiente tiempo para atenderlo como debiera y, a él, demasiado a menudo, le toca esperarla —permanecer en su casa, desanimado, viendo películas o tanteando los libros— mientras ella se dedica a ir de aquí para allá, organizando futuros eventos y encuentros.

De esos viajes, que suceden cada tres o cuatro semanas, él vuelve sin autoestima, con el ego encogido. Necesita bañarse en los ojos de Celia para recuperar la dignidad y la confianza.

Sabe que la situación que están atravesando no es sostenible. Llevan seis años juntos, tres de los cuales se han visto una media de veinte veces en un año. Y el ochenta por ciento de esas veces ha sido él quien ha tenido que desplazarse. Al principio todo parecía bonito, la idea de tener una relación a distancia, esperarse, echarse de menos… pero empieza a pesarle. De la misma forma que despierta en él un apego ansioso que no ha conocido hasta la fecha. La edad aprieta y pide una estabilidad que Julia todavía no puede concederle.

Fer se agobia al ver cómo sus amigos del curro —algunos más jóvenes que él— empiezan a casarse y a tener hijos. Y él ni siquiera vive todavía con su pareja.

Julia le ha asegurado que se mudará a Valencia lo más pronto que pueda. Y que, por fin, podrán estar juntos, sin límite de horas. Él le ha dado un ultimátum: un año de plazo para que estén viviendo juntos. Quiere cumplir los treinta y seis viviendo con ella. Lo tiene todo planificado: en cuanto se mude le pedirá matrimonio. Se casarán. Formarán una familia.

La hora de la mudanza parece no llegar nunca. Así que Fer planea el último empujón: aparecer de sorpresa, hincar rodilla y convencerla así de que lo deje todo y se vaya a vivir con él. Con el currículum que tiene —le dirá—, va a encontrar trabajo enseguida.

Sin contárselo siquiera a sus amigos, teje su plan al milímetro. Viaja en autobús, pues no quiere llegar cansado de conducir tantas horas.

Llama a la puerta de su casa a las siete de la tarde. Un miércoles. Sabe que se encuentra dentro porque ha escuchado voces. Seguramente se trate de la televisión, o esté hablando por teléfono. Pero nadie le abre.

—Julia, soy yo, Fer.

Vuelve a llamar. Estará colgando la llamada o poniéndose algo de ropa decente. Ella no abriría de cualquier manera. Silencio.

—Julia, ¿estás ahí?

Tampoco. Se empieza a preocupar. Intuye el precipicio. Escucha ruidos veloces, que le contraen el estómago.

—Julia, por favor, ábreme.

Después de diez minutos que parecen dos horas, ella abre la puerta. Lleva un camisón que marca su delgadez.

—Lo siento —susurra.

Detrás de ella aparece una silueta. Fer levanta el puño con intención de pegarle, cuando se da cuenta de que se trata de una mujer.

—No sabía cómo decírtelo —añade.

—No tengo palabras —confiesa Fer, que se da media vuelta y se va.

Y Fer se pierde como un ave en el horizonte. Cada vez más lejano, más rapaz. Un gato callejero que no necesita caricias para poder dormir. Nadie sabe nada de él: ni su familia, ni sus amigos, ni Celia. Ni siquiera saben que viajó a Logroño de sorpresa. Lo llaman, le escriben, tocan al telefonillo… pero no hay respuesta. Celia, como último recurso, se arma de valor y marca el teléfono de Julia. Es la única que quizá, y solo quizá, pueda tener algo de información acerca del paradero de Fer.

—Perdona que te moleste…

Julia no le deja concluir la frase. Antes de poder explicarle el motivo de su llamada, coge el testigo:

—Ya sé que estáis pensando lo peor de mí. No es lo que parece, de verdad, puedo explicarlo. —Las palabras le salen rápido, como si estuviera en un concurso de velocidad.

—No sé de qué me hablas, Julia. ¿Cómo voy a pensar mal de ti? —razona Celia, que sabe que en todo caso debería de ser al revés—. Te llamaba por si sabías algo de Fer.

—¿De Fer?

—Sí, tía, tu novio.

—Creo que te has perdido algo…

—¿Qué me he perdido?

—Hace dos semanas que ya no estamos juntos. —Se oye una risa de mujer que a Celia la desorienta al completo, pues no es Julia quien se ríe.

—¿Cómo es eso posible? —pregunta con sinceridad—. Pero si estabais bien.

—Te lo resumiré en una frase: vino a verme por sorpresa y la sorpresa se la llevó él. —Vuelve a oír esa risa de mujer.

—¡Vaya! ¿Estabas con otro? —pregunta Celia, sin salir del estado de *shock*.

—Con otra —corrige Julia.

—Vale. Veo que tu vida ha dado un giro importante. ¿Y sabes si

Fer está vivo?

—¡Supongo que sí! No lo he comprobado. Se fue a dormir a un hotel bastante enfadado, pero tuvo la cordialidad de avisarme al día siguiente al llegar a casa. Es lo último que sé de él.

—Vale, gracias, Julia. Y no te preocupes. Son cosas que pasan. —Cuelga de inmediato.

Se pone los zapatos y sale apresurada a casa de Fer. Llama al telefonillo. Una vez más, no hay respuesta. Consigue que le abran el portal, sube disparada por las escaleras y hace sonar el timbre hasta que a él no le queda otra que abrir la puerta.

Lo descubre completamente desaseado y zarrapastroso. En su aspecto se percibe que lleva tiempo sin salir de casa. Puede, incluso, que sin pasar por la ducha.

—¿Estás loco? ¡Estamos todos superpreocupados por ti! —grita Celia nada más poner un pie dentro de la casa—. ¿Cómo se te ocurre no atender ninguna llamada? ¿Tanto cuesta decir «estoy bien», «quiero estar solo»?

Lo observa con pesar. Está totalmente pálido. Lleva varios días sin afeitarse, la barba le crece irregular y le da un aspecto todavía más desaliñado. Ha adelgazado.

Él vuelve sobre sus pasos y se mete de nuevo en la cama, tapado hasta las cejas. A Celia la escena le produce ternura y, sobre todo, pena: un hombre hecho una bolita, encogido sobre sí mismo, en posición de defensa. En el suelo de la habitación hay esparcidos envases vacíos de comida para llevar. ¿Cuántos días llevará sin cocinar? Celia retira la sábana de un arrebato y abre la ventana para ventilar.

—Tú estarás acostumbrado, pero, créeme, este olor no es agradable para nadie.

Fer coge una de las almohadas y se la pone en la cara, respirando con una fatiga curiosa. Celia menea la cabeza sin dar crédito al comportamiento que está observando:

—Deja de portarte como un niño. Ven, levántate, vamos a hablar.

Él se incorpora de pronto. Hace ese gesto con el que uno a veces echa a un lado los minutos más hondos y terribles. Y con una mueca asegura que saldrá adelante. Celia se sienta en la cama, frente a él, le retira las manos del rostro y le regala una sonrisa.

—He hablado con Julia. Lo sé todo. Tranquilo, no tienes que contarme nada. Estoy aquí para cuidarte.

—¿Qué haces hablando con esa zorra?

—Estaba muy preocupada por ti. Pensaba que ella quizá sabría algo. —Suspira, antes de continuar—. No es ninguna zorra, Fer, se habrá enamorado de ella.

—¡Pero me lo podía haber dicho! Uno no se enamora de la noche a la mañana. Lleva engañándome meses, seguro. Por eso no podía venir nunca, y siempre estaba ocupada cuando iba yo. ¡Ahora lo entiendo todo!

Celia le dirige un gesto desafiante.

—¿Acaso no la engañabas tú?

—¡No es lo mismo! ¡No me compares!

Está claro que vive en una realidad paralela. A Celia le encantaría colarse en su mente para saber cómo lo hace, cómo funciona su cerebro, para no sentir culpa.

—¿Porque tú la engañabas conmigo, que soy mujer, y ella te engañaba con alguien de su mismo sexo? ¿Por eso no es lo mismo?

—¡Claro! Y porque tú eres tú. Seguro que su amante es una desconocida que solo quiere meterse en medio. —El llanto hace eco en su voz—. Y, mientras tanto, yo aquí esperando a que se viniera a vivir conmigo. Me siento tan estúpido. —Se rompe definitivamente.

Celia lo estrecha contra su pecho y le acaricia la espalda. Nota como la humedad de sus lágrimas traspasa su camiseta. Ella también está haciendo un esfuerzo terrible por procesar lo ocurrido. «Al final va a resultar que sí que la quería», piensa, mientras intenta borrar los comentarios que se le clavan como espigas en el dedo: «Tú no lo entiendes, era la mujer de mi vida, la futura madre de mis hijos, ya no tiene sentido estar vivo». Por supuesto, lo que más le duele, después de todo, es que tenga el coraje de decirle que no lo entiende. No se lo tendrá en cuenta, está dolido.

Ahora no es el momento de nada. Tiene que dejarle espacio. El golpe ha tenido que ser durísimo. Él se queda dormido en el abrazo. Ella lo acuesta con cuidado en la cama y lo tapa, acaricia su rostro mientras sisea para que no se despierte.

Al cerrar la puerta, recuerda el deseo que pidió el día de su treinta cumpleaños. «Todo esto ha sido culpa mía —clausura—. Soy la peor amiga del mundo».

Él sigue encerrado en sí mismo. Celia, abanderada de la esperanza, está convencida de que su momento —el momento que lleva esperando más de media vida— está a punto de llegar. Es solo cuestión de días. Una vez más, las cosas han caído por su propio peso. Quizá esté insistiendo en las personas equivocadas, por vértigo al saber que la adecuada está justo delante de él. La vida se lo ha puesto en bandeja. Habría que estar muy ciego para no verlo.

El tiempo de espera es incierto. Las semanas transcurridas desembocan en meses, que corren como marionetas en el calendario, sin reparo. Sabe que el asunto es grave y no puede meterle presión. Tiene una grieta en el alma, y otra en el ego. Ella tampoco esperaba ese giro de trama. Y mucho menos el engaño de Julia, que los ha sorprendido a todos. Pero puede llegar a entender que no haya sabido cómo gestionarlo.

Al cabo de unos meses, él le da una sorpresa y se presenta en su casa a la hora de cenar. Tiene mejor aspecto, se nota que ha retomado sus rutinas. Ha llevado *sushi* y vino, parece que suenan tambores de guerra. Su sonrisa malévola dibuja una expresión agresiva en su rostro, que a ella le gusta porque sabe lo que encierra.

Celia ha esperado ese reencuentro, noche tras noche, desde que supo que su relación con Julia había concluido. Ha aguantado, paciente, pues sabía que esta vez, cuando volviera, se quedaría para siempre. Y ha merecido la pena, pues él está centelleante. Parece que la Navidad ha llegado antes de hora.

Esa noche es lo más cerca que ella está de ser la primera. Él prepara cuidadosamente el banquete. Le hace preguntas. Descorcha la primera botella. Brindan. Se besan. La hace reír. Es la primera cita en la que no habla de él. No hay dolor. No hay grieta. No hay nadie más. O eso cree ella.

Tras llevarse a la boca la última pieza de *sushi*, la coge en brazos y la lleva a la habitación. La tumba bocabajo, saca de la bolsa el

aceite de masaje que ha comprado y la embadurna de placer. Cuando ve que se ha relajado por completo, que sus demonios se han diluido en el deseo, le susurra, a la altura del cuello: «Quiero que lo hagamos como si fuera la última vez».

Ella recibe la orden, incapaz de conjugar la intuición con la palabra y deja que su deseo cale por todos los poros de su piel.

Fer recorre con sus labios el perímetro de su cuerpo, todavía de espaldas. Como final del masaje, introduce su pene en su vulva, húmeda como un manantial. Y se mueve sobre ella, con técnica y con esmero. Salta a la vista que quiere dejar el listón bien alto.

Le pide que se arrodille sobre la cama, está a punto de acabar. Se entregan, el uno al otro, como solo se abandona alguien por primera o por última vez. Y en el éxtasis del coito, murmura imprudencias al oído, mientras la intensidad crece y su miembro erecto roza las paredes de su intimidad. En ese instante no cabe duda de que él se considera adicto a ella. Es sagrada. La prueba de que el altar puede estar hecho de piel.

Terminan, exhaustos, y él se viste de frialdad. Se despide con un beso insulso y se va. No se queda a comentar el polvazo, como tantas otras veces. No la abraza. No recoge la cena. No se queda a dormir. No vuelven a verse hasta un par de semanas después, cuando él les da —a ella y al resto— una grata sorpresa.

La cena de Navidad de los veleteros es una tradición inamovible. Se celebra cada 28 de diciembre, coincidiendo con el día de los Inocentes. Cuando eran adolescentes, sembraban el terror con sus bromas de mucha imaginación y poca gracia: fraudes, secuestros y muertes.

Alberto pide confirmaciones esa misma mañana, por el grupo de Whastsapp, para comunicarle al restaurante la cifra exacta de asistentes. Todos van indicando si irán solos o con pareja. Fer deja a todos boquiabiertos cuando escribe: «Yo voy acompañado».

En el grupo se barajan diferentes posibilidades: si se trata de una broma, si ha vuelto con Julia, o si está pasando otra etapa de sexo y desenfreno y ha invitado a alguna de sus amantes a la cena para divertirse un poco.

La máxima expectación de la noche se da cuando entra al restaurante acompañado de una mujer, que parece mayor que él, a la que protege con una mano en la espalda: «Os presento a Edurne».

Todos se quedan boquiabiertos, sin saber bien cómo reaccionar. No lo comentan entre ellos, pero la mujer que acompaña a Fer es muy poco atractiva. Es alta y ligeramente desgarbada. Lleva el pelo teñido de naranja, color pollo. Un flequillo que le cubre la frente. Ropa de abuela, que luce con orgullo, como si hubiera estado horas preparándose para la ocasión.

En el imaginario de todos aparecía una chica rubia, joven, atrevida, vestida de negro en su totalidad, y enseñando piel pese al frío del invierno. Se han topado radicalmente con la candidata opuesta.

A lo largo de la cena, Edurne suelta perlitas como que su aspiración en la vida es ser una mantenida y criar a sus hijos. No ha trabajado nunca y no va a trabajar ahora, asegura. Habla con aires de superioridad, sin tener nada de lo que fardar, o eso piensan ellos.

Conforme habla, Celia mira a Fer, incrédula, y piensa: «Esto es una broma. Tiene que ser una broma».

La pareja se despide en cuanto empieza la cena. Al día siguiente les espera un día muy largo en el club de golf del que son socios. Cuando cruzan el umbral, se desata el caos en la mesa. Entre barullo y barullo, llegan a la conclusión de que lo ha afectado mucho lo de Julia. Algunos ponen en común comentarios que les ha hecho sobre el pánico a que se le pase el arroz. ¿Será por eso por lo que ha elegido a esa mujer, que una vez más podría considerarse su antiprototipo?

A Celia se la llevan los demonios. Ha tenido que disimular su ira durante toda la velada, pero nada más llegar a casa le envía un mensaje para pedirle explicaciones: «¡Pero si hace apenas dos semanas estábamos en la cama!».

«Fue mi despedida de soltero», responde él, sin perder la calma.

Le explica, de forma cortés, que antes de empezar a salir oficialmente con Edurne, quiso despedirse de ella. Claro que Celia no sabía nada de esa despedida. Nada. Pensaba que, por fin, había zanjado la pena y empezaba un nuevo capítulo, que quería escribir con ella.

«Esta sí que es la definitiva. Y quiero hacer las cosas bien. Así que nos seguiremos viendo, pero en otro contexto —ríe— para evitar la tentación».

En un visto y no visto, con esa naturalidad y perspicacia que lo caracteriza, rompe con ella —si es que para él había algo que romper—. Las buenas rupturas suceden antes en la cabeza que en la realidad. Si ocurre al revés, es que a uno de los dos le faltaba perspectiva de la relación.

Las noches compartidas, igual que los libros, se interpretan. Y se malinterpretan. Y esto último duele. Duele porque, si Celia lo piensa, sí que sintió como su piel se despedía. Como exprimía el deseo presente y el futuro en dar lo mejor de sí. Como sus ojos fotografiaban partes de su cuerpo, y las atesoraban, para cuando llegara el invierno.

Para asombro de todos, la relación con Edurne cuaja. A ella sí que sabe tratarla. Sí que la cuida. La mima y la consiente. Hablan el mismo idioma: uno muy aburrido y soberanamente tradicional, pero se entienden.

Celia y Fer tienen que separarse definitivamente. Esta vez tampoco puede echarle nada en cara, pues fue su propia imaginación la que la mantuvo con ilusión hasta el último momento. Con la esperanza de ser la elegida.

No es de extrañar: la había elegido tantas veces, en tantas ocasiones, frente al resto de habitantes del planeta. Sin embargo, no la eligió a la hora de la verdad.

A Celia no le queda otra que enterrar su amor, todavía vivo y suplicante.

Pocos meses después, Fer los convoca —a ella y a Alberto; en teoría, sus mejores amigos— en un restaurante, un poco más especial de lo normal, para invitarlos a cenar. A ninguno de los dos les extraña, pues Fer está últimamente bastante despegado del grupo y les parece razonable que quiera estrechar lazos.

Se acomodan en una mesa circular y debaten sobre lo que van a pedir. Fer está bastante callado, prefiere no opinar, quiere tenerlos contentos. Coge a cada uno con una mano y les dice que quiere que esa quedada se repita, como mínimo, una vez al mes, que los dos son superimportantes para él y desea cuidar la relación.

Están hablando sobre los disfraces que se harán para las fiestas del próximo verano cuando de pronto, sin venir a cuento, Fer se saca del bolsillo una cajita pequeña y cuadrada. Celia le lanza una mirada asustadiza: por un momento cree que se lo va a pedir a ella. Pero su escrupulosidad cuando abre la caja y descubre el anillo, con cuidado de que no caiga una mota de polvo sobre él, lo delata: hay miles de euros invertidos ahí.

—¡Tachán! Mirad lo que he comprado. Sois los primeros en saberlo.

—¿Un anillo? —Alberto se asegura de que no está volviéndose loco.

—¡Un anillaco de seis mil pavos! —agrega—. Ya sabéis que, cuando se trata de amor, no me gusta escatimar.

—¡Guau! —es todo lo que acierta a decir Celia, con la mirada fija en el diamante—. Es precioso.

—Voy a pedirle matrimonio este fin de semana —confirma Fer.

—¿Has ido esta tarde a comprarlo? —le pregunta Alberto, que sigue sin dar crédito a lo que ve.

—¿Hoy? ¡Qué va! Lo tengo comprado desde que estaba con Julia. —Traga saliva. Se le quiebra la voz—. La idea era pedírselo cuando viniera a vivir conmigo, pero no llegó a darse la ocasión…

—¿Cómo vas a pedírselo? ¿Crees que te va a decir que sí? —

Celia cambia de tema.

—¡Hombre, sí! Los dos tenemos muy claro que queremos casarnos pronto. Ella quiere que lo hagamos de forma tradicional, así que mañana la llevo a ver el atardecer en la Albufera. Además, coincide con nuestro aniversario.

—¿Aniversario? —cuestiona Celia, a quien no le salen las cuentas—. Mañana es diecinueve de marzo.

—¡Sí! ¡Mañana cumplimos cuatro meses! Sé que ella espera un regalo, pero seguro que no se imagina algo de este calibre. Va a ser un momento muy especial, lo grabaré para enseñároslo.

Celia no logra contenerse y se echa a llorar. Acto reflejo del cuerpo. Les hace creer que es de la emoción, encerrándolos en un abrazo colectivo, pero es tristeza, rabia e impotencia. Se hace el silencio. Todos tratan de asimilar el cambio que viene, incluido el propio Fer.

—Así que en un par de añitos tenemos boda. —Alberto rompe el hielo alzando su copa de vino y proponiendo un brindis—. ¡Por el primer casado del grupo!

Brindan y beben. A Celia el vino le sabe demasiado azucarado. Contrasta el blanco de su copa con las de sus amigos, por ver si a ella le han puesto uno más dulce, pero es todo psicológico.

—Gracias, chicos. Pero no tendréis que esperar tanto. Si todo va bien, la boda se celebrará en otoño.

—¿Este otoño?

—Así es. Tengo ya la iglesia y el convite reservados.

—¡Qué cuadriculado eres, tío! —lo expresa Alberto, pero lo piensan ambos—. Todavía no te ha dicho que sí.

—Quiero ponérselo fácil. Decirle que nos casamos el quince de octubre en la Masía de Almanar. Yo pongo la pasta. De todo lo demás se encargará ella. Es lo que más le apetece. Será su ilusión durante los próximos meses.

Levantan las copas y brindan por el compromiso que está a punto de forjarse. Chocan con tanta fuerza que la de Celia se rompe un poquito, lo justo para que solo lo advierta ella. Algo similar ocurre en su corazón.

Y la vida empieza a girar alrededor de la desilusión. La única forma de evitar el sobrepensamiento es ir a un ritmo frenético. La terapia tiene un papel crucial en esta etapa de su vida. Cualquiera le habría recomendado contacto cero, pero su psicólogo sabe que en este caso es prácticamente imposible, y han utilizado la táctica contraria: si lo ves con tus ojos, a la primera duele a morir; a la segunda, molesta mucho; a la tercera, pica; a la cuarta, te ríes.

Los primeros meses repiten religiosamente la cita mensual de tres, donde Fer los pone al corriente de cada detalle de su futuro matrimonio y de la próxima boda que, con tanto esmero, está organizando Edurne.

Transcurrido el verano, será el propio Fer —el más interesado— quien tenga que posponer la quedada una vez tras otra, pues, muy a su pesar, la organización de la boda lo está absorbiendo también a él.

Celia nota que le está sentando bien la distancia de seguridad que han puesto entre los dos. Se da cuenta de que, si quieren, pueden ser buenos amigos. Y se lo repite hasta creérselo. Por alguna razón insospechada, no quiere apartarlo de su vida. No todavía.

Un día cualquiera e inesperado, recibe un mensaje suyo que le devuelve la tensión al cuerpo: «¿Cuándo nos vemos? —le pregunta, directo—. Tengo una propuesta indecente que hacerte».

Ella permanece quince minutos mirando la pantalla del móvil, bloqueada. Finalmente, reacciona: «El jueves por la tarde estoy libre. ¿Un café?».

Pasan por su cabeza trescientas ideas diferentes en cuarenta y ocho horas. Ella agradece que llegue el día y, que por fin, salga de dudas.

—En primer lugar, quiero recalcar la ilusión tan grande que me produce hacerte esta propuesta. —La mira fijamente a los ojos, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Me estás asustando… —contesta Celia encadenando

parpadeos.

—Celia… —Hace un silencio para sembrar emoción—. Me haría mucha mucha ilusión que hicieras el discurso de mi boda.

Ella se queda a cuadros. Se esperaba cualquier cosa. Realmente cualquier cosa. Menos eso.

—¿Qué? ¿Quieres que hable yo en tu boda? —No da crédito a lo que acaba de ofrecerle—. ¡De eso nada!

—¿Quién mejor que tú? —cuestiona Fer, algo molesto por su reacción. No le gusta que lo tome por loco cuando tiene buenas ideas.

—¡Cualquiera! No creo que sea yo precisamente la más apropiada.

—Eres la que mejor me conoce, la que más tiene que decir sobre mí —la persuade con su labia—. Pero no quiero presionarte: piénsatelo y en unas semanas me das una respuesta.

—Está bien, me lo pienso. Pero ya te adelanto que lo más probable es una negativa.

Él sabe que ella no lo ha pasado bien. Piensa que delegando en ella el discurso en el día más importante de su vida enmendará su error. No se imagina el dolor que acaba de infligirle. Esta vez ha cruzado el límite. Ha subestimado su herida.

Celia se echa a llorar al entrar en su casa. Grita, llora, grita, sin miedo a ser escuchada. Golpea la pared con los nudillos. Se araña la piel. Recrea, furiosa, las palabras encandiladoras de él: «Eres la que mejor me conoce…». Se prepara un café y le produce náuseas.

Saca la libreta del cajón y empieza a probar, a ver qué sale:

«Cuando conocí a Fer, no era más que un chaval. Supe a los pocos minutos que se trataba de alguien especial. Y me fui acercando a él. ¡Tenía una coraza más dura que el Muro de Berlín! No sé cómo lo convencí —pues en ese momento no era más que una desconocida para él—, pero poco a poco fui ganándome su confianza y nos hicimos grandes amigos. Desde entonces, no nos hemos separado».

Rompe a llorar de nuevo.

«Ha estado en todas las etapas de mi vida. Me ha visto crecer, madurar, soñar, llorar… y siempre ha estado a mi lado».

Prueba con algo más honesto:

«Me enamoré de Fer hace más de media vida. Y aquí estoy hoy, formando parte de su día más importante. Cuando quieres a alguien, deseas que sea feliz».

Tampoco le convence la actitud de víctima. Juega, de broma:

«No sé qué hace ella vestida de blanco, si tendría que ser yo».

Enfurecida, cierra la libreta y abre un vino. Mañana será otro día.

Al cabo de unos días, recibe la visita más desagradable de la historia. Es Fer, va hasta su casa a convencerla de que es la persona indicada para dar el discurso. Pero no ha venido solo. A su lado está Edurne, inexpresiva bajo su peinado perfecto. Con el corazón desbocado intenta convencerse de que hay una explicación racional. Los hace pasar al salón, desafortunadamente caótico. No piensa invitarlos a café, ni mucho menos a sentarse. Que le digan lo que tengan que decirle, y se vayan.

—Contadme. —Celia trata de ir al grano.

—Hemos cuadrado nuestras complicadas agendas para suplicarte que nos dediques unas palabras el día más importante de nuestra vida —comienza Fer, persuasivo. Su discurso le da ganas de vomitar.

—Tampoco hace falta que te lo curres mucho. Hagas lo que hagas, nos va a gustar —añade Edurne sin la más mínima efusividad. Para eso podría haberse callado.

La observa con detalle y se observa a sí misma. Hasta en chándal va más sexi que esa señora con sus mejores galas. ¿Cómo es posible que prefiera a alguien que se recoge el pelo con horquillas y lacitos de colores?

La ira la recorre de arriba abajo. Es surrealista. No se merece la situación que está viviendo. Se siente muy tonta.

Busca la mirada de Fer, y la encuentra fija en uno de sus pezones, que se marca por la ausencia del sujetador. En otro momento habría disfrutado de la situación, pero ahora la enfurece todavía más.

«Cómo he podido ser tan tonta», se repite.

«Cómo no he caído en la cuenta de que la segunda no puede ser nunca la primera», se maldice.

«Cómo he podido estar tantos años regando una semilla que solo yo veía, subiéndome por las ramas, hasta hacerme adicta a sus frutos», se condena. «Las caricias se cultivan».

No siempre somos conscientes de nuestra ceguera cuando observamos una imagen y no somos capaces de enfocarla, sino cuando la vemos y se desenfoca todo lo que creíamos haber visto hasta entonces. La ceguera es el ojo de la imaginación.

Recuerda el día en el que le dijeron «cuidado» pero ella metió los dedos en el enchufe. Y la corriente la ocupó, como se adueña de la sangre una sustancia tóxica y adictiva, sin vuelta atrás.

Baja la mirada hacia su pantalón. Lo descubre empalmado. ¡Es un sinvergüenza! Pide al universo una orden de desahucio de su cuerpo para que él se largue, por fin, de todas las partículas.

Se da cuenta de que la presencia de Edurne le ha amputado toda la energía, y los acompaña, con su risa floja, hacia la puerta:

—Queridos, os prometo que me lo voy a pensar. Ya he estado ensayando —dice, abriendo la libreta como un abanico, para que vean que ya existen esbozos de su buena intención.

Rompe el cuaderno donde ha estado ensayando el discurso. Lo parte en pedazos, en fragmentos de una historia que acabaría con ella antes de terminar.

Con la decisión tomada, Celia baraja diferentes alternativas para librarse del discurso. Se decanta por llamar a Alberto, y pedirle, por favor, que se encargue él. Se lo ruega con voz suplicante, de niña pequeña, a la que es difícil resistirse. Pero Alberto concuerda en que Fer ha hecho la mejor elección posible, que tiene que ser ella, solo puede ser ella. Y ella se rinde.

Si pensaba que el discurso iba a ser el único marrón, estaba equivocada. Fer también quiere que lo acompañe a la última prueba del traje, ahora que quedan solo tres meses para la boda. Conociéndolo, seguro que lo tiene elegido desde que estaba con su pareja anterior.

Se lo imagina enfundado en él, con la elegancia que le caracteriza. Sin querer, está soñando despierta. Camina hacia el altar requisando todas las miradas. Mira a ambos lados, sonriente, tratando de contener la emoción. Pero la entereza salta por los aires cuando lo ve allí, al fondo, esperándola. Es él. Tenía que ser él. Sus piernas comienzan a temblar y teme caerse de los tacones. No sabe para qué se los ha puesto. Debería haber elegido zapatillas, como siempre quiso.

Un escalofrío más eléctrico de lo normal le hace volver a la realidad y recordar tres afirmaciones que duelen como un pellizco en la piel herida: no está vestida de blanco, no va a casarse con él, él va a casarse con otra.

Por si fuera poco, hoy tiene que acompañarlo a la prueba. Le ha hecho madrugar y, a cambio, la invita a desayunar. El hombre con el que se encuentra en la esquina de la estación no tiene nada que ver con el que fue a su casa hace algunas semanas. Respira aliviada. Ha venido Fer. Su Fer. Con su sonrisa de dueño y señor. Se sientan en la mesa al fondo de la cafetería, en la más pequeñita y tranquila. Él busca su contacto. Le aparta el pelo de la cara cuando habla atolondrada, le acaricia la pierna. Ella se repite a sí misma, una y otra vez, que son paranoias, que no puede ser, que haga el esfuerzo

de bajar otra vez a la realidad y recordar a qué han venido: a la prueba del traje para su boda. La de él. No con ella, con otra.

Mientras intenta calmar sus pensamientos, le da una impresión fugaz de que Fer le ha rozado el vientre. Respira hondo. Le ha dado gustito. No puede ser casualidad, porque ha sentido el placer del roce. No se lo puede estar inventando.

Llegan a la tienda, situada a pocos metros de la cafetería. En la puerta les preguntan si tienen cita. Él dice su nombre y eso basta para que les dejen pasar. La dependienta lo reconoce al instante, y entra al almacén para sacar su traje, hecho a medida. Se dirigen hacia el vestuario, un rincón en la esquina derecha de la tienda. Él le hace un gesto para que pase y Celia dice que prefiere disfrutar del impacto, emocionarse al verlo vestido. Es cierto que siempre ha preferido ver a la novia en la iglesia, camino del altar, y no antes. Él tarda más de la cuenta en engalanarse.

La llama desde el vestuario:

—Celia, ven, por favor.

—¡Ya te he dicho que prefiero verte vestido!

—Es que necesito que entres —susurra, tímidamente.

—¿Qué pasa? —se queja ella, mientras empuja la puerta y cruza el umbral del probador.

—Es que no sé hacer el nudo de la corbata… —Se avergüenza él.

A ella no le da tiempo a negarse porque Fer ha cerrado la puerta. Ha hecho el nudo de la corbata dos veces en su vida, pero lo intentará. Para que su amigo no tenga que pasar el mal trago de tener que llamar a la dependienta y quedar en evidencia.

Él está sentado en el banco del probador; ella, enfrente, trata de hacerle el nudo lo mejor que puede. Está muy concentrada en su tarea. De repente, siente que él acaricia sus partes íntimas, por encima de la falda. Tiembla ligeramente, pero vuelve a pensar que se está confundiendo.

Él aprieta un poco más, le levanta ligeramente la falda y le desliza las medias hacia abajo, lo justito para poder meter sus dedos y tocarla. Se los moja en saliva y se los introduce.

A Celia le encantaría pellizcarse para saber que todo eso está sucediendo realmente, pero tiene las manos ocupadas. Se pregunta qué posibilidades hay de que los pillen. Echa una mirada atrás y descubre una pequeña rendija de cristal a la altura de sus ojos. Está

bien: si alguien los mirara desde fuera, solo adivinaría a una chica intentando atarle la corbata a su amigo.

Él introduce otro dedo más. Ella no puede concentrarse. No le sale el nudo. Está en la luna y se olvida de todo. De Edurne, del desplante, del discurso. El hombre insiste en su intención sexoafectiva y se baja ligeramente los pantalones. Y ella niega rápido con la cabeza, diciéndole que no, que por ahí no pasa.

Fer insiste, acerca su miembro a ella. Ella se niega en redondo, todavía extasiada de placer. Le dice que luego terminan donde él quiera. A él no le convence esa idea. Quiere que sea ahí y ahora.

En ese momento, unos nudillos tocan a la puerta.

Llega a su casa con la taquicardia todavía en el pecho, furiosa, sola. Ha estado a punto de perder por completo la dignidad en una de las tiendas más reconocidas de la ciudad y, encima, ha sucumbido al engaño, una vez más. Fer le ha hecho creer —a ella y a todos— que Edurne era la definitiva, que con ella haría las cosas bien. Celia los había imaginado en un álbum fotográfico familiar rodeados de niños, todos vestidos iguales. Se lo había creído hasta el final. Y, justo cuando la puerta estaba cerrada, cuando no albergaba posibilidad alguna de volver a entonarla, de confundir sus pieles hasta el éxtasis, él ha habilitado una vía de servicio hacia su cuerpo, un acceso directo a lo prohibido.

Y es que los monstruos nunca cambian. Pueden disfrazarse, temporalmente, de cualquier personalidad, pero tarde o temprano acaban sacando a relucir su esencia. Pasó con África, pasó con Amalia, pasó con Julia, ¿cómo no iba a pasar con Edurne? Sin más dilaciones, le manda un mensaje y le dice que sí, que hará el discurso. Y él responde de forma instantánea: «te quiero». Sin adverbios ni agregados. Ha aprendido, piensa. Pero más tendrá que aprender después de lo que está a punto de suceder.

No deja de darle vueltas a su conducta criminal. Hay formas y formas de hacer las cosas mal. Engañar a tu futura mujer, a tres meses de la boda —ya organizada y pagada— con la misma con la que has engañado a todas tus anteriores parejas —que, además, coincide con la persona que quieres que hable ese día— es pasarse.

No cree que esta vez se trate de un calentón. Piensa que lo tenía todo pensado. Hacerla partícipe de su enlace matrimonial. Pedirle que escriba el discurso. Que se sienta importante. Reclamar su visto bueno al traje. Solicitar su compañía en la prueba final, a primera hora, cuando la tienda está más vacía. El probador de la esquina. La corbata. Era premeditado, seguro. Por eso le dijo desde el principio que entrara con él. Tenía el as de la corbata guardado por si acaso. ¡Es un sinvergüenza!

Poseída por la furia y la impotencia, se sienta sobre sus rodillas. Se concentra en sacar ese monstruo que lleva dentro. Lo extorsiona, le pone las manos en el cuello para que vomite la verdad. Y ahora sí que le salen las palabras. A borbotones. Sin escrúpulos, sin miedo a las represalias.

Trata de recopilar y ordenar la información que recibe. Rebobina a aquella noche de verano en la que se conocieron. Repasa las primeras palabras que intercambiaron, la carrera de obstáculos que tuvo que recorrer para llegar a él. El salto mortal del primer beso. La medalla de oro de la primera vez. Y las lesiones que vinieron después.

Se pone a escribir. Se sirve una copa de vino, y enciende un cigarro. «Si saben cómo me pongo,
pa' qué
me invitan», piensa mientras ríe para sí misma. No saben lo que hacen —«no saben que la escritura es dinamita», como diría May Sarton—. Que una vez se prende lo arrasa todo. Y que es cuestión de tiempo que todo salte por los aires.

Decide escribir en tercera persona para preservar su identidad ante sí misma. Le sirve para perder el pudor. Se recrea, inevitablemente, en los momentos golosos, y en la tristura vertebrada de esperanza que ya es veneno en la sangre. Para sentirse más cómoda, crea un personaje. Una muchacha a la que le hace vivir todo lo que ha vivido ella. Que lleva tres décadas repitiendo patrones, sin aprender. Asimismo, inventa otro protagonista masculino, inspirado en él. Tan interesante como él. Tan mezquino como él. Y con eso, y poco más, escribe. Escribe sin freno.

No repara demasiado en sus vidas —de dónde vienen, cómo son sus familias, ni a qué se dedican—, sino que se centra, única y exclusivamente, en la relación que tienen. Y todo lo que le concierne. Tiene tanto que contar que no sabe por dónde empezar, así que decide comenzar por el principio: «La primera noche Celia se lo imagina todo. Tienen diecisiete años y…».

Pasan las horas, los días, las semanas, y la escritura no cesa. Sin haberlo planeado, ha convertido un discurso de boda en la exposición de la verdad. Está a punto de concluir y ahí viene un problema. Para poder darlo por terminado, tiene que haber un final.

No uno cualquiera. Uno aplastante, ¡qué menos! Así que tendrá que inventarlo. Hacer que la realidad esté a la altura de la ficción.

La historia avanza. Y sus ganas de hacérsela llegar a Edurne también. No es venganza, es sororidad.

Se lo enviará. No sabe si abrirá el sobre. Si lo leerá hasta el final. Si hará como que no lo ha leído. Si lo afrontará. Si él logrará convencerla. Si se celebrará la boda.

Pero nada de eso es asunto suyo. No piensa hacerse cargo de las consecuencias. Cuando finalice la obra, se la enviará a su destinataria. Se lavará las manos, y huirá. Hacia los Países Bajos, al mismo pueblo perdido donde ya escapó una vez. Sin billete de vuelta. Puestos a repetir patrones, que sean buenos. Pasará el verano allí, pero esta vez en una urbanización con piscina. Sus posibilidades han crecido y su paz mental está a punto de tocar techo. Cortará toda posible comunicación para no saber qué ha sucedido. Rehará su vida, allí, lejos de todo.

Y así cerrará un círculo. Para no volver a entrar.

Llaman a la puerta. Mira por la mirilla y reconoce el logo de Glovo en la vestimenta del hombre que aguarda tras el umbral. Abre ligeramente, como si estuviese ocultando un cadáver dentro del piso.

—Aquí tiene el paquete. Asegúrese de hacérselo llegar a esta mujer —le indica, enseñándole una foto en el móvil.

El repartidor asiente, nervioso:

—Por supuesto. Se lo notificaremos en cuanto el receptor reciba el bulto.

Cierra la puerta. Busca las llaves en el bolso. Mira a su derecha. En el suelo están las maletas preparadas. Arroja un último vistazo a su casa. Echará de menos la luz a las siete de la tarde.

Mira por la ventana. Un taxi la espera en la puerta. Antes de salir, apaga el móvil y saca la tarjeta. Ahora sí que no hay rastro de ella.

Un sentimiento amargo la invade: se sabe su teléfono de memoria. Enciende el ordenador e imprime otra copia del documento y la mete en la maleta. La va a necesitar.

Sonríe para sus adentros. *La Segunda* es el mejor seudónimo de la historia.

EPÍLOGO.
DOS AÑOS DESPUÉS

He regresado a la ciudad. Cansada de hallarme en paradero desconocido, he vuelto sobre mis pasos, dispuesta a enfrentarme con el desplante global.

Con las heridas cerradas, lo he buscado. Lo he buscado en su oficina, pero no estaba. He llamado al timbre de su casa, pero al parecer ya no vive allí. He preguntado en su gimnasio. Por un momento, he pensado que él también se habría mudado de vida.

No sabía nada de él desde que deposité el manuscrito en manos del repartidor que lo llevó a su destino. Ese día, me lavé las manos y me marché. Quería pasar una temporada en las afueras de Róterdam. Allí he conocido a un chico, se llama Kevin.

Saliendo de mi clase de natación, he vuelto a verlo. Le habían dicho que lo estaba buscando, y ha venido a por mí. Lo he visto decrépito y estropeado. Enfundado en un chándal gastado, con inmaculadas zapatillas. Envejecido y perjudicado. Sin embargo, más joven que cualquier otra vez, replicando la idéntica risa tímida que resuena en mi adolescencia.

He decidido hacerle frente y asumir las consecuencias. Al tenerlo delante, le he propuesto ir a tomar un café. Me ha estrechado en un abrazo y no he sentido nada. Ninguna partícula peligrosa ni nociva en el aire. Como si mi piel estuviera inerte, de pronto. He resurgido de las cenizas de su piel.

Solo somos conscientes del paso del tiempo al encontrarnos con quien nos hizo polvo, sacudir el cuerpo y ver que no queda resquicio de rencor.

Después de pedir, nos hemos sentado en el rincón frente a la ventana, el uno frente al otro. Él no abandona una sonrisa a la que trato de encontrarle una explicación. En sus mejillas, saciadas de aventuras, se pone el sol. Sus comisuras resplandecen algo viejas. Al parecer, han recorrido muchos kilómetros de risa. Y aun así han llegado tarde.

Desde fuera es fácil imaginar la historia que tenemos a las

espaldas. La lujuria furtiva. Parecemos dos personajes depositados provisionalmente en un paréntesis novelesco. Me mira con un gesto desafiante.

—Quién te ha visto y quién te ve. —Tiro la primera piedra.

—Te quedaste a gusto. —Él la encala en el árbol.

Sostengo el silencio, ganando tiempo para acotar la frase adecuada.

—¿Qué te pasó? ¿Por qué te fuiste? —insiste.

Lo miro a los ojos insomnes, que se prestan voluntarios a escuchar la verdad.

—Me cansé de ser la segunda.

Me parece que he alzado demasiado la voz y que las tres o cuatro personas que piden café en el mostrador me habrán escuchado.

—Me encantaría decirte que lo siento —he agregado, conmovida pero segura.

—No te preocupes. Hiciste lo que sentiste que tenías que hacer.

—Lo hice para asegurarme de que tuviéramos un final. Pero quizá debería haber hablado contigo directamente.

Él se ha encogido de hombros, rindiéndose a la evidencia de no poder echar marcha atrás.

—¿Qué pasó con Edurne? —Me intereso.

—Lo dejamos a dos meses de la boda. Me dejó. Intenté de todas las formas posibles jugar al malentendido, con excusas grandes y pequeñas, frases confusas, pero no funcionó. ¿Sabes qué fue lo último que me dijo?

—Qué.

—Ve a por ella.

—¿De verdad?

—Como lo oyes.

—¿Y tú…?

—Fui a por ti. Pero ya era tarde. Habías cortado toda vía de comunicación.

Una vez más, las ganas de regresar al pasado para cambiarlo se aparecen como tentación. Pero han sido rápidamente interrumpidas:

—Celia…

—Dime, Fer.

—Leí la historia. Edurne la dejó en mi mesa junto a la nota de que se iba.

—¡Vaya! ¿Te puedo preguntar qué fue lo que sentiste?

—Que podría enamorarme de ti.

—Eso no es verdad, Fer.

—Sí que lo es.

—No puedes enamorarte de mí, soy la otra, la segunda. Necesité escribirlo para darme cuenta de hasta dónde había llegado. Esas páginas son el testamento de nuestro amor. Que solo tiene vigencia una vez está muerto.

Miro por la ventana, esquivando su reacción. Él se acerca a besarme.

—No pienso añadirle una página más a la historia —le susurro, firme.

—Solo una más…

Meto en el maletero del coche la copia de la historia y conduzco hasta Veleta. Al llegar a casa, tomo un jarrón de la abuela, voy hasta la plaza donde habíamos compartido tantas noches y me siento en uno de los bancos. No hay nadie. Meto el manuscrito en el jarrón. Temblando, quemo el extremo que sobresale. Empieza a arder. Mientras veo algunas cenizas volar por los aires, recorro con los ojos los distintos bancos. En cada uno de ellos guardo recuerdos con él que se consumen en el fuego.

Cuando solo queda cenizas, me acerco al mar y me remango los pantalones hasta la rodilla. Camino hacia dentro. Hace mucho viento, el cielo anuncia tormenta. El agua está congelada y hay corriente. Dudo si dar algún paso más, por miedo a no poder dar marcha atrás. «De peores oleajes he salido», pienso. Recuerdo las últimas palabras que le he dicho, cuando me ha pedido una última página:

—El final está escrito.

Sin dudarlo, arrojo las cenizas al mar. Ese mar que suele estar en calma y que hoy rompe furioso. En ese momento empieza a llover.

Siempre he deseado que me incineren cuando me muera, y esparzan las cenizas por el Mediterráneo. Y hoy se muere una parte de mí. Y se va, con el mar.

Mientras conduzco de vuelta a casa, se me escapa una sonrisa, cuyo germen sale volando por la ventanilla del copiloto. El abrazo ha sido tan intenso que se han quedado partículas de su olor en mi ropa.

AGRADECIMIENTOS

A Rosa Pérez, mi editora, por darme una segunda oportunidad antes de ver realizada la primera. Y, porque, siendo la segunda, es la primera editora que he tenido en mi vida.

A Mauro, porque, en palabras de Annie Ernaux: «El amor y la escritura son las dos únicas cosas que soporto en la vida. El resto es negro». Por ser el corazón donde delegar la pasión. Por creerme —y hacerme— capaz. Algún día escribiré nuestra historia.

A Irene, por tener las manos donde quiero ver materializados todos mis sueños.